



Muchos matrimonios

Sherwood Anderson

Traducción de Laura Salas Rodríguez



Lectulandia

F. Scott Fitzgerald definió *Muchos matrimonios* como una de las mejores novelas de Sherwood Anderson. El libro abraza la tesis del fracaso de la institución del matrimonio, es decir de la monogamia. Por esta razón fue vetado en muchas librerías de Estados Unidos y de Inglaterra y creó no pocos problemas a su editor. A pesar de ello Fitzgerald afirmó que no se trataba de un libro inmoral sino de un libro ferozmente antisocial. El mismo Anderson adelantó que al libro se le acusaría de inmoralidad, pero solo porque investigaba en la dirección de una liberación física y mental del ser humano.

La simple historia de un adulterio hasta puede parecer de lo más obvio: el jefe con su secretaria; pero la reflexión de Anderson despojada de inhibición, mucho más profunda y mística, quiere ahondar en la esencia del hombre para entender cuáles fuerzas interiores, a veces inevitables, lo mueven a través de las convenciones sociales.

Lectulandia

Sherwood Anderson

Muchos matrimonios

ePub r1.0

Titivillus 18.05.16

Título original: *Many Marriages*
Sherwood Anderson, 1923
Traducción: Laura Salas Rodríguez
Prólogo: F. Scott Fitzgerald

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Sherwood Anderson: el problema del matrimonio

Una reseña de F. Scott Fitzgerald

En el último siglo la fama de algunos escritores ha tardado en consolidarse. No hablo de Tennyson o Dickens, que a pesar de su blando radicalismo siempre se posicionaron del lado del pensamiento común. Tampoco me refiero a Wilde o De Musset, que se convirtieron casi en leyendas gracias a sus escándalos personales.

Me refiero al éxito de escritores de la talla de Hardy, Butler, Flaubert y Conrad, que han remontado la corriente y están destinados a tener una influencia casi intolerable en las generaciones venideras.

Considerados esotéricos por un círculo restringido de claqueros, acaban convirtiéndose en una oscura y vibrante moda. Sus contemporáneos, al acercarse a su obra, se quedaron perplejos y desconcertados. Luego por fin llega algún crítico que se da cuenta de que estos son noticia y lo grita a los cuatro vientos como si fuera un gran descubrimiento, argumentado con profundas intuiciones personales. Así este autor viejo y machacado, con una decena de imitadores entre los más jóvenes, logra por fin su reconocimiento.

Hoy el mundo de la cultura está más unido: en los últimos cinco años hemos visto consolidarse el éxito de dos hombres de primera fila, James Joyce y Sherwood Anderson.

Muchos matrimonios me parece la obra más representativa de la personalidad de Anderson. Después de haberla leído podríais pensar que Anderson es un neurótico o que los neuróticos sois vosotros y él simplemente un hombre liberado de todas sus inhibiciones. El noble ingenuo que ha caracterizado las tragedias de Don Quijote o Lord Jim no existe en *Muchos matrimonios*. Si hay un rastro de nobleza en el libro de Anderson, es una nobleza que él creó como Rousseau creó su hombre en relación con la naturaleza. En algunas mentes particularmente sensibles, el genio concibe una energía tan transcendental que logra reemplazar el universo existente. El nuevo universo se acerca enseguida a la esencia de la realidad como el anterior.

Leo cada día en los periódicos que, sin previo aviso, algún hombre de negocios seguro y sosegado huye con su estenógrafa. Este es el acontecimiento central de *Muchos matrimonios*. Pero en el resplandor de un inagotable y maravilloso éxtasis, lo que se conoce como un vulgar *affaire* se transforma en una transición de profunda y mística importancia.

El libro es la historia de dos momentos y de dos matrimonios. Entre la medianoche y el amanecer un hombre desnudo camina arriba y abajo delante de la estatua de una virgen y habla a su hija de su primer matrimonio, una unión espiritual y física que se disuelve en el momento de su máxima coronación.

Cuando el hombre termina de hablar se va, lanzándose hacia su segundo

matrimonio, mientras a la mujer del primero se le escapa la vida.

Muchos matrimonios no es inmoral: es violentamente antisocial. No justifica la postura del protagonista, pero da un giro sorprendente y curioso sobre la relación entre hombre y mujer. Es la reacción de un hombre sensible y altamente civilizado al fenómeno de la lujuria, aunque se diferencia de Dreiser, Joyce y Wells, por ejemplo, cuyas obras ignoran tanto el concepto de realidad como un todo como la necesidad de desafiar y renegar de tal concepto. El héroe de *Muchos matrimonios*, debido a su fábricas de lavadoras, se acerca más que otros personajes a la existencia de un vacío absoluto.

No me gusta el hombre del libro. El mundo en el que creo, sobre el que apoyo mis pies, me parece existir solo a través de una serie de ilusiones; ilusiones que necesitan de un análisis minucioso una decena de veces por siglo, y que a veces lo obtienen.

El hombre cuya habilidad para resumir sea suficientemente grande como para reseñar este libro en un millar de palabras no existe. Si lo logra es que está escribiendo los subtítulos para la película o trabaja en una agencia de publicidad.

New York Herald, 4 de marzo de 1923

Nota del autor

Antes de empezar a escribirlo, llevé este libro dentro de mí durante varios años. Ya había decidido el título antes de coger la pluma. Hay muchos matrimonios en el centro de esta novela. ¿Puede un solo matrimonio atarme para toda la vida? ¿Estoy condenado a no escribir más de un libro, a no amar a más de un amigo o a más de una mujer? Hay a mi alrededor muchos hombres y mujeres que me pertenecen y a los que pertenezco.

Escribí *Muchos matrimonios* durante un invierno pasado en la ciudad de Nueva Orleans. Fui allí respondiendo a una llamada de mi corazón. Fue un invierno feliz. Aunque desde mi juventud viví en el Norte, siempre estuvo presente en mí una voz que me llamaba hacia el Sur. Quizás esta llamada persistente venía de la sangre de mi abuela italiana que nació en el Sur y era una campesina fuerte, morena y con las caderas anchas.

Vivía en el Norte, en Chicago, y como a muchos otros millones de jóvenes americanos, la enorme oleada de industrialización me arrancó del medio rural. Deseaba retornar a los campos y a la tierra. Quería que la tierra volviese al centro de mi obra. A esa necesidad responde *Muchos matrimonios*.

En Nueva Orleans tenía realmente poco dinero, y tuve que vivir en un barrio pobre de la ciudad, cerca del río. A mi alrededor rebosaba la vida de los negros. Alquilé una habitación en la casa de un obrero italiano. Las voces de los negros que oía subir desde la calle y también los fuertes acentos de los italianos y de las italianas que frecuentaban la casa, se mezclaban y se confundían, me fascinaban.

Empecé a escribir. En cuanto la historia comenzó a desarrollarse me pareció dictada por la fantasía. Es curioso, por tanto, que muchos críticos hayan clasificado como realista esta novela.

Se trataba del contraste entre alma y cuerpo. Si queréis comunicar al lector la aspereza de este conflicto, es necesario ante todo vivirlo. Quería intentar describir los problemas que derivan de la tentación, ubicándolos en un ambiente de vocación puritana, protestante y con un alto desarrollo industrial. Mi protagonista, un hombre perturbado por la dicotomía entre espíritu y carne, vive en una ciudad industrial del Norte.

El relato se desarrolló con agilidad, quizás porque respondía a una inspiración muy arraigada en mí. No recuerdo haber escrito nunca con la misma espontaneidad y felicidad.

En Estados Unidos la novela ha sido duramente criticada; pero yo sigo pensando que aquel invierno escribí una historia bella y sincera.

Sherwood Anderson

Prefacio

Si uno busca el amor y se dirige a él directamente, o tan directamente como puede, en medio de las complejidades de la vida moderna, quizás es que uno esté loco.

¿No has conocido un momento en el que hacer lo que parecería en otros momentos y bajo unas circunstancias algo diferentes el más trivial de los actos se convierte de repente en una empresa gigantesca?

Estás en el zaguán de una casa. Ante ti hay una puerta cerrada y, al otro lado de la puerta, sentado en una silla al lado de la ventana, hay un hombre o una mujer.

Es el atardecer de un día de verano y tu propósito es dar un paso hacia la puerta, abrirla, y decir:

—No tengo intención de seguir viviendo en esta casa. Mi equipaje está hecho y, en una hora, un hombre con quien ya lo he acordado vendrá a buscarlo. Sólo he venido a decirte que ya no podré seguir viviendo a tu lado.

Ahí estás, ya ves, de pie en el zaguán, a punto de entrar en la habitación y pronunciar esas pocas palabras. La casa está en silencio y te quedas de pie largo rato en el vestíbulo, asustado, vacilante, silencioso. De modo impreciso te das cuenta de que cuando bajaste al zaguán desde la planta superior lo hiciste de puntillas.

Para ti y la persona del otro lado de la puerta es acaso mejor que no continúes viviendo en la casa. En eso estarías de acuerdo si fueras mínimamente capaz de hablar de modo razonable sobre el asunto. ¿Por qué eres incapaz de hablar de modo razonable?

¿Por qué te resulta tan difícil dar esos tres pasos hacia la puerta? No tienes enfermedad alguna en las piernas. ¿Por qué sientes los pies tan pesados?

Eres joven. ¿Por qué te tiemblan las manos como si fueran las de un anciano?

Siempre has pensado que eras un hombre valiente. ¿Por qué de pronto te faltan arrestos?

¿Es divertido o trágico saber que no serás capaz de llegar hasta la puerta, abrirla, entrar y decir esas pocas palabras sin que te tiemble la voz?

¿Estás loco o cuerdo? ¿Por qué esta espiral de pensamientos en tu cabeza, una espiral de pensamientos que, mientras estás ahí de pie, vacilante, parece absorberte hacia lo más profundo de un pozo sin fondo?

LIBRO UNO

I

Un hombre llamado Webster vivía en una ciudad de veinticinco mil habitantes en el estado de Wisconsin. Tenía una esposa llamada Mary y una hija llamada Jane, y él mismo era un próspero fabricante de lavadoras. Cuando el asunto sobre el que voy a escribir ocurrió, él rondaba los treinta y siete o los treinta y ocho, y su única hija tenía diecisiete. No será necesario hablar de los detalles de su vida previos al punto en el que una cierta revolución se desató en su interior. No obstante, era un hombre más bien tranquilo, inclinado a tener ensoñaciones que intentaba ahuyentar de su interior con objeto de funcionar como fabricante de lavadoras; y, sin duda, en momentos inesperados, cuando estaba en el tren, con destino a algún lugar, o quizás los domingos por la tarde, en verano, cuando iba solo a la oficina desierta de la fábrica y permanecía sentado varias horas mirando por la ventana a lo largo de los raíles del tren, daba rienda suelta a sus sueños.

Sin embargo, durante muchos años siguió en silencio su camino y trabajó como cualquier otro pequeño fabricante. De vez en cuando tenía un año de bonanza en el que el dinero parecía entrar a espuestas y luego había años malos, en los que los bancos locales amenazaban con cerrarle la empresa, pero como fabricante se las arreglaba para sobrevivir.

Pues así era este Webster, que se aproximaba a su cuadragésimo año de vida, y cuya hija acababa de terminar el instituto local. Se acercaba el otoño; parecía ir tirando, llevando la vida de siempre, y de repente le ocurrió aquello.

Desde las profundidades de su cuerpo algo comenzó a afectarle, como una enfermedad. Es algo complicado describir el sentimiento que tenía. Es como si algo estuviera naciendo. Si hubiera sido una mujer podría haber sospechado que se había quedado embarazado de repente. Estaba sentado en su oficina, en el trabajo, o paseando por las calles de su ciudad, y le asaltaba la extrañísima sensación de no ser él mismo, sino algo nuevo y bastante insólito. A veces el sentimiento de no ser él mismo se hacía tan fuerte en él que se detenía bruscamente por la calle para mirar y escuchar. Estaba, pongamos, de pie ante un comercio, en una bocacalle. Un poco más allá había un solar en el que crecía un árbol y bajo el árbol había un viejo caballo de faena.

Si el caballo hubiera descendido hasta la valla para hablar con él, si el árbol hubiera levantado una de sus pesadas ramas inferiores y le hubiera tirado un beso o si el letrero que colgaba sobre la tienda se hubiera puesto a gritar de súbito «John Webster, prepárate para el Santo advenimiento», su vida en aquel momento no le habría parecido más extraña. Nada de lo que pudiera ocurrir en el mundo exterior, en aquel mundo de hechos concretos como las aceras bajo sus pies, la ropa sobre su cuerpo, los motores que arrastraban trenes por los raíles de al lado de su fábrica, y los tranvías que rugían por las calles en las que estaba, nada de todo aquello hubiera constituido algo más asombroso que lo que estaba ocurriendo en su interior.

Allí estaba, un hombre de estatura mediana, con pelo negro apenas grisáceo, hombros anchos, manos grandes, un rostro lleno, algo triste y tal vez sensual, y muy dado al hábito de fumar cigarrillos. En el momento del que hablo le resultaba muy difícil permanecer inmóvil en un lugar y hacer su trabajo, así que se movía continuamente. Se levantó con rapidez de la silla del despacho de su fábrica y se dirigió hacia el taller. Para hacerlo tenía que atravesar una ancha oficina exterior donde había un contable, un escritorio para el superintendente de la fábrica y escritorios para otras tres chicas que también ejercían algún tipo de trabajo de oficina, mandaban folletos de lavadoras a posibles compradores y se ocupaban de otros detalles.

En su misma oficina había una mujer de veinticuatro años y rostro ancho que era su secretaria. Tenía un cuerpo fuerte y bien dibujado, pero no era muy guapa. La naturaleza le había otorgado un rostro ancho y plano y labios gruesos, pero tenía la piel muy clara y unos ojos muy claros y bonitos.

Mil veces, desde que se había convertido en fabricante, John Webster había salido, de este modo, de su propia oficina a la oficina general y había atravesado una puerta y un pasillo en dirección a la fábrica en sí, pero no tal y como andaba ahora.

Bueno, de repente había empezado a caminar en un nuevo mundo, ese era un hecho que no podía negarse. Se le ocurrió una idea. «Quizás, por alguna razón, me estoy volviendo un poco loco», pensó. Aquel pensamiento no lo alarmó. Era casi agradable. «Me gusto más tal como soy ahora», concluyó.

Estaba a punto de dejar atrás su pequeña oficina interior para salir a la exterior y después a la fábrica, pero se detuvo en la puerta. La mujer que trabajaba en el despacho con él se llamaba Natalie Swartz. Era la hija de un alemán que regentaba un bar en la ciudad, se había casado con una irlandesa y después había muerto sin dejar ni un cuarto. Recordó lo que había oído de ella y de su vida. Eran dos hijas; la madre tenía mal carácter e inclinación por la bebida. La hija mayor se había hecho maestra en la escuela local; Natalie había aprendido taquigrafía y había ido a trabajar a la oficina de la fábrica. Vivían en una pequeña casa de madera a las afueras de la ciudad y en ocasiones la madre se emborrachaba y maltrataba a las dos muchachas. Eran buenas chicas y trabajaban duro, pero cuando estaba ebria, la madre las acusaba de todo tipo de inmoralidades. Todos los vecinos sentían compasión por ellas.

John Webster se detuvo en la puerta con la mano en el picaporte. Miraba con insistencia a Natalie, pero no se sintió en absoluto violento ni, por extraño que parezca, ella tampoco. Estaba arreglando unos papeles, pero dejó de trabajar y clavó la vista en él. Era una sensación extraña ser capaz de mirar de ese modo, directamente a los ojos de otra persona. Es como si Natalie fuera una casa y él estuviera mirando por una ventana. Natalie vivía en la casa que era su cuerpo. Qué callada, fuerte y cálida era, y qué extraño era haber podido sentarse a su lado cada día durante dos o tres años sin haber pensado nunca en mirar su casa. «Cuántas casas hay cuyo interior no he mirado», pensó.

Una extraña y rápida concatenación de pensamientos afloró de su interior mientras estaba así, de pie, mirando a Natalie a los ojos con aplomo. Qué limpia había mantenido su casa. La vieja madre irlandesa, en su embriaguez, bien podía gritar y berrear que su hija era una fulana, como hacía a veces, pero las palabras no penetraban en la casa de Natalie. Las pequeñas reflexiones interiores de John se convirtieron en palabras que no expresó en voz alta, sino en palabras que corrían dando suaves gritos en su interior. «Es mi amada», dijo una de las voces. «Entrarás en la casa de Natalie», dijo otra. Un ligero rubor inundó las mejillas de Natalie y sonrió.

—No está muy bien últimamente. ¿Le preocupa algo? —le dijo. Nunca antes le había hablado de ese modo. Había un indicio de intimidación en ello. De hecho, el negocio de lavadoras estaba yendo muy bien en aquel momento. Los pedidos llegaban con rapidez y la fábrica rebosaba de vida. No había cuentas que pagar en el banco.

—Qué va, estoy muy bien —respondió—, muy feliz y muy bien en este momento.

Salió a la oficina exterior y las tres mujeres que trabajaban allí, junto con el contable, abandonaron su trabajo para mirarlo. Levantar la vista de sus escritorios fue tan solo una especie de gesto. No insinuaban nada con ello. El contable se le acercó para preguntarle algo referente a una cuenta.

—Bueno, me gustaría que usara su propio criterio en esta cuestión —respondió John Webster. Era vagamente consciente de que la pregunta se refería al crédito de un hombre. Un hombre, desde un lugar lejano, había escrito para pedir veinticuatro lavadoras. Pensaba venderlas en un establecimiento. La cuestión era: cuando llegara el momento, ¿pagaría al fabricante?

Toda la estructura de los negocios, asunto en el que todos los hombres y mujeres de Estados Unidos estaban implicados de algún modo, como él mismo, era una cuestión insólita. En realidad no había pensado mucho sobre ello. Su padre había sido propietario de la fábrica y había muerto. Él no había deseado ser fabricante. ¿Qué había deseado ser? Su padre poseía unas cosas llamadas patentes. Luego su hijo, es decir, él mismo, había crecido y había empezado a administrar la fábrica. Se casó y al poco murió su madre. Después la fábrica pasó a pertenecerle. Fabricaba las lavadoras que quitarían la suciedad de la ropa de la gente y empleaba a algunos hombres para que las fabricaran y a otros para que fueran a venderlas. De pie en la oficina exterior consideró, por primera vez, la vida de los hombres modernos como algo extraño y complejo.

—Necesita comprensión y mucha reflexión —pronunció en voz alta. El contable había dado media vuelta para regresar a su despacho, pero se detuvo y se giró, creyendo que le hablaban. Cerca de donde se encontraba John Webster, una mujer estaba enviando folletos. Levantó la vista y sonrió de pronto, y a él le gustó que sonriera de ese modo. «Hay un modo —algo ocurre— de que la gente, de manera repentina e inesperada, se acerque entre sí», pensó mientras atravesaba la puerta y la

galería, en dirección a la fábrica.

En la fábrica se oía una especie de ruido cantarín y olía dulce. En el suelo yacían grandes montones de planchas cortadas y el ruido cantarín lo producían las sierras que cortaban las planchas para que tuvieran la longitud y forma adecuada para construir las partes de la lavadora. A las puertas de la fábrica había tres camiones cargados de madera y los trabajadores descargaban planchas y las arrastraban por una especie de pista hacia el edificio.

John Webster se detuvo a mirar, pestañeando, cómo los hombres descargaban tablas a la puerta de su fábrica. Sus vocecitas interiores le susurraban extrañas cosas alegres. Uno no podía solo ser fabricante de lavadoras en una ciudad de Wisconsin. Pese a uno mismo, uno se convertía, en algunas ocasiones, en algo más. Uno se convertía en una parte de algo tan amplio como la tierra en la que vivía. Él dirigía un pequeño taller en la ciudad. El taller se encontraba en un lugar oscuro, cerca de los raíles de un tren y al lado de un riachuelo poco profundo, pero también era una parte de algo vasto que nadie había empezado siquiera a comprender. Él mismo era un hombre de pie, vestido con un atuendo corriente, pero dentro de la ropa, y dentro de su cuerpo también, había algo, bueno, quizás no vasto en sí mismo, pero vaga e indefinidamente conectado con algo vasto. Era extraño que nunca lo hubiera pensado. ¿Lo había pensado? Ante él estaban los hombres descargando la madera. La tocaban con las manos. Una especie de unión nacía entre ellos y los hombres negros que habían cortado esos leños y los habían llevado flotando corriente abajo a un aserradero de algún lugar lejano del Sur. Uno iba por ahí todo el día tocando cosas que otros hombres habían tocado. Pero faltaba algo, una conciencia de las cosas tocadas. Una conciencia del significado de las cosas y las personas.

*«And before I'd be a slave,
I'd be buried in my grave,
And go home to my father and be saved»^[1].*

Atravesó el umbral del taller. Allí cerca, en una máquina, un hombre estaba serrando tablas. No había duda de que las piezas elegidas para fabricar sus lavadoras no siempre eran las mejores. Algunas de ellas se romperían pronto. Se colocaban en una parte de la lavadora donde no importaba tanto, donde no se veían. Las lavadoras tenían que venderse a precios bajos. Se sintió un poco avergonzado y después se rió. Uno podía enredarse con facilidad en cosas pequeñas mientras que había cosas grandes, ricas, en que pensar. Uno era un niño y tenía que aprender a andar. ¿Qué era lo que uno tenía que aprender? A ir por ahí oliendo cosas, saboreando cosas, sintiendo cosas, quizás. Uno tenía que aprender quién más estaba en el mundo además de sí mismo, para empezar. Había que mirar un poco a su alrededor. Estaba muy bien pensar que deberían colocarse mejores tablas en las lavadoras que compraban las mujeres pobres, pero uno podía corromperse con facilidad si se

entregaba a ese tipo de pensamientos. Existía el riesgo de una especie de autocomplacencia que surgía de pensar en poner solo tablas de buena calidad en las lavadoras. Había conocido hombres así y siempre había experimentado un cierto desdén por ellos.

Continuó su paseo por la fábrica, dejando atrás filas de hombres y muchachos frente a máquinas de trabajo que daban forma a las diferentes partes de las lavadoras, ensamblaban esas partes, las pintaban y luego empacaban las lavadoras para su traslado. La parte superior del edificio estaba dedicada al almacenamiento de los materiales. Atravesó montones de planchas cortadas para dirigirse a una ventana que daba al poco profundo y ahora medio seco riachuelo en cuyas orillas se encontraba la fábrica. Por todos sitios había carteles que prohibían fumar en la fábrica, pero se le había olvidado, así que se sacó un cigarrillo del bolsillo y lo encendió.

El ritmo de su pensamiento continuaba en su interior. «Debe de haber más de un yo», discurrió con imprecisión, y cuando su mente formó este pensamiento algo parecía haber acontecido en su interior. Unos momentos antes, de pie en la oficina, en presencia de Natalie Swartz, había pensado en el cuerpo de ella como en una casa que ella habitaba. Aquella también era una reflexión reveladora. ¿Por qué no podría más de una persona vivir en una casa así?

El que una idea así se difundiera aclararía muchas cosas. Sin duda era una idea que se le había ocurrido a muchos otros hombres, pero quizás no la hubieran desarrollado con suficiente simplicidad. Él mismo había ido a la escuela local y después a la universidad en Madison. Durante un tiempo había leído una buena cantidad de libros. En alguna ocasión había pensado que quizás le gustara ser escritor.

Y seguro que un buen puñado de escritores de libros habían abrigado los mismos pensamientos que él ahora. En las páginas de algunos libros uno encontraba una especie de refugio del embrollo cotidiano. Quizás mientras escribían, aquellos hombres se sentían como él ahora, ilusionados, transportados.

Dio una calada a su cigarrillo y miró más allá del río. Su fábrica se encontraba en las afueras de la ciudad, y más allá del río comenzaba el campo. Todos los hombres y mujeres eran como él, compartían un terreno común. Por todo Estados Unidos, por todo el mundo incluso, los hombres y las mujeres actuaban tal y como él hacía. Comían, dormían, trabajaban, hacían el amor.

Empezaba a cansarse de cavilar y se frotó la frente con la mano. Se le había consumido el cigarrillo; lo arrojó al suelo y encendió otro. Hombres y mujeres intentaban entrar en los cuerpos de otros, en ocasiones experimentaban una loca ansia por hacerlo. Se llamaba hacer el amor. Se preguntó si llegaría un día en que hombres y mujeres lo hicieran con bastante libertad. Era difícil intentar pensar por sí mismo entre tanta confusión.

Había algo seguro, nunca había estado en aquel estado. Bueno, no era verdad. Hubo una vez. Fue cuando se casó. Entonces se había sentido como se sentía ahora, pero había ocurrido algo.

Se puso a pensar en Natalie Swartz. Había algo límpido e inocente en ella. Quizás, sin darse cuenta, se había enamorado de ella, de la hija de un cantinero y de una vieja irlandesa borracha. Si era eso lo que había ocurrido, se explicarían muchas cosas.

Advirtió la presencia de un hombre a su lado y se giró. Un trabajador vestido con un mono estaba a unos pocos pies de distancia. Sonrió.

—Supongo que ha olvidado algo —dijo. John Webster le devolvió la sonrisa.

—Pues sí —respondió—, un montón de cosas. Tengo casi cuarenta años y supongo que se me ha olvidado vivir. ¿Qué hay de usted?

El trabajador volvió a sonreír.

—Me refiero a los cigarrillos —puntualizó mientras señalaba la colilla humeante que yacía en el suelo. John Webster la pisó; después tiró el otro cigarrillo al suelo y lo aplastó. Él y el trabajador se quedaron mirándose uno a otro como poco antes había mirado a Natalie Swartz. «Me pregunto si también podría entrar en esta casa», pensó.

—Bueno, se lo agradezco. Se me había olvidado. Estaba en las nubes —explicó en voz alta. El trabajador asintió.

—A mí también me pasa a veces —convino.

II

John Webster llegó a su casa en tranvía. Eran las doce pasadas cuando llegó y, como había imaginado, no lo esperaban. Detrás de su casa, una casa de madera de aspecto corriente, había un jardincito y dos manzanos. Dio un rodeo a la casa y vio a su hija, Jane Webster, tumbada en una hamaca colgada de dos árboles. Había una vieja mecedora bajo uno de los árboles, cerca de la hamaca, y fue a sentarse en ella. Su hija se sorprendió de que se le acercara así, a la hora del mediodía, cuando rara vez aparecía.

—Hombre, hola, papá —musitó sin mucho entusiasmo mientras se incorporaba y dejaba caer a sus pies, en el césped, un libro que había estado leyendo.

—¿Ocurre algo? —preguntó la muchacha. Él sacudió la cabeza.

Él recogió el libro, comenzó a leer, y su hija dejó caer de nuevo la cabeza sobre el cojín de la hamaca. El libro era una novela moderna de época. Trataba de la vida en el casco antiguo de Nueva Orleans. Leyó unas cuantas páginas. Era sin duda el tipo de cosa que podía transportarlo a uno fuera de sí, apartarlo del aburrimiento de la vida. Un joven robaba en la oscuridad de la calle y llevaba los hombros envueltos en una capa. La luna brillaba sobre su cabeza. Los magnolios estaban en flor e impregnaban el aire de su perfume. El joven era muy apuesto. La escena de la novela se desarrollaba antes de la Guerra de Secesión y el muchacho poseía un montón de esclavos.

John Webster cerró el libro. No hacía falta leer. Cuando aún era joven también había leído libros así. Lo arrancaban a uno de sí mismo, amortiguaban el aburrimiento de la vida cotidiana.

Era un extraño pensamiento el de que la vida cotidiana tenía que ser aburrida. No había duda de que los últimos veinte años de su vida habían sido monótonos, pero en aquella mañana la vida no lo había sido. Le parecía que nunca antes había tenido una mañana así.

Era un hecho inaudito y terrible, pero la verdad es que nunca había pensado mucho en su hija, y allí estaba, casi toda una mujer. No había duda de que ya tenía el cuerpo de una mujer. Las funciones de la feminidad estaban presentes en su cuerpo. Se sentó y la miró con fijeza. Un momento antes se había sentido muy cansado, ahora el cansancio se había esfumado. «Podría haber tenido ya un hijo», especuló. Su cuerpo estaba preparado para la gestación, había crecido y había alcanzado ese estado. Qué rostro tan inmaduro tenía. Tenía una boca bonita pero había algo, una especie de vacío. Su rostro era como una hermosa hoja de papel en la que no hubiera nada escrito. Sus ojos vagabundos se encontraron con los de él. Era extraño. Sintió algo parecido al susto. Ella se incorporó con rapidez.

—¿Qué te pasa, papá? —preguntó con suspicacia. Él sonrió.

—No pasa nada —respondió apartando la mirada—. Pensé en venir a casa a comer. ¿Es eso algo malo?

Su mujer, Mary Webster, salió a la puerta trasera de la casa y llamó a su hija. Cuando lo vio levantó las cejas.

—Esto es inesperado. ¿Qué te trae por casa a estas horas del día? —inquirió.

Entraron en la casa y recorrieron el pasillo hasta el comedor, pero no había cubierto para él. Tenía la sensación de que ambas pensaban que había algo malo, casi inmoral, en que él estuviera en casa a esa hora del día. Era inesperado, y lo inesperado siempre tenía un aire sospechoso. Llegó a la conclusión de que sería mejor explicarse.

—Tenía dolor de cabeza y pensé en venir a casa y tumbarme una hora —se justificó. Sintió que parecían aliviadas, como si les hubiera quitado un peso de encima, y sonrió ante este pensamiento—. ¿Puedo tomar una taza de té, si no es demasiada molestia? —pidió.

Mientras le traían el té fingió estar mirando por la ventana, pero a escondidas estudiaba el rostro de su mujer. Era como su hija. No había nada escrito en su rostro. Su cuerpo se estaba volviendo pesado.

Era una muchacha alta y esbelta de pelo rubio cuando se casó con ella. Ahora la impresión que daba era de alguien que se hubiera ensanchado sin propósito, «un poco como el ganado, cebado para la matanza», pensó. Uno no distinguía los huesos y los músculos en su corpulencia. Su pelo rubio que, cuando era joven, relucía de modo extraordinario al sol, era ahora más bien incoloro. Daba la impresión de tener las raíces muertas, y había pliegues de carne fútil en la cara, entre los cuales se observaban los pequeños surcos de las arrugas.

«Su cara está hueca; no la ha tocado el dedo de la vida», se dijo. «Es una flor alta sin cimientos que se derrumbará pronto». Había algo muy hermoso y al mismo tiempo terrible para él en el estado en que estaba en ese momento. Las cosas que decía o pensaba para sí contenían una especie de poder poético. Un grupo de palabras se formaba en su cabeza y las palabras tenían poder y significado. Estaba sentado jugando con el asa de la taza. De pronto, le asaltó un gran deseo de ver su propio cuerpo. Se levantó y, tras murmurar una excusa, salió de la habitación y subió por la escalera. Su esposa lo llamó.

—Jane y yo vamos a dar un paseo por el campo. ¿Hay algo que pueda hacer por ti antes de que nos vayamos?

Se detuvo en las escaleras, pero no respondió de inmediato. Su voz era como su rostro, algo carnosa y pesada. Qué extraño era que él, un corriente fabricante de lavadoras de Wisconsin, estuviera pensando de aquel modo, estuviera percibiendo todos aquellos pequeños detalles de la vida. Recurrió a un truco para oír la voz de su hija.

—¿Me has llamado, Jane? —inquirió. La hija respondió para explicarle que había sido su madre quien lo había llamado y le repitió lo que ya le habían preguntado. Respondió que no quería nada aparte de echarse una hora, y subió las escaleras hacia su cuarto. La voz de la hija, como la de la madre, parecía representarla con exactitud.

Era joven y clara, pero no tenía resonancia. Cerró la puerta de su cuarto y echó el cerrojo. Después empezó a desvestirse.

Ahora no se sentía en absoluto cansado. «Estoy seguro de que estoy un poco loco. Una persona en su sano juicio no notaría cualquier pequeñez que ocurre como yo hoy», caviló. Cantó en voz baja con el deseo de oír su propia voz, para compararla de algún modo con las voces de su mujer y de su hija. Tatareó las letras de una canción negra que tenía aquella mañana en la cabeza:

*«And before I'd be a slave,
I'd be buried in my grave,
And go home to my father and be saved».*

Consideró que su voz estaba bien. Las palabras emergían de su garganta con claridad y había también algo de resonancia. «Si hubiera intentado cantar ayer no habría sonado así», concluyó. Las voces de su cerebro jugaban, ruidosas. Sentía una especie de alegría. El sentimiento que había tenido aquella mañana al mirar a los ojos a Natalie Swartz regresó a la carrera. Su propio cuerpo, que ahora estaba desnudo, era una casa. Fue a ponerse ante el espejo y se miró. Su cuerpo aún era esbelto y tenía un aspecto sano, por fuera. «Creo que ya sé qué es esto que me pasa», dedujo. «Se está llevando a cabo una limpieza de la casa. Mi casa lleva veinte años vacía. El polvo se ha acumulado en las paredes y los muebles. Ahora, por alguna razón que se me escapa, se han abierto de par en par puertas y ventanas. Tendré que frotar las paredes y los suelos, limpiar y adecentar todo para que esté como en la casa de Natalie. Y después invitaré a la gente a visitarme». Recorrió con las manos su cuerpo desnudo, el pecho, los brazos, las piernas. Algo en su interior reía.

Fue a tumbarse, así desnudo como estaba, en la cama. Había cuatro dormitorios en el piso superior de la casa. El suyo estaba en una esquina y tenía puertas que daban a las habitaciones de su mujer y su hija. De recién casados dormían juntos, pero cuando llegó el bebé abandonaron la costumbre y nunca volvieron a hacerlo. Ahora entraba en la habitación de su mujer por la noche de higos a brevas. Ella lo deseaba, le hacía saber a su modo de mujer que lo deseaba, y él iba, no con felicidad ni con ansia, sino porque él era un hombre y ella una mujer, y ocurría. Aquel pensamiento lo fatigó un poco. «Bueno, hace semanas que no ocurre». No quería pensar en ello.

Poseía un caballo y un carruaje guardado en un establo y ahora lo estaban conduciendo a la puerta de casa. Oyó cómo se cerraba la puerta principal. Su mujer y su hija iban a dar un paseo en carruaje por el campo. La ventana de su habitación se abrió y una brisa acarició su cuerpo.

III

Cuando se despertó, una hora después, se asustó al principio. Miró en derredor la habitación mientras se preguntaba si había estado enfermo.

Después sus ojos emprendieron un inventario de los muebles de la habitación. No le gustaba nada. ¿Había vivido veinte años de su vida entre aquellas cosas? No había duda de ello. No sabía mucho de aquello. Pocos hombres sabían. Le invadió un pensamiento. Qué pocos hombres en Estados Unidos pensaban en realidad en las casas en las que vivían, en las ropas que vestían. Los hombres estaban dispuestos a pasar toda una vida sin hacer ningún esfuerzo por decorar sus cuerpos, por embellecer y dar sentido a las moradas que habitaban. Su propia ropa estaba colgada de una silla donde la había arrojado al entrar en la habitación. En un momento se levantaría a ponérsela. Miles de veces, desde que se había hecho un hombre, había efectuado la acción de vestirse sin pensar. La ropa había sido adquirida en un establecimiento al azar. ¿Quién la había confeccionado? ¿Qué pensamiento había otorgado a su confección o a su uso? Contempló su cuerpo tendido en la cama. La ropa envolvería su cuerpo, lo arroparía.

Le asaltó un pensamiento que repicó por los espacios de su mente como una campana que se oye por los campos. «Nada que no sea amado puede ser hermoso»^[2].

Salió de la cama, se vistió con rapidez y salió a toda prisa de la habitación para correr escaleras abajo. Al pie de las escaleras se detuvo. De repente se sintió viejo y fatigado, y creyó que quizás fuera mejor no intentar volver a la fábrica aquella tarde. Su presencia allí no era necesaria. Todo iba bien. Natalie se encargaría de todo lo que pudiera surgir.

«Qué bonito que yo, un hombre de negocios respetable con una esposa y una hija crecida, emprendiera una aventura con Natalie Swartz, la hija de un hombre que cuando vivía regentaba un bar de mala muerte y de esa terrible vieja irlandesa, que es el escándalo de la ciudad y que, cuando está ebria, habla y grita de tal modo que los vecinos amenazan con hacerla arrestar y se contienen solo porque sienten simpatía hacia sus hijas.

El hecho es que un hombre puede matarse a trabajar para construirse un lugar decente y después, por una locura, todo puede arruinarse. Tendré que vigilarme un poco. He estado trabajando demasiado. Igual debería tomarme unas vacaciones. No quiero meterme en líos», se dijo. Qué contento estaba, a pesar de haber estado tan nervioso todo el día, de no haber mencionado nada que pudiera traicionar su estado a nadie.

Se quedó de pie con la mano en la balaustrada de la escalera. En cualquier caso, había estado pensando mucho en las últimas dos o tres horas. «No he perdido el tiempo».

Le asaltó un pensamiento. Después de casarse y tras averiguar que su mujer se

amedrentaba y se encerraba en sí misma ante cualquier estallido de pasión, y que en consecuencia no era muy alegre hacer el amor con ella, había adquirido el hábito de emprender expediciones secretas. Había sido bastante fácil de conseguir. Le decía a su mujer que se iba de viaje de negocios. Entonces se iba a algún sitio, a la ciudad de Chicago, normalmente. No iba a uno de los grandes hoteles, sino a algún sitio oscuro en un callejón.

Oscurecía y se ponía a buscarse una mujer. Siempre pasaba por el mismo tipo de actuación más bien tonta. No tenía inclinación a la bebida, pero se tomaba unas cuantas copas. Uno podía ir de inmediato a algunas casas que de seguro tenían mujeres, pero en realidad quería otra cosa. Pasaba horas deambulando por las calles.

Tenía un sueño. Uno esperaba en vano encontrar, en sus vagabundeos, a una mujer a la que, gracias a algún milagro, amaría con libertad y abandono. Por las calles uno entraba con frecuencia en lugares oscuros y mal iluminados donde había fábricas o almacenes y viviendas pobres. Uno quería que una mujer preciosa surgiera de la inmundicia del lugar por el que caminaba. Era una locura y una estupidez y uno lo sabía, pero persistía en su locura. La mujer saldría de la sombra de uno de los oscuros edificios. Estaría también sola, hambrienta, vencida. Uno se dirigiría hacia ella con audacia y entablaría de inmediato una conversación llena de extrañas y hermosas palabras. El amor inundaría los dos cuerpos.

Bueno, quizás aquello fuese un poco exagerado. Sin duda, uno no era tan idiota como para esperar algo tan maravilloso como eso. En cualquier caso, lo que hacía era vagar durante horas por las oscuras callejas y al final acabar con una prostituta. Los dos se apresuraban a entrar en silencio en una pequeña alcoba. Ajá. Siempre estaba aquel sentimiento de «quizás otros hombres ya hayan estado con ella aquí esta noche». Había una vacilante tentativa de conversación. ¿Podían llegar a conocerse aquel hombre y aquella mujer? La mujer tenía un aire profesional. La noche no había acabado y ella trabajaba de noche. No debía malgastar demasiado tiempo. Desde su punto de vista, había que malgastar mucho tiempo de todos modos. A menudo una pasaba media noche caminando sin sacar nada de dinero.

Tras tales aventuras, John Webster llegaba a su casa al día siguiente sintiéndose sórdido y sucio. Aun así, trabajaba mejor en la oficina y por las noches, durante largo tiempo, dormía mejor. Para empezar, tenía la cabeza en los negocios y no se dejaba llevar por sueños y vagos pensamientos. Cuando uno llevaba una fábrica, eso era una ventaja.

Ahora estaba al pie de la escalera, pensando que quizás fuera preferible embarcarse de nuevo en una aventura de ese tipo. Si se quedaba en casa y se sentaba todo el día, cada día, al lado de Natalie Swartz, no hacía falta decir qué ocurriría. Había que enfrentarse a los hechos. Tras su experiencia matinal, el mirarla a los ojos como la había mirado, la vida de ambos en la oficina cambiaría. Algo nuevo se habría introducido en el mismo aire que ambos respiraban. Sería mejor que no volviera a la oficina, sino que se pusiera en marcha con urgencia y tomara un tren a Chicago o

Milwaukee. En cuanto a su mujer, no le abandonaba la idea de una especie de muerte de la carne. Cerró los ojos y se apoyó en la balaustrada. Su mente se quedó en blanco.

Se abrió la puerta que daba al comedor y entró una mujer. Era la única criada de los Webster y llevaba muchos años en la casa. Ahora estaba en la cincuentena y, cuando se detuvo ante John Webster, este la miró como no lo había hecho en mucho tiempo. Multitud de pensamientos le invadieron con rapidez, como una ráfaga de disparos efectuados contra el vidrio de una ventana.

La mujer que estaba frente a él era alta y delgada, y su rostro estaba surcado por profundas líneas. Era extraña la idea que los hombres habían concebido acerca de la belleza de las mujeres. Quizás Natalie Swartz, cuando tuviera cincuenta años, se pareciera mucho a esta mujer.

Se llamaba Katherine, y su llegada como criada de los Webster, hacía muchos años, había provocado una disputa entre John Webster y su mujer. Un joven de Indianápolis, que trabajaba en un banco, había robado una gran suma de dinero y se había fugado con la criada que trabajaba en casa de su padre. Él había muerto en un accidente con la mujer, y se le había perdido el rastro hasta que alguien de Indianápolis, por casualidad, vio y reconoció a Katherine por las calles de su ciudad de adopción. La cuestión era qué había ocurrido con el dinero robado, y se había acusado a Katherine de saberlo y esconderlo.

La señora Webster había querido despedirla de inmediato, y había habido una pelea de la que el marido al final había salido victorioso. Por alguna razón, había concentrado toda la fuerza de su ser en aquella cuestión y una noche, de pie en el dormitorio común con su mujer, se sorprendió al escuchar la enérgica declaración que brotó de sus labios:

—Si esa mujer abandona esta casa sin que sea por su voluntad, yo me voy también —había dicho entonces.

Ahora John Webster estaba de pie en el vestíbulo de su casa, con la mirada puesta en la mujer que había sido la causa de aquel antiguo altercado. Bueno, la había visto pasearse en silencio por la casa casi cada día durante los largos años que habían transcurrido desde que aquello ocurrió, pero no la había mirado como lo hacía ahora. Cuando envejeciera, Natalie Swartz podría tener el aspecto que esta mujer tenía ahora. Si cometiera una locura y se fugara con Natalie, como había hecho aquel joven de Indianápolis una vez con esta mujer, y si resultara que no había ningún accidente de ferrocarril, algún día podía encontrarse viviendo con una mujer de aspecto parecido al de Katherine.

Aquella idea no lo alarmó. En su conjunto, era un pensamiento más bien dulce. «Ha vivido, ha pecado, ha sufrido», caviló. En la persona de aquella mujer se distinguía una especie de dignidad fuerte y silenciosa que se reflejaba en su ser físico. También de sus pensamientos surgía una especie de dignidad. La idea de marcharse a Chicago o a Milwaukee para recorrer sucias calles en espera de que una preciosa mujer llegara hasta él desde la inmundicia de la vida se había esfumado ya.

Se sentó a la mesa para comer la comida que Katherine había preparado. Afuera brillaba el sol. Era poco después de las dos, y tenía toda la tarde y la noche por delante. Era extraño, pero la Biblia y el Antiguo Testamento resonaban en su cabeza. Nunca había sido un fanático lector de la Biblia. Había quizás una especie de esplendor compacto en la prosa del libro que ahora se ajustaba a sus propios pensamientos. En aquella época, cuando los hombres vivían en las colinas y en las llanuras con sus rebaños, la vida duraba largo tiempo en el cuerpo de un hombre o de una mujer. Se hablaba de hombres que habían vivido durante varios centenares de años. Quizás hubiera más de una manera de alcanzar la longevidad. En su caso, si pudiera vivir cada día con tanta plenitud como había estado viviendo aquel día, la vida se le alargaría indefinidamente.

Katherine entró en la sala para traer más comida y una tetera, y él levantó la vista para sonreírle. Le asaltó otra reflexión: «Sería increíblemente hermoso que la gente, todo hombre, mujer y niño viviente, saliera de repente, movida por un impulso común, de sus casas, de las fábricas y almacenes, y se dirigiera digamos a una gran llanura, donde todo el mundo podría ver a todo el mundo, y si, allí y entonces, todos ellos, a la luz del día, aun sabiendo que todo el mundo sabía qué estaba haciendo todo el resto del mundo, si todos ellos, movidos por un impulso común, cometieran el pecado más imperdonable del que tuvieran conciencia, qué gran purificación sería».

Su mente disparó una salva de imágenes y se comió la comida que Katherine le había puesto delante sin pensar en el acto físico de comer. Katherine emprendió la retirada del cuarto, y entonces, al notar que él no prestaba atención a su presencia, se detuvo en la puerta que llevaba a la cocina y se quedó de pie, mirándolo. Él nunca había sabido que ella tenía conocimiento de la batalla que él había librado por ella muchos años atrás. Si él no hubiera peleado por ella, no se habría quedado en la casa. De hecho, la noche que él había declarado que si la obligaban a irse él se iría también, la puerta del dormitorio de arriba estaba entreabierta y ella se encontraba en el vestíbulo de la planta inferior. Había recogido sus pocas pertenencias en un hatillo y tenía la intención de esfumarse de allí. No había razón para que se quedara. El hombre al que amaba estaba muerto y ahora la acosaban los periódicos; además, estaba la amenaza de que, si no decía dónde estaba escondido el dinero, la enviarían a prisión. En cuanto al dinero robado, no creía que el hombre que había muerto supiera más que ella al respecto. Sin duda, se había robado dinero, y, como él se había fugado con ella, le habían cargado el delito. El caso era muy simple. El joven trabajaba en ese banco, y estaba comprometido con una mujer de su misma clase. Y entonces, una noche, él y Katherine estaban a solas en casa de su padre y ocurrió algo entre ellos.

El sol brillaba a medida que John Webster avanzaba por la calle y, debido a la ligera brisa, unas pocas hojas caían de los arcos de sombra alineados en las aceras. Pronto habría escarcha y los árboles se incendiarían de color. Ojalá pudiera uno saber que se acercaban días gloriosos.

En ese momento pensaba en cosas que, decidió, era mejor excluir de los

pensamientos de un hombre de negocios. Sin embargo, por aquel día, se entregaría a cualquier reflexión que se le ocurriera. Quizás al día siguiente las cosas fueran distintas. Volvería a convertirse en lo que siempre había sido (a excepción de unos cuantos deslices, ocasiones en las que se había sentido más o menos como ese día), un hombre sereno y metódico que llevaba su negocio y sentía poca inclinación hacia la insensatez. Gestionaría su negocio e intentaría concentrarse en ello. Por las tardes leería los periódicos para estar al corriente de los acontecimientos del día.

«Pocas veces pesco una melopea. Me merezco unas pequeñas vacaciones», pensó con tristeza.

Por la calle, casi dos manzanas delante de él, iba un hombre caminando. John Webster había conocido a aquel hombre. Era profesor en una pequeña universidad local, y una vez, dos o tres años atrás, el presidente de la universidad había hecho un esfuerzo para recolectar dinero entre los hombres de negocios de la ciudad para ayudar al centro durante una crisis financiera. Se organizó una cena a la que asistió una parte del personal docente y una organización llamada Cámara de Comercio, a la que pertenecía John Webster. El hombre que ahora caminaba ante él había estado en la cena y él y el fabricante de lavadoras se habían sentado juntos. Se preguntó si podría basarse en aquel breve encuentro para ir a hablar con el hombre. Había realizado reflexiones más bien poco corrientes y quizás, si pudiera hablar con otro hombre, y en particular con uno cuya ocupación en la vida fuera pensar y entender pensamientos, pudiera sacar algo en claro.

Había una estrecha franja de césped entre la acera y la calzada, y John Webster empezó a correr por ella. Sujetó el sombrero con la mano y corrió con la cabeza descubierta unas doscientas yardas; después se detuvo y miró en silencio a un extremo y otro de la calle.

Estaba bien, después de todo. Parecía que nadie había contemplado su extraña actuación. No había nadie sentado en los porches de las casas. Dio gracias a Dios por ello.

Ante él, el profesor de universidad caminaba con seriedad, ignorante de que le seguían, con un libro en la mano. Cuando advirtió que su extraña actuación había pasado desapercibida, John Webster se echó a reír. «Bueno, yo también estuve en la universidad una vez. Ya he escuchado hablar a bastantes profesores universitarios. No sé por qué debería esperar nada de alguien de su clase».

Quizás para hablar de las cosas que le habían pasado por la cabeza aquel día necesitaría algo como un nuevo lenguaje.

Estaba aquella idea de que Natalie era una casa limpia y dulce de habitar, una casa en la que uno entraría alegre y encantado. ¿Podía él, un fabricante de lavadoras de Wisconsin, parar por la calle a un profesor de universidad y decirle: «Quiero saber, señor profesor, si tiene usted una casa limpia y dulce de habitar en la que la gente puede entrar y, si es así, quiero que me diga cómo hizo para limpiar su casa»?

Momentos de cansancio y agotamiento le habían sobrevenido a lo largo de todo el

día, y en ese momento le sobrevino otro. Era como un tren que recorriera un paisaje montañoso y en ocasiones penetrara en túneles. En aquel instante, el mundo a su alrededor estaba rebosante de vida y al siguiente era tan solo un lugar inhóspito y sombrío que provocaba temor. Razonó entonces de la siguiente manera: «Bueno, aquí estoy. No sirve de nada negarlo, me ha ocurrido algo poco corriente. Ayer era algo. Ahora soy algo diferente. A mi alrededor, en esta ciudad, está esta gente a la que conozco de toda la vida. Al bajar esa calle que está ante mí, en esa esquina, en ese edificio de piedra, está el banco donde resuelvo los asuntos bancarios de mi fábrica. Resulta que en este preciso momento no les debo ningún dinero, pero en un año quizás esté endeudado hasta las cejas con esa institución. Ha habido veces, a lo largo de los años en los que he vivido y trabajado como fabricante, en que estuve a merced de los hombres que en este mismo momento están sentados en sus despachos tras esos muros de piedra. Por qué no me obligaron a cerrar y me quitaron el negocio, lo ignoro. Tal vez pensaron que no valía la pena o, si no, quizás intuyeron que, si me dejaban, estaría de todos modos trabajando para ellos. En cualquier caso, ahora no parece muy importante lo que pueda decidir hacer una institución como ese banco.

Uno no puede deducir lo que los otros piensan. Quizás no piensen en absoluto.

Si somos francos, supongo que yo mismo tampoco he pensado nunca mucho. A lo mejor toda esta historia de la vida, aquí, en esta ciudad, y en cualquier otro sitio, es solo una especie de accidente. Las cosas ocurren. La gente se ve arrastrada, ¿eh? Así debe de ser».

Le resultaba incomprendible y al poco su mente desfalleció al intentar desarrollar esa línea de pensamiento.

Volvió al asunto de la gente y las casas. Quizás pudiera discutir esa cuestión con Natalie. Había algo sencillo y claro en ella. «Lleva tres años trabajando para mí y parece raro que nunca antes haya pensado mucho sobre ella. Consigue mantenerlo todo claro y correcto. Todo va mejor desde que está conmigo».

Valdría la pena preguntarse si durante ese tiempo, desde que estaba con él, Natalie se había dado cuenta de las cosas que él acababa de empezar a aclarar. Supongamos que, desde el primer momento, ella hubiera estado lista para dejarlo entrar en ella. Era fácil ponerse romántico en ese asunto si uno se permitía darle vueltas.

Allí estaría Natalie. Se levantaba de la cama por la mañana y mientras estaba allí, en su propio cuarto, en la pequeña casa de madera a las afueras de la ciudad, rezaba una pequeña oración de algún tipo. Después caminaba por las calles y seguía las vías del ferrocarril camino abajo hasta su trabajo, para pasar todo el día sentada en presencia de un hombre.

Era un razonamiento interesante suponer, como un divertido entretenimiento, digamos, que ella, Natalie, era pura y limpia.

En ese caso no se dedicaría muchos pensamientos a sí misma. Amaba, es decir, había abierto las puertas de su yo.

Tenía una imagen de ella de pie con las puertas de su cuerpo abiertas. Emitía

constantemente algo que penetraba en el hombre ante cuya presencia pasaba el día. Él lo ignoraba, estaba demasiado absorto en sus asuntos como para advertirlo.

Ella también comenzó a estar absorta en los asuntos de él, a quitarle el peso de pequeños detalles insignificantes del negocio con objeto de que él, a su vez, tomara conciencia de ella, que estaba allí con las puertas de su cuerpo abiertas. Qué limpia, dulce y fragante la casa que habitaba. Antes de entrar en una casa así, uno tenía que purificarse también. Eso estaba claro. Natalie lo había conseguido gracias a plegarias y dedicación, una resuelta dedicación hacia los intereses de otro. ¿Podía uno limpiar su casa de aquel modo? ¿Podía uno ser tan hombre como Natalie era mujer? Era un desafío.

En cuanto al asunto de las casas... Dónde iríamos a parar si seguíamos pensando en el cuerpo de aquel modo. Uno podía ir más allá y considerar su cuerpo un pueblo, una ciudad, el mundo.

También era un camino a la locura. Se podría pensar que la gente entraba y salía constantemente de otros. Se extinguiría la intimidad en el mundo. Algo como un fuerte viento barrería el universo.

«Mejor ir más despacio y no pasarse de la raya», se dijo.

Fue a sentarse en el banco de un parquecito del centro y empezó a intentar desarrollar otra línea de reflexión. Ante él, frente a una pequeña franja de césped y una carretera, había un establecimiento con cestas de fruta, naranjas, manzanas, pomelos y peras colocadas en la acera, y en ese momento un carro se detuvo a la puerta para descargar más cosas. Permaneció con la vista clavada en el carro y la fachada del comercio.

Su mente se deslizó hacia una nueva digresión. Allí estaba él, John Webster, sentado en aquel banco de un parque en el corazón de su ciudad, en el estado de Wisconsin. Era otoño, casi el momento de que llegara la escarcha, pero aún había nueva vida en el césped. ¡Qué verde era el césped en aquel parquecillo! Los árboles también estaban vivos. Pronto se inflamarían de color y luego dormirían un tiempo. Llegaría la llama de la tarde para el mundo del verde vivo, y después la noche del invierno.

Los frutos de la tierra se derramarían ante el mundo animal. Brotarían del suelo, de árboles y arbustos, de los mares, lagos y ríos, las cosas que mantendrían la vida animal durante el periodo en el que el mundo vegetal se sumiera en el dulce sueño del invierno.

Eso era otra cosa más en la que pensar. Por todas partes a su alrededor debía de haber hombres y mujeres que vivían en completa ignorancia de esos asuntos. Para ser sinceros, él también había llevado una vida entera de ignorancia al respecto. Se había limitado a comer alimentos, a introducirlos en su cuerpo a través de la boca. No había habido placer. No había probado las cosas de verdad, no las había olido. La vida debía de estar repleta de fragantes y sugestivos aromas.

Lo que debía de haber ocurrido era que, a medida que los hombres y las mujeres

abandonaban los campos y las colinas para irse a vivir a las ciudades, a medida que crecían las fábricas y los ferrocarriles y los barcos de vapor transportaban los frutos de la tierra de un sitio a otro, una especie de terrible inconsciencia se había apoderado de la gente. A fuerza de no tocar las cosas con las manos, la gente había perdido la noción de ellas. Tal vez fuera eso.

John Webster recordó que, cuando era un niño, aquellos asuntos se resolvían de otro modo. Vivía en la ciudad y tampoco es que supiera gran cosa del campo, pero en aquella época el pueblo y la ciudad estaban más unidos.

En otoño, en aquella misma época del año, para empezar, los granjeros solían ir a la ciudad y hacían entregas en casa de su padre. En aquella época, todo el mundo tenía grandes despensas bajo las casas, y en las despensas había cubos que se llenaban de patatas, manzanas, nabos y cosas así. Había algo que la gente había aprendido a hacer. Traían la paja de los campos cercanos a la ciudad y muchas cosas, como calabazas, calabacines, coles y otras verduras resistentes, se envolvían en paja y se almacenaban en un lugar fresco de la despensa. Recordó que su madre envolvía peras en pedazos de papel y las conservaba dulces y frescas durante meses.

En cuanto a él, aunque no vivía en el campo, era, incluso en aquella época, consciente de que algo maravilloso ocurría. Llegaban carros cargados de cosas a casa de su padre. Los sábados, una campesina que venía en un viejo caballo gris llamaba a su puerta. Les traía a los Webster el abastecimiento semanal de mantequilla, huevos, y a menudo un pollo para la cena del domingo. La madre de John Webster iba a la puerta a buscarla y el niño corría con ella, colgado de las faldas de su madre.

La campesina entraba en casa y se sentaba, muy tiesa, en una silla de la salita mientras vaciaban la cesta y sacaban la mantequilla de la jarra de gres. El muchacho se quedaba con la espalda contra la pared y la observaba. No decían nada.

Qué manos tan raras tenía, tan diferentes a las de su madre, que eran suaves y blancas. Las manos de la campesina eran marrones y sus nudillos eran como los nudos que aparecían en los troncos de los árboles. Eran manos que tomaban las riendas de las cosas, que tomaban las riendas de las cosas con firmeza.

Después de que los hombres del campo hubieran llegado y colocado las cosas en los cubos de la despensa era estupendo bajar allí por la tarde, después de volver de la escuela. Afuera, los árboles estaban perdiendo las hojas y todo parecía desnudo. Uno sentía cierta tristeza y, en ocasiones, casi miedo, y las visitas a la despensa eran reconfortantes. ¡El denso olor de las cosas, olores fuertes y fragantes! Cogía uno una manzana del cesto y se paraba a comérsela. En una esquina alejada, donde los cubos oscuros, estaban las calabazas y los calabacines enterrados en paja, y por todas partes, en las paredes, se veían las jarras de cristal con fruta que su madre había colocado. Qué cantidad, qué abundancia de todo. Podría uno comer y comer y aún habría mucho.

A veces, por la noche, cuando había subido las escaleras y se había metido en la cama, se ponía a pensar en la despensa, en la campesina y los campesinos que habían

traído las cosas. Fuera de casa todo estaba oscuro y soplaba el viento. Pronto sería invierno y habría nieve y se podría patinar. La campesina de manos extrañas y fuertes había cabalgado el caballo gris por la calle donde estaba la casa de los Webster y después había doblado la esquina. Él se había quedado en la ventana de la planta inferior, mirándola hasta perderla de vista. Se había marchado a un sitio misterioso al que llamaban campo. ¿Cómo de grande era el campo, y cómo de lejos estaba? ¿Habría llegado ya allí? Era de noche y estaba muy oscuro. Soplaba el viento. ¿Seguiría cabalgando su caballo, con las riendas sujetas en sus fuertes manos marrones?

El muchacho se había metido en la cama y se había arropado con las mantas. Su madre entró en la habitación y, tras darle un beso, se marchó con su candil. Estaba a salvo en la casa. A su lado, en otra habitación, dormían su madre y su padre. Solo la campesina de las manos fuertes estaba en esos momentos fuera, sola en mitad de la noche. Cabalgaba su caballo en plena oscuridad, en dirección al extraño lugar del que venían todas aquellas cosas ricas y de olor denso que ahora se agolpaban en la despensa de su casa.

IV

—Buenas, señor Webster. Es un buen sitio para soñar despierto. Llevo unos minutos de pie, mirándole, y ni siquiera me ha visto.

John Webster se levantó de un salto. Estaba atardeciendo, y una especie de color gris había empezado a cubrir los árboles y el césped del parquecillo. El sol del ocaso incidía en la figura del hombre que estaba frente a él y, aunque el hombre era de pequeña estatura y complexión delgada, su sombra alcanzaba una grotesca longitud sobre el paseo pavimentado. El hombre sentía una evidente diversión ante el pensamiento del próspero fabricante soñando despierto allí en el parque y estalló en una risa suave que balanceó su cuerpo hacia delante y hacia atrás. También la sombra se balanceó. Era como si colgara de un péndulo, oscilando de un lado a otro, y mientras John Webster se levantaba sobresaltado, le vino una frase a la cabeza. «Se enfrenta a la vida con un lento y suave balanceo. ¿Cómo puede ser? Se enfrenta a la vida con un lento y suave balanceo», repitió su mente. Parecía un fragmento de reflexión arrancado de la nada, un pequeño pensamiento danzante.

El hombre que estaba ante él regentaba una pequeña librería de segunda mano en una bocacalle por la que John Webster acostumbraba a pasar en el camino de ida y de vuelta a la fábrica. Las noches de verano el hombre se sentaba en una silla ante la tienda y comentaba el tiempo y la actualidad con los transeúntes de la acera. Una vez que John Webster estaba con su banquero, un hombre canoso de aspecto digno, se había sentido algo violento porque el librero lo había llamado por su nombre. Nunca lo había hecho hasta aquel día y nunca volvió a hacerlo. Se lo había explicado al banquero. «En realidad no lo conozco. Nunca he entrado en su tienda», se había disculpado.

En el parque, frente a aquel hombre, John Webster sentía una profunda incomodidad. Dijo una mentira inocente.

—Llevo todo el día con dolor de cabeza y me he sentado un rato —musitó algo aturullado. Era molesto sentir que se disculpaba. El hombrecillo sonrió con complicidad.

—Debería tomar algo para eso. Podría meter a un hombre como usted en un buen lío —explicó mientras se marchaba, con su larga sombra bailando tras él.

Tras encogerse de hombros, John Webster se internó con rapidez en una atestada calle comercial. Ahora estaba bastante seguro de saber qué quería hacer. No se demoró ni dejó que le gobernaran vagos pensamientos, sino que caminó con brío por la calle. «Mantendré la cabeza ocupada», decidió, «pensaré en mi negocio y en cómo desarrollarlo». La semana anterior, un publicista de Chicago había ido a su oficina a hablar con él sobre anunciar sus lavadoras en las grandes revistas nacionales. Le costaría bastante dinero, pero el publicista había dicho que podría aumentar el precio de venta y vender más lavadoras. Aquello sonaba posible. Engrandecería el negocio, lo convertiría en una institución de prestigio nacional, y haría de él una gran figura de

la industria. Otros habían llegado a tales posiciones a través del poder de la publicidad. ¿Por qué no iba a hacer él lo mismo?

Trató de meditar la cuestión, pero su mente no funcionaba muy bien. Estaba en blanco. Lo que ocurrió fue que siguió caminando con los hombros erguidos y una infantil sensación de importancia por nada. Tenía que tener cuidado o empezaría a reírse de sí mismo. Sentía que en su interior acechaba el miedo de empezar a reírse en unos minutos de la figura de John Webster en tanto que hombre de importancia nacional en el ámbito de la industria, y ese miedo le hizo apresurarse más que nunca. Cuando alcanzó los raíles del tren que llegaban hasta la fábrica iba casi corriendo. Era sorprendente. El publicista de Chicago podía emplear grandes palabras, sin correr en apariencia ningún riesgo de estallar de pronto en carcajadas. Cuando John Webster era un joven recién salido de la universidad, es decir, cuando leía un montón de libros y en ocasiones pensaba que le gustaría convertirse en escritor, en aquella época, pensaba con frecuencia que no tenía en absoluto madera de hombre de negocios. Quizás tuviera razón. Más le valía a un hombre que tenía la poca sensatez de reírse de sí mismo no intentar convertirse en una figura de importancia nacional en el ámbito de la industria, eso estaba claro. Se necesitaba a gente seria para asumir esas distinciones con éxito.

Bueno, ahora estaba empezando a sentir un poco de lástima por sí mismo, por no tener madera de gran figura del mundo industrial. Qué infantil era. ¿Crecería algún día?

Al oír el traqueteo de un tren a distancia, John Webster se apartó de los raíles. Había, justo en ese lugar, un dique al lado del río a lo largo del cual podía caminar. «No tengo intención de acercarme para que me mate un tren como esta mañana, cuando me salvó el muchacho negro», pensó. Dirigió su mirada hacia el oeste, al sol del ocaso, y después al lecho del riachuelo. El río estaba bajo y solo un estrecho caudal de agua corría por entre las anchas orillas de costroso cieno.

«Ya sé qué voy a hacer», se dijo para sí con resolución.

Con rapidez, concibió un plan en su imaginación. Iría a la oficina y se apresuraría a despachar la correspondencia que hubiera recibido. Entonces, sin mirar a Natalie Swartz, se levantaría y se iría. Había un tren para Chicago a las ocho; le diría a su mujer que tenía negocios en la ciudad y tomaría el tren. Lo que un hombre tenía que hacer en su vida era enfrentarse a los hechos y después actuar. Iría a Chicago y encontraría una mujer. Pensándolo dos veces, se agarraría su habitual cogorza. Se buscaría una mujer, se emborracharía y, si le apetecía, permanecería borracho unos cuantos días.

Había veces en que quizás era necesario ser un auténtico sinvergüenza. También lo haría. Mientras estuviera en Chicago, con la mujer, se le había ocurrido escribir una carta a su contable diciéndole que despidiera a Natalie Swartz. Después le escribiría una carta a Natalie y le remitiría un buen cheque. Le mandaría el sueldo de seis meses. Todo este asunto le costaría una buena suma, pero cualquier cosa era

mejor que seguir como estaba, con esa especie de locura.

En cuanto a la mujer de Chicago, la encontraría sin problemas. Uno se volvía atrevido después de unos tragos, y, cuando uno tenía dinero para gastar, siempre se encontraban mujeres. Se sentía decidido y fuerte.

V

Después de abrir la puerta que daba a la pequeña sala en la que llevaba tres años sentándose y trabajando al lado de Natalie, la cerró con rapidez tras de sí y se quedó con la espalda apoyada en ella y la mano en el pomo, como para sostenerse. El escritorio de Natalie estaba junto a una ventana, en una esquina del despacho, y más allá del escritorio de él, por la ventana, se veía un lugar vacío junto al ramal que pertenecía a la empresa de ferrocarriles, pero en el que se le había otorgado la prerrogativa de apilar sus reservas de maderos. Los maderos estaban amontonados de modo que, a la suave luz del atardecer, las tablas amarillas dibujaban una especie de fondo para la figura de Natalie.

El sol brillaba sobre el montón de maderos con los últimos rayos del suave sol del atardecer. Sobre la pila de maderos había un espacio de luz clara y sobre él se proyectaba la cabeza de Natalie.

Algo increíble había ocurrido. Cuando el hecho alcanzó su conciencia, algo se desató en el interior de John Webster. Natalie había hecho algo muy simple, y, sin embargo, ¡tan trascendental! Permaneció de pie, con el pomo en la mano, colgado de él, y en su interior se desencadenó lo que había estado intentando evitar. Afloraron lágrimas a sus ojos. En toda su vida posterior, nunca olvidó la sensación de aquel instante. En un momento, la intención de viajar a Chicago había enfangado y ensuciado toda su esencia y, de pronto, toda la suciedad y el lodo se habían esfumado como por arte de magia.

«En cualquier otro momento, lo que Natalie hizo habría pasado desapercibido», se diría más tarde, pero ese hecho no eliminó de ningún modo su importancia. Todas las mujeres que trabajaban en la oficina, así como el contable y los hombres de la fábrica, tenían la costumbre de traer el almuerzo, y Natalie lo había hecho también esa mañana, como de costumbre. Recordaba haberla visto llegar con el envoltorio de papel.

Su casa estaba a una gran distancia, a las afueras de la ciudad. Ninguno de sus empleados recorría una distancia parecida.

Y aquel mediodía, ella no se había comido el almuerzo. Allí estaba, aún envuelto, en una estantería detrás de su cabeza.

Lo que había ocurrido era lo siguiente: a la hora del mediodía, se había precipitado fuera de la oficina y había corrido hasta la casa de su madre. No tenían bañera, pero había extraído agua del pozo y la había llevado hasta una bañera común en el cobertizo de detrás de la casa. Entonces se había sumergido en el agua y lavado su cuerpo de la cabeza a los pies.

Tras hacer aquello, había subido las escaleras y se había ataviado con un vestido especial, el mejor que tenía, el que siempre guardaba para los domingos por la tarde y para ocasiones especiales. Conforme se vestía, su anciana madre, que la iba siguiendo para dirigirle imprecaciones y exigirle una explicación, se quedó al pie de la escalera

que llevaba a su cuarto mientras le dedicaba lindezas.

—Pequeña fulana, ya estás planeando salir con algún hombre esta noche, por eso te estás arreglando como si te fueras a casar. Una ocasión excelente de que al menos una de mis hijas consiga marido de una vez. Si llevas algo de dinero en los bolsillos, dámelo. No me importarían tanto tus callejeos si sacaras dinero de vez en cuando — declaró en voz alta. La noche anterior había obtenido dinero de una de sus hijas y durante la mañana se había agenciado una botella de *whisky*. Ahora solo se estaba divirtiendo.

Natalie no le prestó atención alguna. Cuando hubo terminado de vestirse bajó las escaleras a toda prisa haciendo a la vieja a un lado, y regresó medio corriendo a la fábrica. El resto de las mujeres que trabajaban en la fábrica se rió al verla llegar.

—¿Qué pretende Natalie? —se preguntaron unas a otras.

John Webster se quedó mirándola sumido en sus pensamientos. Sabía todo lo que había hecho y por qué lo había hecho, aunque no hubiera visto nada. Ahora ella no lo miraba, sino que, con un ligero giro de la cabeza, dirigió sus ojos a las montañas de maderos.

Bueno, entonces ella había sabido desde el principio qué le pasaba a él. Había advertido el súbito deseo de él de entrar en su interior, y había corrido a casa a bañarse y arreglarse. «Eso ha sido como lavar el umbral y colgar cortinas recién lavadas en las ventanas», pensó con imaginación.

—Te has cambiado de vestido, Natalie —dijo en voz alta. Era la primera vez que la llamaba por su nombre. Tenía los ojos llenos de lágrimas y de repente se le aflojaron las rodillas. Atravesó la habitación con paso inestable hasta arrodillarse junto a ella. Puso la cabeza en su regazo y sintió la mano ancha y fuerte de ella en su pelo y su mejilla.

Permaneció largo rato así, arrodillado, respirando hondo. Las reflexiones matinales le asaltaron de nuevo. Aunque después de todo no estaba pensando. Lo que ocurría en su interior no poseía la claridad de los pensamientos. Si su cuerpo era una casa, era el momento de hacer limpieza en ella. Miles de criaturas corrían por la casa, subían y bajaban las escaleras a toda prisa, abrían las ventanas, reían e intercambiaban gritos. Las habitaciones de la casa resonaban con nuevos ruidos, con ruidos alegres. Su cuerpo temblaba. Ahora que había ocurrido esto, empezaría para él una nueva vida. Su cuerpo estaría más vivo. Vería, olería, saborearía las cosas como nunca antes.

Levantó la vista hacia el rostro de Natalie. ¿Cuánto sabía ella de todo esto? Bueno, sin duda ella sería incapaz de expresarlo en palabras, pero lo entendía de algún modo. Había corrido hasta su casa para bañarse y arreglarse. Por eso él sabía que ella sabía.

—¿Desde hace cuánto estás preparada para que esto ocurra? —preguntó él.

—Desde hace un año —respondió ella. Había palidecido un poco. La habitación había empezado a oscurecerse.

Ella se levantó y, tras apartarlo con dulzura, se dirigió a la puerta que daba a la oficina principal para correr un pestillo que impediría que la puerta se abriera.

Entonces permaneció con la espalda apoyada en la puerta y la mano en el pomo, tal y como él se había quedado un poco antes. Él se puso de pie, fue hacia su escritorio, junto a la ventana que daba al ramal del ferrocarril, y se sentó en la silla. Se inclinó hacia delante y enterró su rostro entre los brazos. Seguía experimentando aquel temblor y aquel estremecimiento. Las vocecillas alegres seguían gritando. La limpieza seguía su curso.

Natalie habló de los asuntos de la oficina.

—Había algunas cartas, pero las respondí e incluso cometí el atrevimiento de firmar con su nombre. No quería que le molestaran hoy.

Se acercó a donde él estaba sentado, apoyado sobre el escritorio, tembloroso, y se arrodilló a su lado. Tras un momento, él rodeó sus hombros con el brazo.

Los ruidos exteriores de la oficina permanecían estables. En la oficina principal, alguien hacía funcionar una máquina de escribir. La oficina interior estaba ahora bastante oscura, pero, sobre los raíles, a doscientas o trescientas yardas, había un farol suspendido en el aire; cuando se iluminó, una débil luz penetró en la sombría sala y cayó sobre las dos figuras agachadas. En ese momento sonó un silbato y los trabajadores de la fábrica salieron a lo largo del ramal. Los cuatro empleados de la oficina principal se prepararon para irse a casa.

En unos minutos salieron, cerraron la puerta tras de sí, y se encaminaron también al ramal. A diferencia de los obreros de la fábrica, sabían que los dos estaban aún en la oficina interior y sentían curiosidad. Una de las tres mujeres se acercó con descaro a la ventana y miró hacia el interior. Volvió junto a los otros y permanecieron allí unos minutos, agrupados en la penumbra. Después se alejaron con lentitud.

Cuando el grupo se dispersó, a la altura del dique del río, el contable, un hombre de treinta y cinco, junto con la mayor de las tres mujeres, tomaron el camino a la derecha de los raíles, mientras que las otras dos mujeres fueron hacia la izquierda. El contable y la mayor de las mujeres no hablaron de lo que todos habían visto. Caminaron juntos algunos centenares de yardas y luego se separaron; se alejaron de los raíles por caminos opuestos. Cuando el contable se quedó solo empezó a preocuparse por el futuro. «Ya verás, en unos meses tendré que buscarme un nuevo trabajo. Cuando empiezan este tipo de cosas, el negocio hace aguas». Le preocupaba el hecho de no tener dinero ahorrado, ya que tenía mujer y dos hijos y su salario no era demasiado alto. «Maldita sea esa Natalie Swartz. Apuesto a que es una fulana, seguro que sí», murmuró mientras seguía su camino.

En cuanto a las dos mujeres restantes, una de ellas quería hablar de lo que había visto, mientras que la otra no. Hubo un par de intentos inútiles de comentar el asunto por parte de la mayor de las dos, y después también se separaron. La más joven de las tres mujeres, la que había sonreído a John Webster aquella mañana cuando este acababa de salir de donde Natalie estaba presente, cuando acababa de percatarse de

que las puertas de su ser estaban abiertas para él, dejó atrás la puerta de la librería y subió una calle en pendiente hacia la iluminada zona comercial de la ciudad. Según caminaba, sonreía, por alguna razón que ni ella misma llegaba a entender.

Era porque ella misma era una de las personas a las que hablaban esas vocecillas, y ahora estaban alteradas. No se le iba de la cabeza una frase, recogida de algún sitio, quizás de la Biblia, de cuando era una niña e iba a la escuela dominical, o de algún libro. Qué encantadora combinación de palabras sencillas, de uso cotidiano para las personas. Las repetía para sus adentros y, después de un rato, cuando llegó a un punto de la calle donde no había nadie cerca, las pronunció en voz alta.

—Y resultó que se hizo una boda en nuestra casa^[3] —fueron las palabras que pronunció.

LIBRO DOS

I

Como recordarán, la habitación donde dormía John Webster estaba en una esquina de la casa, en la planta de arriba. Estaba mirando desde una de las dos ventanas hacia el jardín de un alemán que regentaba una tienda de la ciudad, pero cuyo interés real en la vida era el jardín. Se ocupaba de él todo el año y, si John Webster hubiera estado más vivo durante los años en que había ocupado la habitación, habría podido disfrutar contemplando el trabajo de su vecino. Por la mañana temprano y a la caída de la tarde, siempre estaba allí, fumando en pipa y cavando, y una gran variedad de olores llegaban flotando hasta la habitación de la planta superior, el olor amargo y ácido de las verduras en descomposición, el denso y embriagador efluvio del estiércol de establo y, más tarde, durante el verano y el otoño, la fragancia de las rosas y la procesión de las flores de cada estación.

John Webster llevaba muchos años ocupando aquella habitación sin pensar mucho en cómo puede ser una habitación en la que un hombre vive y cuyas paredes lo arrojan como una prenda cuando duerme. Era una habitación cuadrada con una ventana que daba al jardín del alemán y otra ventana que miraba hacia los desnudos muros de la casa del alemán. Había tres puertas, una que llevaba a un pasillo, otra hacia el dormitorio de su mujer, y la última, que conducía a la habitación de su hija.

Entró en aquel lugar por la noche, cerró las puertas y se preparó para dormir. Tras dos de las paredes había dos personas más, y, tras las paredes del alemán, no había duda, ocurría lo mismo. El alemán tenía dos hijas y un hijo. Estarían yendo a dormir, o quizás ya estaban en la cama. Había, en aquel extremo de la calle, algo como un pequeño pueblo de personas que se iban a la cama o estaban ya acostadas.

Durante años, John Webster y su mujer no habían tenido mucha intimidad. Hacía tiempo, cuando se encontró casado con ella, también supo que ella tenía una teoría sobre la vida, recogida de algún sitio, quizás de sus padres, tal vez tan solo extraída del ambiente general de miedo en el que viven y respiran tantas mujeres modernas, al que se aferran, de algún modo, y usan como arma contra cualquier tipo de contacto demasiado estrecho. Ella creía, o pensaba que creía, que incluso en el matrimonio, el hombre y la mujer no deberían cohabitar si no era con el propósito de traer niños al mundo. Esta creencia introducía una especie de pesada responsabilidad en la cuestión del amor físico. Uno no entra ni sale con mucha libertad en el cuerpo de otro si esas entradas y salidas implican tales responsabilidades. Las puertas del cuerpo se oxidan y crujen.

—Bueno —explicaba a veces, años después, John Webster—, uno debe tomarse en serio lo de traer a otro humano al mundo. Aquí está el puritano en todo su esplendor. Ha llegado la noche. De los jardines traseros llega el perfume de las flores. Se oyen ruiditos acallados a los que suceden silencios. Las flores del jardín han conocido un éxtasis libre de cualquier conciencia de responsabilidad, pero el hombre es otra cosa. Durante siglos se viene tomando a sí mismo con extraordinaria seriedad.

La raza, sabe usted, debe ser perpetuada. Debe ser mejorada. Hay algo en este asunto de responsabilidad ante Dios y ante el prójimo. Incluso cuando, tras larga preparación, charla, oración y la consecución de algo de sabiduría, se adquiere una especie de abandono, como se adquiriría un nuevo lenguaje, uno ha logrado algo bastante ajeno a las flores, los árboles y a la vida y la gestación de la vida entre lo que se llama animales inferiores.

En cuanto a la gente temerosa de Dios, entre los que vivían John Webster y su esposa y entre los que se contaban desde hacía muchos años, lo más posible es que algo parecido al éxtasis no llegue a alcanzarse nunca. En su lugar se da, en la mayoría de los casos, una especie de fría sensualidad templada por una comezón de la conciencia. Que la vida pueda perpetuarse en un ambiente así es una de las maravillas del mundo y da fe, como ninguna otra cosa podría hacerlo, de la fría determinación de la naturaleza de no ser derrotada.

Y así, durante años, este hombre ha cultivado la costumbre de entrar en su dormitorio por las noches, quitarse la ropa, colgarla en una silla o un armario y deslizarse después en su cama para disfrutar de un profundo sueño. Dormir era una parte necesaria de la vida y si, antes de dormir, concebía algún pensamiento, se lo dedicaba a su fábrica de lavadoras. Había una letra que pagar en el banco al día siguiente y no tenía dinero para pagarla. Le daba vueltas a eso, a qué podría decir, a qué le diría al banquero para convencerlo de que renovara la letra. Después pensaba en los problemas que le ocasionaba el capataz en la fábrica. Quería un aumento de sueldo y él estaba intentando dilucidar si, en caso de que no se lo concediera, se despediría y le pondría en la tesitura de encontrar a otro capataz.

Cuando se dormía, no tenía un sueño ligero y ninguna fantasía visitaba sus sueños. Lo que debería ser un dulce momento de renovación se convertía en una pesada sucesión de atormentados sueños.

Y entonces, después de que las puertas del cuerpo de Natalie se abrieran para él, se dio cuenta. Tras aquella tarde en la que se habían arrodillado juntos en la oscuridad le resultó difícil irse a casa por la noche y sentarse a la mesa con su esposa y su hija. «No soy capaz», se dijo a sí mismo, y cenó en un restaurante del centro. Se quedó por ahí, paseando por calles poco frecuentadas, hablando o en silencio junto a Natalie y después fue con ella a la casa de ella, a las afueras de la ciudad. La gente los vio caminando así, juntos, y, como no había intención alguna de disimulo, se desataron las lenguas de la ciudad.

Cuando John Webster fue a su casa, su esposa y su hija ya se habían ido a dormir.

—Estoy muy ocupado en el negocio. No esperéis verme mucho durante un tiempo —le había dicho a su mujer la mañana después de confesarle su amor a Natalie.

No tenía intención de seguir en el negocio de las lavadoras ni de continuar su vida de casado. No sabía bien qué haría. Para empezar, viviría con Natalie. Había llegado el momento de hacerlo.

Le había hablado de ello a Natalie la primera tarde de su intimidad. Aquella tarde, cuando los demás se fueron, dieron un paseo juntos. A su paso por las calles, la gente de las casas se estaba sentando a cenar, pero ellos no pensaban en comer.

A John Webster se le había aflojado la lengua, y le habló mucho a Natalie, que lo escuchaba en silencio. Aquellas personas de la ciudad que no conocía se convirtieron en figuras románticas para él. Su imaginación quería jugar con ellos y él lo permitió. Atravesaron una calle residencial en dirección al campo abierto y él iba hablando de los ocupantes de las casas.

—Ves, Natalie, mujer mía, ves esas casas de ahí —dijo mientras agitaba las manos a diestro y siniestro—, bueno, ¿qué sabemos tú y yo sobre lo que pasa dentro de esas paredes?

Inspiraba profundamente al caminar, tal como había hecho al cruzar la oficina para arrodillarse a los pies de Natalie. Las vocecitas de su interior no paraban de hablar. Se había sentido así a veces, cuando era un niño, pero nadie había entendido nunca los alborotados juegos de su imaginación, y en ocasiones había llegado a pensar que dejar volar su fantasía era una locura. Luego, cuando ya era un joven y se casó, había experimentado un nuevo y agudo arranque de vida imaginativa, pero luego aquello se había congelado en él a causa del miedo y de la vulgaridad que engendraban los temores. Ahora estaba en pleno auge.

—Ves, Natalie —exclamó deteniéndose en la acera para cogerle las manos y balancearlas de un lado a otro—, ves, así son las cosas. Estas casas de aquí parecen casas normales, como esas en las que vivimos tú y yo, pero no lo son en absoluto. Los muros exteriores son, lo ves, cosas apiladas, como el decorado de un escenario. Un soplido puede tumbarlos o un fuego repentino puede consumirlos en una hora. Apuesto a que... Apuesto a que crees que la gente de detrás de esas paredes es normal. No lo es en absoluto. Te equivocas, Natalie, mi amor. Las mujeres que están en las habitaciones de detrás de esas paredes son todas mujeres dulces y buenas, y deberías entrar en esas habitaciones. Tienen hermosos cuadros colgados y tapicería y las mujeres llevan joyas en el pelo y las manos.

Cada mujer tiene un amante y, cuando no hay suficientes amantes para salir adelante, dos o tres mujeres comparten el amante, o viceversa. Sabes, todo depende de cuánto amor el hombre o la mujer sea capaz de sentir. Eso es todo lo que cuenta en esta calle.

Y así, los hombres y mujeres viven juntos en las casas y no hay gente buena, solo gente guapa, y los niños nacen y se les permite alborotar por todos sitios, y nadie se toma demasiado en serio a sí mismo ni cree que el conjunto entero de la humanidad dependa de él, y la gente va al trabajo por la mañana y vuelve por la noche y no puedo imaginar de dónde sacan todos esas lujosas comodidades. Es porque hay enorme abundancia de todo en algún lugar del mundo y se han enterado, supongo.

En su primer atardecer juntos, él y Natalie habían caminado hasta salir de la ciudad e internarse en una carretera comarcal. La siguieron durante una milla y

después giraron en una carretera secundaria. Había un gran árbol que crecía junto a la carretera y se quedaron allí apoyados, de pie uno junto a otro, en silencio.

Fue después de besarse cuando él le habló a Natalie de sus planes.

—Hay tres o cuatro mil dólares en el banco y la fábrica vale treinta o cuarenta mil más. No sé cuánto vale, quizás nada en absoluto.

En cualquier caso, me llevaré mil dólares y me fugaré contigo. Supongo que dejaré algún tipo de papel que traspase la propiedad a mi mujer y a mi hija. Eso sería, supongo, lo correcto.

Después tendré que hablar con mi hija, hacerle entender qué estoy haciendo y por qué. Bueno, en realidad no sé si es posible hacérselo entender, pero tendré que intentarlo. Tendré que tratar de decirle algo que se le quede grabado para que ella, a su vez, aprenda a vivir y no cierre las puertas de su ser como las mías se habían cerrado. Podría llevarme, creo, dos o tres semanas decidir qué tengo que decir y cómo decirlo. Mi hija Jane no sabe nada. Es una chica americana de clase media y yo he contribuido a hacer eso de ella. Es virgen y eso, me temo, Natalie, tú no lo entiendes. Los dioses te han arrebatado la virginidad, o quizás fuera tu madre, borracha, cuando te llamaba cosas, ¿eh? Puede que eso haya sido una ayuda para ti. Deseabas tanto que te ocurriera algo limpio y dulce, en lo más profundo de ti, que ibas por ahí con las puertas de tu ser abiertas, ¿eh? No hacía falta que estuvieran abiertas de para en par. La virginidad y la respetabilidad no las han bloqueado con cerrojos y candados. Tu madre debe de haber matado cualquier idea de respetabilidad en tu familia, ¿eh, Natalie? Es lo más maravilloso del mundo amarte y saber que hay algo en ti que hace imposible la idea de lo barato, de segunda clase, para tu amante. Oh, mi Natalie, eres una mujer fuerte a la que amar.

Natalie no respondía, quizás no entendiera este chaparrón de palabras por su parte, y John Webster se calló y se colocó frente a ella. Eran más o menos de la misma altura; cuando se acercó, se miraron directamente a la cara. Él levanto las manos para colocarlas en las mejillas de ella y permanecieron así largo rato, sin palabras, mirándose como si no se cansaran de la imagen del rostro del otro. Una luna tardía salió en aquel momento y abandonaron por instinto la sombra del árbol para dirigirse a un campo. Andaban despacio y se detenían con mucha frecuencia así, con sus manos en las mejillas de ella. Ella comenzó a temblar y brotaron lágrimas de sus ojos. Después él la tumbó en la hierba. Fue una experiencia con una mujer nueva en su vida. Tras hacer el amor juntos por primera vez y cuando la pasión se disipó, le pareció más bonita que antes.

Estaba de pie en la puerta de su propia casa y era noche cerrada. No se respiraba muy bien entre aquellas paredes. Ardía en deseos de arrastrarse por la casa sin ser oído, y se sintió agradecido cuando estuvo dentro de su habitación, se desvistió y se metió en la cama sin que nadie le hablara.

En la cama se quedó tumbado, con los ojos abiertos, a la escucha de los ruidos nocturnos del exterior de la casa. No eran muy apreciables. Se le había olvidado abrir

la ventana. Cuando lo hizo, oyó un suave canturreo. No habían llegado aún los primeros hielos y la noche era cálida. En el jardín propiedad del alemán, en el césped de su propio patio trasero, en las ramas de los árboles de la calle, y lejos, en el campo, había abundante vida.

Quizás Natalie tuviera un hijo. No importaba. Se fugarían juntos, vivirían juntos en algún lugar lejano. En aquel momento Natalie debía de estar en casa de su madre, también tumbada despierta. Estaría inspirando el aire nocturno. Él también lo hizo.

Podía pensar en ella y también en la gente cercana. Había un alemán que vivía al lado. Si giraba la cabeza podía ver difusamente las paredes de la casa del alemán. Su vecino tenía una esposa, un hijo y dos hijas. Quizás en ese momento estuvieran todos durmiendo. Con la imaginación entró en casa de su vecino, recorrió con sigilo las habitaciones de la casa. Aquel hombre estaba dormido al lado de su mujer y en otra habitación estaba el hijo, que había encogido las piernas de modo que parecía una bolita. Era un muchacho pálido y delgado. «Quizás tenga indigestión», susurró la imaginación de John Webster. En otra habitación yacían las dos hijas, en unas camas muy juntas entre sí. Uno apenas podía pasar entre ellas. Habrían estado hablando en susurros antes de dormir, quizás del amante que esperaban que llegara, en algún momento del futuro. Estaba tan cerca de ellas que podría tocarles las mejillas con los dedos estirados. Se preguntó por qué se había convertido en el amante de Natalie en lugar del amante de una de esas muchachas. «Podría haber ocurrido. Podría haber amado a cualquiera de ellas si hubiera abierto las puertas de su ser como Natalie lo ha hecho».

Amar a Natalie no excluía la posibilidad de amar a otra, quizás a muchas otras. «Un hombre rico puede tener muchos matrimonios», pensó. Estaba claro que la posibilidad de relación humana no había sido agotada aún. Algo se había interpuesto en el camino de una aceptación lo bastante abierta de la vida. Uno tenía que aceptarse a sí mismo y a los otros antes de poder amar.

En cuanto a él, tenía que aceptar en ese momento a su esposa y su hija, acercarse a ellas un tiempo antes de irse con Natalie. Era algo difícil de concebir. Estaba tumbado con los ojos abiertos en la cama e intentó enviar su imaginación a la habitación de su mujer. No podía hacerlo. Su imaginación podía ir a la habitación de su hija y contemplarla dormida en la cama, pero con su mujer era diferente. Algo lo retenía. «Ahora no. No lo intentes. No está permitido. Si ha de tener un amante, ahora debe ser otro», dijo una voz dentro de él.

«¿Hizo ella algo que destruyera esa posibilidad o fui yo?», se preguntó mientras se incorporaba en la cama. No había duda de que una relación humana se había arruinado, ensuciado. «No está permitido. No está permitido ensuciar el suelo del templo», respondió la voz con severidad.

A John Webster le parecía que las voces de la habitación hablaban tan alto que, tumbado en la cama e intentando dormir, se sorprendió un poco de que no hubieran despertado a los demás ocupantes de la casa.

II

En el aire de la casa de los Webster y también en el aire de la oficina y la fábrica de John Webster se había introducido un nuevo elemento. Sentía que por todas partes algo presionaba sobre su interior. Cuando no estaba solo o en compañía de Natalie ya no respiraba con libertad. «Nos has perjudicado. Nos estás perjudicando», parecía decirle todo el mundo.

Se interpeló, intentó reflexionar sobre ello. La presencia de Natalie le ofrecía cada día un tiempo de respiro. Cuando se sentaba junto a ella en la oficina respiraba con libertad, aquella tirantez de su interior se relajaba. Era porque ella era sencilla y directa. No decía mucho, pero sus ojos hablaban con frecuencia. «Todo va bien. Te quiero. No tengo miedo de quererte», decían sus ojos.

Sin embargo, no podía apartar a los demás de su pensamiento. El contable evitaba mirarlo a los ojos y le hablaba con una nueva y compleja cortesía. Ya había adquirido la costumbre de discutir la aventura de John Webster y Natalie cada noche con su esposa. En presencia de su jefe se sentía cohibido y lo mismo ocurría con las dos mujeres mayores de la oficina. Cuando pasaba por la oficina, la más joven de las tres a veces aún lo miraba y le dedicaba una sonrisa.

No ofrecía lugar a dudas que nadie podía hacer algo aislado en el mundo moderno. A veces, cuando John Webster volvía andando a su casa por la noche, tras haber pasado algunas horas con Natalie, se detenía y miraba en derredor. La calle estaba desierta y las luces apagadas en muchas de las casas. Levantaba los dos brazos y los miraba. Acababan de estrechar a una mujer con mucha fuerza, y la mujer no era aquella con la que llevaba tantos años viviendo, sino una nueva mujer que había encontrado. Sus brazos la habían estrechado con fuerza y los brazos de ella lo habían estrechado a él. Había habido alegría. La alegría había recorrido sus dos cuerpos durante el largo abrazo. Habían respirado hondo. ¿Habían envenenado, al exhalar sus alientos, el aire que tenían que respirar los demás? Respecto a la mujer a la que llamaba su esposa, ella no había deseado tales abrazos, o, si los había deseado, había sido incapaz de dar o recibir. Le asaltó una idea. «Si amas en un mundo sin amor, te enfrentas a otros, culpables del pecado de no amar», pensó.

Las calles bordeadas de casas en las que vivía gente estaban oscuras. Eran las once pasadas, pero no era necesario apresurarse en el camino a casa. Cuando se metía en la cama no podía dormir. Sería mejor andar una hora más, decidió, y cuando llegó a la esquina en la que empezaba su calle, no giró, sino que siguió todo recto hasta salir de la ciudad y dio la vuelta. Sus pies hacían un ruido agudo sobre la acera empedrada. En un momento dado se encontró a un hombre y al pasar junto a él, el hombre le dedicó una mirada llena de sorpresa y algo que parecía recelo. «¿Qué estás haciendo en la calle? ¿Por qué no estás en casa, en la cama, con tu mujer?», parecía preguntarle el hombre.

¿Qué estaba pensando el hombre en realidad? ¿Había mucha reflexión en todas

las casas oscuras de la calle o la gente se limitaba a entrar en ellas para comer y dormir, como él mismo había hecho siempre en su propia casa? Su imaginación formó una rápida visión de mucha gente tumbada en camas amontonadas en el aire. Las paredes se habían esfumado.

En una ocasión, el año anterior, había habido un incendio en una casa de su misma calle y las paredes de dicha casa se habían derribado. Cuando extinguieron el fuego pasó por la calle y allí, a la vista de todos, yacían desnudas dos de las habitaciones de la planta superior en las que había vivido gente durante muchos años. Todo estaba un poco quemado y chamuscado, pero bastante intacto. En cada habitación había una cama, una o dos sillas, un mueble cuadrado con cajones en los que se podían guardar camisas o vestidos, y en un lateral de la habitación un armario para el resto de la ropa.

La planta inferior de la casa se había consumido bastante y la escalera había quedado destruida. Cuando se declaró el incendio, la gente debió de escapar de la habitación como insectos asustados y sobresaltados. Una de las habitaciones había estado ocupada por un hombre y una mujer. Había un vestido tirado por el suelo y un par de pantalones medio quemados colgados del respaldo de una silla, mientras que en la segunda habitación, que, era evidente, había estado ocupada por una mujer, no había rastro de indumentaria masculina. Aquel lugar había hecho que John meditara sobre su propia vida marital. «Es como podría haber sido nuestro caso si mi mujer y yo no hubiéramos dejado de dormir juntos. Esa habría sido nuestra habitación, con la habitación de nuestra hija Jane al lado», había pensado a la mañana siguiente del incendio, al pasar y detenerse, junto con otros curiosos remolones, para contemplar la escena de la planta superior.

Y en aquel momento, mientras paseaba solo por las somnolientas calles de su ciudad, su fantasía consiguió despojar a todas las casas de sus paredes y caminó como si estuviera en una extraña ciudad abandonada. Que su imaginación pudiera inflamarse de ese modo, mientras recorría calles llenas de casas, y arrancar las paredes como el viento arrancaría las ramas de los árboles, era una maravilla nueva, viva, para él. «Se me ha concedido algo creador de vida. He pasado tantos años muerto, y ahora estoy vivo», pensó. Para darle más juego a su imaginación descendió de la acera y se puso a caminar por el medio de la carretera. Las casas se erigían ante él en silencio; había aparecido una luna tardía que formaba estanques negros bajo los árboles.

En el interior de las casas, la gente dormía en su cama. Cuántos cuerpos yacían y dormían juntos, bebés dormidos en cunas, niños que a veces dormían hasta dos o tres en una cama, jóvenes dormidas con el pelo derramado sobre el rostro.

Cuando dormían, soñaban. ¿Con qué soñaban? Sentía un gran deseo de que lo que le había ocurrido a Natalie y a él les ocurriera a todos ellos. Hacer el amor en el campo no había sido, después de todo, más que el símbolo de algo con más significado que el mero acto de dos cuerpos en un abrazo: el paso de las semillas de

la vida de un cuerpo a otro.

Una gran esperanza se avivó en su interior.

—Llegará un día en que el amor, como una cortina de fuego, arrasará los pueblos y las ciudades. Rasgará los muros. Destruirá las casas feas. Despojará a los hombres y mujeres de las ropas feas. Construirán de nuevo y construirán cosas bellas —declaró en voz alta. Según caminaba y hablaba, se sintió de repente como un joven profeta salido de alguna tierra limpia, lejana y desconocida para visitar a la gente de la calle con la bendición de su presencia. Se detuvo, se llevó las manos a la cabeza y rió con fuerza ante la imagen que se había formado de sí mismo. «Se diría que soy otro Juan Bautista que ha estado viviendo en el desierto a base de langostas y miel silvestre en vez de un fabricante de lavadoras de una ciudad de Wisconsin», pensó. Se abrió una de las ventanas de una casa y oyó débiles voces hablando. «Bueno, mejor que me vaya a casa antes de que me encierren por loco», elucubró.

En la oficina, durante el día, no había tales momentos de exaltación. Allí tan solo Natalie parecía tener el control de la situación. «Tiene piernas sólidas y pies fuertes. Sabe cómo mantenerse firme», meditó John Webster al sentarse en su despacho y mirarla sentada en el suyo.

Ella no era insensible a lo que ocurría a su alrededor. A veces, cuando él levantaba de pronto la vista hacia ella y ella no advertía que la estaba mirando, veía algo que lo convencía de que las horas que pasaba sola no eran muy felices. Tenía una tensión en los ojos. Sin duda ella tenía su propio infierno al que enfrentarse.

Aun así, cada día se dedicaba a su trabajo con aparente impasibilidad. «Esa vieja irlandesa, con su mal carácter, sus borracheras y su amor por la pintoresca y ruidosa blasfemia se las ha apañado para hacer crecer a sus hijas a toda prisa», decidió. Estaba bien que Natalie fuera tan estable. «Dios sabe que ella y yo vamos a necesitar toda su estabilidad antes de poder empezar nuestras vidas», decidió. Había algo en las mujeres, una especie de poder, que pocos hombres entendían. Podían soportar las dificultades. Ahora Natalie hacía su trabajo y el de él también. Cuando llegaba una carta, la respondía, y cuando había que decidir algo, ella tomaba la decisión. En ocasiones levantaba la vista hacia él, como diciéndole: «Tu labor, la limpieza que tendrás que hacer aún en tu propia casa, será más difícil que cualquier otra cosa que tenga que afrontar yo. Déjame encargarme de estos detalles menores de tu vida ahora. Hacerlo me facilita la espera».

No verbalizaba nada por el estilo, pues era mujer de pocas palabras, pero siempre había algo en sus ojos que le daba a entender lo que quería decir.

Tras haber hecho el amor por primera vez en el campo no volvieron a ser amantes mientras estaban en la ciudad de Wisconsin, aunque cada anochecer iban a pasear juntos. Tras cenar en casa de su madre, donde ella tenía que sufrir las miradas interrogantes de su hermana, la profesora, también mujer silenciosa, y soportar los fieros arranques de su madre, que la interrogaba a gritos desde la puerta mientras ella se marchaba, Natalie volvía siguiendo las vías del ferrocarril para encontrarse con

John Webster, que la esperaba en la oscuridad junto a la puerta de la oficina. Entonces paseaban con atrevimiento por las calles e iban al campo y, cuando se adentraban en una carretera comarcal, se tomaban de la mano, en silencio la mayor parte de las veces.

Y día tras día, en la oficina y en el hogar de los Webster, la sensación de tensión se hacía cada vez más pronunciada.

En casa, cuando llegaba tarde por la noche y se metía en su cuarto, tenía la sensación de que tanto su mujer como su hija estaban tumbadas despiertas, pensando en él, preguntándose acerca de él, preguntándose qué le había ocurrido, por qué se había convertido en un hombre nuevo. A juzgar por lo que él había visto en sus ojos, sabía que de repente ambas habían tomado conciencia de él. Ahora ya no era tan solo el que traía el pan a casa, el hombre que entra y sale de su casa como un caballo de faena entra y sale de un establo. Ahora, tumbado en su cama, entre las dos paredes de su cuarto y las dos puertas cerradas, se despertaban voces en el interior de ellas, vocecitas asustadas. Había adquirido el hábito de pensar en puertas y ventanas. «Alguna noche las paredes se derrumbarán y las dos puertas se abrirán. Debo estar listo para cuando eso ocurra», pensó.

Su mujer era el tipo de mujer que, cuando estaba alterada, resentida o enfadada, se sumía en un océano de silencio. Quizás la ciudad al completo supiera lo de sus paseos al atardecer con Natalie Swartz. Si le hubieran llegado noticias de ello a su esposa, no le habría hablado del asunto a su hija. Habría solo una especie de denso silencio en la casa y la hija sabría que algo ocurría. Había ocurrido con anterioridad. La hija se habría asustado, quizás en el fondo se encontrara el miedo al cambio, a que estuviera a punto de ocurrir algo que trastocara el repetitivo transcurso de los días.

Un mediodía, durante la segunda semana que sucedió al amor físico con Natalie, iba caminando hacia el centro de la ciudad con la intención de entrar en un restaurante a comer, y en lugar de eso siguió las vías del ferrocarril casi una milla. Después, sin saber con exactitud qué le había impulsado a hacerlo, volvió a la oficina. Natalie y todos los demás, a excepción de la más joven de las tres mujeres, habían salido. Quizás el aire de aquel lugar se había vuelto tan pesado a causa de los pensamientos no expresados que ninguno de ellos deseaba quedarse allí cuando no estaba trabajando. Era un día brillante y cálido, un día dorado y rojo de principios de octubre en Wisconsin.

Penetró en la oficina interior, se quedó un momento de pie sumido en una difusa contemplación de su alrededor y luego volvió a salir. La joven que estaba allí sentada se puso de pie. ¿Iba a decirle algo acerca de su aventura con Natalie? Él también se detuvo y se quedó mirándola. Era una mujer pequeña con una boca dulce y femenina, ojos grises y una especie de cansancio que se manifestaba en todo su ser. ¿Qué quería? ¿Quería que continuara su aventura con Natalie, de la que sin duda tenía noticia, o quería que la interrumpiera? «Sería terrible que intentara hablar de ello», discurrió, y de inmediato, por alguna razón inexplicable, supo que no iba a hacerlo.

Se quedaron mirándose a los ojos durante un momento y la mirada fue una especie de amor físico también. Era muy extraño, y aquel momento le daría mucho que pensar más tarde. En el futuro, estaba claro que su vida iba a estar llena de muchos pensamientos. Allí estaba esa mujer a la que no conocía en absoluto, frente a él, y a su manera, él y ella estaban también siendo amantes. Si lo que había ocurrido entre él y Natalie no fuera tan reciente, si no estuviera aún lleno de aquello, algo parecido podría haber tenido lugar entre él y aquella mujer.

En realidad, lo de quedarse mirando el uno al otro no duró más que un momento. Después ella se sentó, algo confusa, y él salió a toda prisa.

Había una especie de alegría en él en aquel momento. «Hay amor en abundancia en el mundo. Puede tomar muchos caminos hacia la expresión. Esa mujer de ahí dentro está ansiosa de amor y hay algo noble y generoso en ella. Sabe que Natalie y yo nos queremos y, de alguna oscura manera que no puedo entender, se ha entregado a ello hasta que se ha convertido en una experiencia casi física para ella también. Hay mil cosas en la vida que nadie entiende bien. El amor tiene tantas ramas como un árbol».

Subió hacia una calle comercial de la ciudad y se adentró en una zona que no le resultaba muy familiar. Pasó por un pequeño comercio cercano a una iglesia católica, de esos regentados por católicos devotos, donde se venden figuritas de Cristo en la cruz, de Cristo tendido a los pies de la cruz con las heridas sangrantes y la Virgen a su lado con los brazos cruzados y la casta mirada clavada en el suelo, velas bendecidas, candelabros y cosas por el estilo. Por un momento se quedó delante del escaparate, contemplando las figuras que allí se exhibían, y después entró a comprar una imagen enmarcada de la Virgen, un recambio de velas amarillas y dos candelabros de cristal en forma de cruz con figuras doradas de Cristo crucificado.

Para ser sinceros, la figura de la Virgen no se distinguía mucho de Natalie. Había una especie de fuerza serena en ella. Estaba de pie con un lirio en la mano derecha, y el pulgar y el índice de la mano izquierda rozaban un gran corazón prendido a su pecho con una daga. Sobre el corazón había un ramillete de cinco rosas rojas.

John Webster clavó por un momento los ojos en los de la Virgen; después compró las cosas y salió con presura de la tienda. Luego cogió un tranvía y fue a su casa. Su mujer y su hija habían salido, así que subió a su cuarto y puso los paquetes en un armario. Cuando bajó las escaleras, Katherine, la criada, lo estaba esperando.

—¿Le preparo algo de comer hoy? —preguntó con una sonrisa.

No se quedó a almorzar, pero fue agradable que se lo pidieran. En cualquier caso, ella recordaba el día en que se había quedado junto a él mientras comía. A él le había agradado estar a solas con ella aquel día. Quizás ella hubiera sentido lo mismo y le hubiera gustado estar con él.

Se dirigió hacia las afueras de la ciudad, se internó en una carretera comarcal y después se desvió de la carretera para adentrarse en un pequeño bosque. Pasó dos horas sentado en un tronco, mirando los árboles llenos de colores llameantes. El sol

resplandecía y, después de un rato, las ardillas y los pájaros se acostumbraron a su presencia, y las aves reanudaron su vida, que se había visto interrumpida por su llegada.

Era la tarde siguiente a su vagabundeo por las calles, entre las filas de casas cuyas paredes habían sido derribadas por su imaginación. «Se lo contaré a Natalie esta noche y le hablaré también de lo que tengo intención de hacer en casa, en mi cuarto. Se lo diré y no diré nada. Es extraña. Cuando no entiende, cree. Hay algo en ella que acepta la vida tal y como lo hacen esos árboles», pensó.

III

Una especie de extraña ceremonia nocturna comenzó en la habitación de John Webster, en la esquina del segundo piso de su casa. Cuando llegó a casa subió con sigilo las escaleras y entró en su cuarto. Se despojó de toda su ropa y la colgó en el armario. Cuando estuvo desnudo sacó la imagen de la Virgen y la colocó en una especie de vestidor que se encontraba en un rincón de la habitación, entre las dos ventanas. También colocó sobre el vestidor los dos candelabros con el Cristo en la cruz sobre ellos y, tras introducir en ellos las velas amarillas, las encendió.

Como se había desvestido a oscuras, no veía la habitación ni a sí mismo hasta que encendió las velas. Después empezó a retroceder y a avanzar, dejando que los pensamientos acudieran libremente a su cabeza.

«Sin duda estoy loco», se dijo, «pero mientras lo esté, también podría ser una locura deliberada. No me ha gustado esta habitación ni la ropa que visto. Ahora me he quitado la ropa y quizás pueda purificar un poco la habitación. En cuanto a mis vagabundeos por las calles y mis fantasías sobre la gente en su casa, también les llegará el turno, pero de momento mis problemas se localizan en esta casa. He pasado demasiados años de vida estúpida en esta casa y en este cuarto. Ahora celebraré esta ceremonia: quedarme desnudo y andar de arriba abajo ante la Virgen, hasta que ni mi mujer ni mi hija puedan mantener su silencio. Irrumpirán aquí cualquier noche de repente y entonces diré lo que tengo que decir antes de fugarme con Natalie».

—En cuanto a ti, mi querida Virgen, me atrevo a decir que no te ofenderé — pronunció en voz alta mientras se giraba y le hacía una reverencia a la mujer del marco. Lo miraba con fijeza, como podría haberlo mirado Natalie, y él le dedicó una sonrisa. Ahora le parecía muy evidente cuál debía ser el curso de su vida. Lo razonó todo con lentitud. De algún modo, en aquella época, no necesitaba mucho sueño. El mero dejarse llevar, como estaba haciendo, era un tipo de descanso.

Mientras tanto, caminaba desnudo y descalzo por la habitación mientras intentaba planear su vida futura. «Acepto la idea de que estoy loco en estos momentos y tan solo espero permanecer así», se dijo. Después de todo, era bastante evidente que la gente cuerda de su alrededor no disfrutaba tanto de la vida como él. Estaba la cuestión de haber traído a la Virgen ante su presencia desnuda y haberla puesto bajo las velas. Para empezar, las velas difundían un suave resplandor por la habitación. La ropa que vestía habitualmente y que había aprendido a rechazar porque no había sido fabricada para él, sino para un ser impersonal, en alguna fábrica textil, estaba ahora colgada fuera de su vista, en el armario. «Los dioses han sido buenos conmigo. Ya no soy muy joven, pero por alguna razón no he dejado que mi cuerpo engorde o se ensanche», pensó mientras entraba en el círculo de la luz de las velas y se miraba largamente, con honestidad.

En el futuro, tras las noches en las que su balanceo desnudo en la habitación hubiera atraído a la fuerza la atención de su mujer y su hija hasta que se vieran

obligadas a irrumpir en ella, se llevaría a Natalie y huiría. Se había provisto de algo de dinero, lo suficiente para poder vivir unos cuantos meses. El resto se lo dejaría a su esposa y a su hija. Cuando él y Natalie se hubieran marchado de la ciudad se irían a algún lugar, quizás al Oeste. Se establecerían en algún sitio y trabajarían para vivir.

Lo que el quería más que cualquier otra cosa era dar rienda suelta a sus impulsos. «Debe de ser que, cuando era un niño y mi imaginación jugaba desenfrenada con la vida de mi alrededor, se me destinaba para ser algo más que el aburrido zoquete que he sido todos estos años. En presencia de Natalie, como en presencia de un árbol o de un campo, puedo ser yo mismo. Me atrevo a decir que tendré que tener cuidado a veces, pues no quiero que me declaren loco y me encierren, pero Natalie me ayudará con eso. De algún modo, que yo me deje llevar será una expresión para ambos. A su manera ella también está encerrada en una cárcel. También se han erigido muros a su alrededor.

Quizás sea que hay algo de poeta en mí, y Natalie debería tener a un poeta por amante.

La verdad es que me estoy encargando de la labor de traer de algún modo gracia y significado a mi vida. Después de todo, debe de ser por algo de eso por lo que se concibe la vida.

En realidad no sería tan malo si, en los pocos años de vida que me quedan, no lograra nada de importancia. Cuando uno lo mira con detenimiento, los logros no son algo vital en una vida.

Tal y como están las cosas ahora, en esta ciudad y en todas las demás ciudades en las que he estado, todo está bastante empantanado. En todos lados se vive una vida sin objetivos. Los hombres y las mujeres por igual malgastan su vida entrando y saliendo de casas y fábricas, o poseen casas y fábricas y viven su vida y se encuentran al final frente a la muerte y el fin de la vida sin haber vivido en absoluto».

Sonrió ante sí mismo y sus pensamientos mientras seguía avanzando y retrocediendo; en ocasiones detenía su camino y le hacía una refinada reverencia a la Virgen.

—Espero que seas virgen de verdad —dijo—. Te he traído a este cuarto y en presencia de mi cuerpo desnudo porque pensé que lo serías. Porque claro, si eres virgen, no puedes tener más que pensamientos puros.

IV

Muy a menudo, durante el día, y después de empezar la ceremonia nocturna de su cuarto, John Webster tenía momentos de pánico. «Pongamos», pensaba, «que mi esposa y mi hija miraran por el ojo de la cerradura alguna noche, y decidieran encerrarme en lugar de entrar aquí y ofrecerme la oportunidad que quiero de hablar con ellas. Tal y como están las cosas, no puedo desarrollar mis planes sin que entren las dos aquí sin que yo les pida que entren».

Tenía una aguda conciencia del hecho de que lo que iba a ocurrir en su cuarto sería terrible para su mujer. Quizás no fuera capaz de soportarlo. Se había desarrollado en él una vena cruel. Ahora durante el día rara vez iba a la oficina y cuando lo hacía se quedaba apenas unos minutos. Cada día daba un paseo por el campo, se sentaba bajo los árboles, vagaba por caminos boscosos, y al atardecer caminaba en silencio junto a Natalie, también por el campo. Los días transcurrían en un sereno esplendor de otoño. Había una especie de dulce responsabilidad nueva en estar simplemente vivo cuando uno se sentía tan vivo.

Un día ascendió a una pequeña colina desde cuya cima podía ver, a través del campo, las chimeneas industriales de la ciudad. Una suave neblina se extendía por el bosque y las llanuras. Sus voces interiores no alborotaban entonces, sino que charlaban con suavidad.

En cuanto a su hija, lo que había que hacer era sorprenderla, si era posible, con la comprensión del hecho de la vida. «Se lo debo», reflexionó. «Aunque lo que debe ocurrir sea terriblemente duro para su madre, podría acercar a Jane a la vida. Al final los muertos deben ceder su lugar a los vivos. Cuando, hace tiempo, fui a la cama de esa mujer, que es la madre de Jane, asumí una cierta responsabilidad.irme a la cama con ella pudo no ser lo más bonito del mundo, según resultó, pero es algo que se hizo y el resultado es esta niña, que ya no es una niña, sino que se ha convertido en una mujer en su vida física. Tal como ayudé a darle una vida física, ahora tengo que intentar darle esta otra, esta vida interior también».

Su mirada atravesó los campos en dirección a la ciudad. Cuando llevara a cabo el trabajo que aún tenía que hacer, se iría y pasaría el resto de su vida moviéndose entre la gente, mirando a la gente, pensando en ellos y en sus vidas. Quizás se convirtiera en escritor. Sería como fuera.

Se levantó de la hierba donde estaba sentado en lo alto de la colina y bajó una carretera que le conduciría de nuevo a la ciudad y a sus paseos al atardecer con Natalie. Pronto llegaría el ocaso. «Pero nunca sermonearé a nadie, de cualquier manera. Si por suerte algún día me convierto en escritor, me limitaré a decirle a la gente lo que he visto y oído en la vida, y además de eso, emplearé mi tiempo en pasear arriba y abajo, mirar y escuchar», pensó.

LIBRO TRES

I

Y aquella misma noche, tras haber estado sentado en la colina, pensando sobre su vida y lo que haría con lo que quedaba de ella, y después de dar el acostumbrado paseo al atardecer con Natalie, las puertas de su cuarto se abrieron y entraron su esposa y su hija.

Eran alrededor de las once y media y llevaba una hora caminando arriba y abajo con suavidad ante la imagen de la Virgen. Las velas estaban encendidas. Sus pies hacían un ruido de felino sobre el suelo. Oír aquel sonido en la silenciosa casa era extraño y sorprendente.

La puerta que llevaba a la habitación de su esposa se abrió y esta se quedó mirándolo. Su alta figura llenaba el umbral de la puerta y sus manos se aferraron al quicio. Estaba muy pálida y tenía los ojos fijos y muy abiertos.

—John —dijo con voz ronca, y repitió su nombre. Parecía que quería decir algo más, pero que era incapaz de hablar. Daba una intensa sensación de lucha inútil.

Lo único seguro es que no estaba muy favorecida allí de pie. «La vida te lo devuelve todo. Dale la espalda y se ensañará contigo. Cuando la gente no vive, muere, y cuando están muertos, tienen apariencia de muertos», pensó. Le sonrió y después giró la cabeza para quedarse escuchando.

Llegó —el sonido que esperaba escuchar—. Hubo una agitación en la habitación de su hija. Había contado con que las cosas salieran según sus deseos e incluso había tenido la premonición de que ocurriría aquella noche. Creía entender qué había ocurrido. Durante más de una semana una tormenta había soliviantado aquel océano de silencio que era su esposa. Había habido otro prolongado y resentido silencio así, tras su primer intento de hacer el amor, tras el cual él le había dicho algunas cosas dolorosas. Aquello se había disipado solo, pero esto era algo completamente diferente. No podía esfumarse de aquella manera. Había sucedido aquello por lo que había rezado. Se había visto obligada a encontrarse con él allí, en el lugar que él había preparado.

Y ahora su hija, que también había estado tumbada noche tras noche, escuchando los extraños sonidos que llegaban de la habitación de su padre, se vería obligada a venir. Se sintió casi alegre. Aquella tarde le había dicho a Natalie que pensaba que su lucha iba a llegar a un punto crítico aquella noche y le había pedido que estuviera lista para él. Había un tren que salía de la ciudad a las cuatro de la mañana.

—Quizás podamos coger ese —había dicho.

—Hablaré con mi madre y mi hermana y te estaré esperando —había dicho Natalie, y ahora allí estaba su esposa, pálida y temblorosa, como si estuviera a punto de caerse, mientras dirigía su mirada alternativamente a la Virgen entre las velas y a su cuerpo desnudo, y luego se oyó el ruido de alguien que se movía en la habitación de su hija.

Y entonces su puerta se abrió con suavidad una pulgada, y él fue hasta ella para

abrirla por completo.

—Entra —dijo—. Entrad las dos. Sentaos juntas en la cama. Tengo algo que deciros.

Había un timbre autoritario en su voz.

No había duda de que las dos mujeres estaban, al menos en ese momento, dominadas por el susto y la turbación. Qué pálidas estaban las dos. La hija se llevó las manos al rostro y cruzó corriendo la habitación para sentarse con rigidez, aferrada a una barra de los pies de la cama, aún tapándose los ojos con una mano, y su esposa cruzó la habitación para caer boca abajo en la cama. Emitió un ruidito constante de sollozo durante un rato y después enterró la cara en la ropa de cama y quedó en silencio. No había duda de que ambas lo creían completamente loco.

Se dirigió a su hija.

—Bueno, Jane —comenzó, con gran honestidad en su voz clara y pausada—, me hago cargo de que estás asustada y alterada por lo que está ocurriendo aquí y no te culpo. Lo cierto es que todo estaba preparado. Llevas una semana despierta en la cama, en la habitación contigua, escuchando mis movimientos, y en esa habitación de ahí estaba tu madre acostada. Hay algo que quiero deciros a ti y a tu madre, pero, como sabéis, nunca ha habido costumbre de hablar en esta casa.

Lo cierto es que quería sorprenderos y creo que lo he conseguido.

Atravesó la habitación y se sentó en la cama, entre su hija y el cuerpo pesado e inerte de su esposa. Ambas llevaban sus camisones y a su hija le caía el pelo por los hombros. Era igual que el pelo de su mujer cuando se había casado con ella. Entonces su pelo era de ese mismo amarillo dorado y cuando brillaba el sol en él, aparecían a veces reflejos marrones y cobrizos.

—Me voy a marchar de esta casa esta misma noche. Ya no viviré más con tu madre —explicó mientras se inclinaba hacia adelante y clavaba la vista en el suelo.

Enderezó su cuerpo y se quedó mirando al de su hija. Era joven y esbelto. No sería extraordinariamente alta, como su madre, pero sería una mujer de mediana altura. Estudió su cuerpo con atención. Una vez, cuando tenía seis años, Jane había pasado casi un año enferma y ahora recordaba que durante ese tiempo ella había sido de gran importancia para él. Fue un año en el que el negocio iba mal y pensaba que a lo mejor tenía que declararse en quiebra, pero se las había apañado para tener a una enfermera experta en casa durante el periodo completo de su enfermedad. Cada día, durante aquella época, volvía a casa de la fábrica a mediodía y entraba en la habitación de su hija.

No tenía fiebre. ¿Qué ocurría? Había retirado la ropa de cama del cuerpo de la niña y lo había mirado. Era muy delgada entonces y podían distinguirse con facilidad los pequeños huesos del cuerpo. Aquello era solo la minúscula estructura de huesos sobre la que se estiraba la bonita piel blanca.

Los médicos habían dicho que era una cuestión de malnutrición, que la comida que le daban no la nutría, y no podían encontrar la comida adecuada. La madre no

había podido amamantarla. A veces, durante aquel periodo, pasaba largos minutos mirando a la niña, cuyos cansados y lánguidos ojos le devolvían la mirada. De sus ojos brotaban lágrimas.

Era muy extraño. Desde el momento en que de pronto había comenzado a crecer bien y a ponerse fuerte, le había perdido el rastro de algún modo. ¿Dónde había estado él ese tiempo y dónde había estado ella? Eran dos personas y llevaban todos esos años viviendo en la misma casa. ¿Qué era lo que separaba a las personas? Contempló con atención el cuerpo de su hija, cuyas líneas dejaba ver el camisón. Tenía caderas más bien estrechas, como las de un muchacho, pero sus hombros eran anchos. Cómo le temblaba el cuerpo. Qué asustada estaba. «Soy un extraño para ella, y no me sorprende», pensó. Se inclinó hacia delante y miró sus pies desnudos. Eran pequeños y estaban bien formados. Quizás algún día algún amante se los besara. Algún día un hombre se sentiría respecto a su cuerpo como él se sentía ahora respecto al fuerte y pesado cuerpo de Natalie Swartz.

Su silencio pareció reavivar a su mujer, que se volvió a mirarlo. Después se incorporó en la cama y él se levantó de un salto para ponerse frente a ella.

—John —repitió ella en un ronco murmullo, como si deseara atraerlo hacia ella desde algún lugar oscuro y silencioso. Abrió y cerró la boca dos o tres veces, como un pez fuera del agua. Él desvió la mirada y no le prestó más atención, y ella volvió a enterrar el rostro entre la ropa de cama.

«Lo que quería, hace mucho, cuando Jane era pequeña, era simplemente que ella tuviera vida y eso es lo que quiero ahora. Eso es todo lo que quiero. Eso es lo que persigo», pensó John Webster.

Comenzó a avanzar y a retroceder por la habitación, con una sensación ociosa. No ocurriría nada. Ahora su esposa había vuelto a caer en un océano de silencio. Se quedaría tumbada en la cama sin decir nada, sin hacer nada, hasta que él hubiera terminado de decir lo que tenía que decir y se hubiera marchado. El miedo había cegado y enmudecido a su hija, pero quizás su calidez pudiera ahuyentarlo. «Debo tratar este asunto despacio, tomarme mi tiempo, contarle todo», pensó. La asustada muchacha se quitó entonces la mano de los ojos y lo miró. Le temblaba la boca y después pronunció una palabra.

—Padre —suplicó.

El le dedicó una reconfortante mirada e hizo un movimiento con el brazo hacia la Virgen, sentada con mucha solemnidad entre las dos velas.

—Mira hacia allá un momento mientras hablo contigo —dijo.

Y de inmediato se sumergió en una explicación acerca de su situación.

—Algo se ha roto —aclaró—. El hábito de vivir en esta casa. Ahora no lo comprenderás, pero en algún momento lo harás.

Llevo años sin estar enamorado de esta mujer que es tu madre y ha sido mi esposa, y ahora me he enamorado de otra mujer. Se llama Natalie y esta noche, después de que tú y yo tengamos esta charla, nos vamos a marchar para vivir juntos.

En un impulso, se arrodilló en el suelo a los pies de su hija y se incorporó con rapidez. «No, eso no está bien. No estoy pidiéndole perdón, estoy explicándole las cosas», se dijo.

—Bueno —retomó—, vas a pensar que estoy loco y quizás lo esté. No lo sé. En cualquier caso, el estar aquí en esta habitación, con la Virgen y sin ropa, lo extraño que es todo esto quizás te lleve a pensar que estoy loco. Tu mente se aferrará a ese pensamiento. Querrá aferrarse a ese pensamiento —puntualizó en voz alta—. Quizás resulte ser así por un tiempo.

Parecía confuso acerca de cómo decir todo aquello que deseaba decir. Todo aquel asunto, la escena en el cuarto, la charla con su hija, que había planeado con tanto detalle, iba a ser una cuestión más delicada de lo que había pensado. Había pensado que habría una especie de significado final en su desnudez y en la presencia de la Virgen y las velas. ¿Se habría excedido con el escenario?, se preguntó mientras mantenía una mirada fija y llena de ansiedad en el rostro de su hija. No le decía nada. Estaba tan solo asustada y seguía aferrada a la barra de los pies de la cama, como un naufrago en alta mar se aferraría a un madero flotante. El cuerpo de su esposa, tumbado en la cama, presentaba una extraña rigidez. Bueno, hacía años que había algo rígido y frío en el cuerpo de aquella mujer. Quizás hubiera muerto. Cosas que ocurren. Sería algo con lo que no había contado. Era bastante raro, ahora que el problema estaba frente a él, lo poco que tenía que ver la presencia de su esposa con la cuestión.

Dejó de mirar a su hija y comenzó a caminar arriba y abajo, y a hablar al mismo tiempo. Con voz serena, aunque ligeramente tensa, comenzó a intentar explicar, en primer lugar, la presencia de la Virgen y de las velas en la habitación. Ahora se dirigía a una persona, no a su propia hija, sino a un ser humano como él. Se sintió de inmediato aliviado. «Bueno, eso es. Así es como debo hacerlo», pensó. Siguió hablando y caminando un buen rato. Era mejor no pensar demasiado. Tenía que perseverar en la creencia de que lo que él acababa de encontrar en su interior y el de Natalie estaba también vivo en algún lugar de su hija. Antes de aquella mañana, cuando empezó la aventura entre Natalie y él, su vida había sido como una playa cubierta de basura y de oscuridad. La playa estaba cubierta de troncos empapados y tocones. Las retorcidas raíces de los viejos árboles se amontonaban en la oscuridad. Ante ellos yacía el pesado e indolente mar de la vida.

Y entonces había llegado aquella tormenta que había limpiado la playa. ¿Podía mantenerla limpia? ¿Podía mantenerla limpia para que brillara a la luz matinal?

Estaba intentando contarle a su hija Jane algo de la vida que había llevado en la casa junto a ella y por qué, antes de poder hablar con ella, se había visto obligado a hacer algo extraordinario, como traer a la Virgen a su habitación y arrancar de su propio cuerpo las ropas que, al vestirlas, le harían parecer a sus ojos la persona que entraba y salía de la casa, el proveedor de pan y ropas para ella que siempre había conocido.

Con voz lenta y clara, como si temiera perder el hilo, le contó algo de su vida como hombre de negocios, del poco interés real que había tenido nunca en los negocios que habían ocupado su vida.

Se olvidó de la Virgen y durante un rato habló solo de él. Volvió a sentarse junto a ella y una vez que empezó a hablar posó con atrevimiento su mano en la pierna de ella. Su carne estaba fría bajo el camisón.

—Era tan jovencito como tú ahora, Jane, cuando conocí a la mujer que es tu madre y que era mi esposa —explicó—. Debes intentar adaptar tu mente a la idea de que tanto tu madre como yo fuimos una vez jovencitos como tú.

Supongo que tu madre, cuando tenía tu edad, debía de ser como tú eres ahora. Sería, por supuesto, algo más alta. Recuerdo que su cuerpo era entonces muy largo y esbelto. Lo consideraba muy bonito entonces.

Tengo razones para recordar el cuerpo de tu madre. Ella y yo nos conocimos al principio a través de nuestros cuerpos. Al principio no hubo nada más que nuestros cuerpos desnudos. Teníamos eso y lo negamos. Quizás fuera sobre eso sobre lo que había que construir todo lo demás, pero fuimos demasiado ignorantes o demasiado cobardes. Es a causa de lo que ocurrió entre tu madre y yo por lo que te he traído ante mi presencia desnuda y he traído aquí esta imagen de la Virgen. Siento el deseo de hacer de la carne algo sagrado para ti.

Su voz se había vuelto suave y evocadora; quitó la mano de la pierna de su hija y le tocó las mejillas y el pelo. Ahora estaba con franqueza haciéndole el amor y ella había sucumbido de algún modo a su influencia. Él tomó una de sus manos y se la apretó.

—Tu madre y yo nos conocimos en casa de un amigo. Pese a que, hasta hace unas semanas, cuando de repente empecé a amar a otra mujer, llevaba años sin pensar en ese encuentro, en este momento posee la misma claridad en mi mente que si hubiera ocurrido aquí, en esta casa, esta noche.

Todo el asunto, del que ahora quiero contarte los detalles, ocurrió aquí en esta ciudad, en casa de un hombre que entonces era mi amigo. Ahora está muerto, pero en aquella época estábamos siempre juntos. Tenía una hermana, un año más joven que él, por quien sentía cariño, pero aunque pasábamos mucho tiempo juntos, ella y yo no estábamos enamorados. Tiempo después se casó y se mudó a otra ciudad.

Había otra joven, la misma mujer que ahora es tu madre, que iba a esa casa a visitar a la hermana de mi amigo y, como estos vivían al otro extremo de la ciudad, y como mi padre y mi madre estaban de visita fuera de la ciudad, me invitaron a que me quedara allí. Era una especie de ocasión especial. Se acercaban las vacaciones de Navidad e iba a haber muchas fiestas y bailes.

—A tu madre y a mí nos ocurrió algo que en el fondo no es tan diferente de lo que nos ha ocurrido a ti y a mí esta noche —dijo con agudeza. Se sentía de nuevo trastornado y pensó que sería mejor que se levantara y caminara. Dejó caer la mano de su hija, dio un brinco y pasó unos minutos paseando con nerviosismo de un lado a

otro. Todo aquel asunto, el sorprendido miedo hacia él que asomaba de vez en cuando a los ojos de su hija y la presencia inerte de su esposa dificultaba sus planes más de lo que había imaginado. Contempló el cuerpo silencioso e inmóvil de su esposa en la cama. Cuántas veces había contemplado aquel mismo cuerpo yaciendo de ese modo. Se había entregado a él hacía mucho y desde entonces había estado sometida a la vida en el interior de él. La imagen que había formado en su mente, «un océano de silencio», le iba como anillo al dedo. Siempre había sido callada. En el mejor de los casos, todo lo que había aprendido de la vida era un hábito de sumisión teñido de resentimiento. Incluso cuando le hablaba no hablaba realmente. Era de veras singular que Natalie, con su silencio, pudiera manifestarle tantas cosas, mientras que él y aquella mujer, en todos aquellos años juntos, no habían dicho nada que de veras concerniera a sus vidas.

Desvió la mirada del cuerpo inmóvil de su esposa a su hija y sonrió. «Puedo entrar en ella», pensó con satisfacción. «No puede encerrarme fuera de sí misma, no quiere encerrarme fuera de sí». Había algo en el rostro de su hija que le revelaba qué ocurría en su mente. La joven estaba ahora sentada mirando la imagen de la Virgen y era evidente que el miedo mudo que había tomado posesión de ella por completo al adentrarse con brusquedad en la habitación y ante la presencia del hombre desnudo estaba empezando a perder su imperio. Pese a sí misma, estaba pensando. Allí estaba ese hombre, su propio padre, balanceándose desnudo por el dormitorio como un árbol en invierno y deteniéndose en ocasiones para posar su mirada sobre ella, sobre la suave luz, la Virgen con las velas y la figura de su madre tumbada en la cama. Su padre estaba intentando contarle una historia que ella quería escuchar. De algún modo le concernía, en alguna parte vital de sí misma. No había duda de que era un error, un terrible error que contaran la historia y que ella la escuchara, pero ahora quería oírla.

«Después de todo, estaba en lo cierto», estaba pensando John Webster. «Lo que ha ocurrido aquí podría componer o destruir a una mujer de la edad de Jane, pero tal y como están las cosas, todo saldrá bien. Ella también tiene una vena cruel. Ahora hay una especie de salud en sus ojos. Quiere saber. Tras esta experiencia, tal vez no tenga miedo de los muertos. Los muertos siempre están asustando a los vivos».

Retomó el hilo de su narración y paseó arriba y abajo a la tenue luz.

—Algo nos ocurrió a tu madre y a mí. Fui a casa de mi amigo por la mañana temprano y tu madre debía llegar en el tren de la tarde. Había dos trenes, uno a mediodía y el otro por la tarde, sobre las cinco, y, como tendría que levantarse en plena noche para tomar el primero, todos supusimos que llegaría más tarde. Mi amigo y yo habíamos planeado pasar el día cazando conejos en los campos cercanos a la ciudad y volvimos a su casa sobre las cuatro.

Nos daría tiempo a bañarnos y vestirnos antes de que llegara la invitada. Cuando llegamos a casa, la madre y la hermana de mi amigo habían salido y supusimos que no habría nadie en la casa, excepto el criado. En realidad la invitada había llegado en el tren del mediodía, pero nosotros no lo sabíamos y la criada no nos lo dijo. Subimos

a toda prisa para desvestirnos y después bajamos al cobertizo a bañarnos. Por entonces la gente no tenía bañeras en las casas y la criada había llenado dos bañeras de agua y las había llevado al cobertizo. Después de llenarlas desapareció, se marchó.

Íbamos corriendo por la casa desnudos como ahora. Lo que ocurrió es que yo salí desnudo del cobertizo y corrí escaleras arriba en dirección a mi habitación. Era un día cálido y casi había oscurecido.

John Webster volvió a sentarse con su hija en la cama y a apretarle una mano.

—Subí escaleras arriba, pasé por un pasillo, abrí una puerta y crucé una habitación hacia lo que yo creía que era mi cama, donde había dejado la ropa que había traído aquella mañana en la bolsa.

Lo que ocurrió fue que tu madre se había levantado de la cama a medianoche la noche antes, en su ciudad, y cuando llegó a casa de mi amigo, la madre y la hermana habían insistido en que se desvistiera y se metiera en la cama. No había deshecho su equipaje, pero se había despojado de la ropa y se había metido entre las sábanas tan desnuda como yo estaba cuando entré ante ella. Como era un día cálido, ella estaba, supongo, inquieta, y al removerse había tirado la ropa de cama hacia un lado.

Yacía, pues, desnuda en la cama, bajo la luz vacilante, y como yo estaba descalzo no hice ruido al acercarme.

Fue un momento sorprendente para mí. Había ido directo a la cama y allí estaba ella, a apenas unas pulgadas de mis manos, tal como colgaban a mis costados. Fue el momento más bonito de tu madre conmigo. Como ya te he dicho, era muy esbelta entonces, y su largo cuerpo era blanco como las sábanas de la cama. Hasta entonces yo nunca había estado en presencia de una mujer desnuda. Acababa de salir del baño. Era como una especie de boda, sabes.

Ignoro cuánto tiempo permanecí mirándola, pero en cualquier caso ella sabía que yo estaba allí. Levantó hacia mí sus ojos soñolientos como un nadador que sale del mar. Tal vez, es posible, hubiera estado soñando conmigo o con otro hombre.

En cualquier caso, por un momento, no se asustó ni se sorprendió en absoluto. Ese fue realmente el momento de nuestra boda.

Ojalá hubiéramos sabido cómo vivir de acuerdo con aquel momento. Me quedé allí de pie, con la vista fija en ella, y ella en la cama, con la vista fija en mí. Debíamos de tener una resplandeciente viveza en los ojos. No sabía entonces todo lo que sentía, pero mucho después, a veces, cuando daba un paseo por el campo o iba en tren, pensaba. Bueno, ¿qué pensaba? Era por la noche. Me refiero a que después, a veces, cuando estaba solo y era por la noche, dejaba vagar la vista por las colinas o veía un río dibujando una veta blanca desde lo alto de un acantilado. Lo que intento decir es que he pasado todos estos años intentando volver a capturar ese momento y ahora está muerto.

John Webster dejó caer sus manos en un gesto de repugnancia; después se levantó con rapidez de la cama. El cuerpo de su mujer había comenzado a agitarse y se incorporó. Durante un momento, su más bien enorme figura estuvo agazapada en la

cama; ofrecía el aspecto de un gran animal a cuatro patas, enfermo, que intentara ponerse de pie para andar.

Y entonces consiguió levantarse; apoyó con firmeza los pies en el suelo y salió despacio de la habitación sin mirar a ninguno de los dos. Su marido permaneció con la espalda apoyada contra la pared de la habitación y la dejó marcharse. «Bueno, este es su final», pensó con crudeza. La puerta que llevaba a su habitación fue poco a poco hacia él. Ahora estaba cerrada. «También hay puertas que deben cerrarse para siempre», se dijo.

Aún estaba en presencia de su hija y ella no sentía temor hacia él. Él se acercó a un armario; sacó ropa y empezó a vestirse. Entonces se dio cuenta de que era un momento terrible. Bueno, estaba jugando sus bazas hasta el límite. Había estado desnudo. Ahora tenía que vestirse. Le asaltó una absurda idea. «¿Tendrá mi hija percepción del momento? ¿Me ayudará ahora?», se preguntó.

Y entonces el corazón le dio un vuelco. Su hija Jane había hecho algo muy bonito. Había un accesorio que tenía que ponerse y abrocharse. Mientras él lo hacía, ella se tumbó boca abajo en la cama, en la misma posición en la que su madre se encontraba tan solo un rato antes.

—Salí de su cuarto hacia el vestíbulo —explicó—. Mi amigo había subido las escaleras y estaba en el pasillo, encendiendo una lámpara sujeta a una ménsula de la pared. Quizás puedas imaginarte lo que me pasaba por la cabeza. Mi amigo me miró, sin saber nada. Él no sabía siquiera que la mujer estaba en la casa, pero me había visto salir de la habitación. Acababa de encender la lámpara cuando salí y cerré la puerta tras de mí y la luz me cayó sobre la cara. Algo debió de sorprenderlo. Nunca después hablamos del asunto. Pues resultó que todo el mundo se sentía violento e incómodo por lo que había ocurrido y lo que aún debía ocurrir.

Debí de salir de la habitación como un sonámbulo. ¿Qué me pasaba por la cabeza? ¿Qué me había pasado por la cabeza cuando había estado allí de pie junto a su cuerpo desnudo e incluso antes de eso? Era una situación que podía no volver a darse en la vida. Acabas de ver cómo se ha marchado tu madre de la habitación. Te preguntas, me atrevo a decir, qué le está pasando por la cabeza. Puedo decírtelo. No tiene nada en la cabeza. Ha convertido su mente en un lugar vacío en el que nada que importe puede entrar. Ha dedicado una vida a ello, al igual que la mayor parte de la gente, me atrevería a decir.

En cuanto a aquella tarde en la que estaba de pie en el vestíbulo, con la luz de aquella lámpara sobre mí y mi amigo mirándome y preguntándose qué había pasado —eso es, después de todo, lo que debo tratar de contarte—.

Ahora estaba en parte vestido y Jane estaba de nuevo erguida en la cama. Él fue a sentarse en mangas de camisa junto a ella. Tiempo después ella recordaría lo extraordinariamente joven que parecía él en aquel momento. Parecía concentrado en hacerle entender por completo todo lo que había ocurrido.

—Bueno, comprenderás —pronunció despacio— que, aunque ella había visto a

mi amigo y a su hermana antes, a mí no me conocía. Al mismo tiempo, sabía que yo iba a estar en la casa durante su visita. Sin duda había pensado acerca del anónimo joven que iba a conocer y también es verdad que yo había pensado en ella.

Incluso en el momento en que caminé, desnudo, hacia ella, era alguien vivo en mi mente. Y cuando vino hacia mí, dormida, antes de tener tiempo para pensar, yo era alguien vivo para ella. Solo por un momento nos atrevimos a comprender qué vivos estábamos el uno para el otro. Ahora lo sé, pero durante muchos años después de que aquello ocurriera no lo sabía y solo me sentía confuso.

También me sentía confuso cuando salí al pasillo y me quedé allí frente a mi amigo. Sabes, él no sabía aún que ella estaba en la casa. Tenía que decirle algo y era como tener que decir en público lo que ocurre entre dos personas en un momento de amor.

No se puede hacer, entiendes, así que me quedé allí, tartamudeando y empeorando las cosas cada minuto. Debía de tener una mirada culpable y de inmediato empecé a sentirme culpable, aunque cuando estaba en la habitación, al lado de la cama, como te he explicado, no me sentí en absoluto culpable, más bien al contrario, de hecho.

«He entrado desnudo en esa habitación y me he quedado al lado de la cama y hay una mujer dentro, desnuda», dije.

Mi amigo se sorprendió, por supuesto. «¿Qué mujer?», preguntó.

Traté de explicárselo. «La amiga de tu hermana. Está ahí dentro, desnuda en la cama y yo he entrado y me he quedado a su lado. Ha venido en el tren del mediodía», expliqué.

Parecía que yo lo sabía todo, ya sabes. Me sentí culpable. Eso era lo que me pasaba. Supongo que tartamudeaba y actuaba con confusión. «Ahora nunca creerá que ha sido un accidente. Creerá que estoy tramando algo raro», imaginé enseguida. Nunca supe si en efecto pensó alguna o todas de las cosas que me pasaban a mí por la cabeza en aquel momento y de las que de algún modo le acusaba. Siempre fui un extraño en aquella casa a partir de aquel momento. Bueno, lo que había hecho necesitaba para aclararse una buena cantidad de explicaciones murmuradas que nunca presté, e, incluso después de que tu madre y yo nos casáramos, las cosas nunca fueron como antes entre mi amigo y yo.

Así que allí me quedé, tartamudeando, y él me miraba con ojos asombrados y perplejos. La casa estaba en silencio y recuerdo que la luz de la lámpara de la ménsula caía sobre nuestros dos cuerpos desnudos. Mi amigo, el hombre que fue testigo de un drama vital en mi vida, está ahora muerto. Murió hace unos ocho años y tu madre y yo nos pusimos nuestra mejor ropa, fuimos en coche a su funeral y después a un cementerio a observar cómo metían su cuerpo en la tierra, pero en aquel momento estaba vivo y coleando, y siempre pensaré en él como era entonces. Llevábamos todo el día vagando por el campo y él, como yo, acababa de salir, te acuerdas, del baño. Su joven cuerpo era muy esbelto y fuerte y formaba una marca

blanca resplandeciente contra la oscura pared del vestíbulo contra la que estaba apoyado.

¿Esperábamos ambos que sucediera algo más, que ocurriera algo más? No volvimos a hablar, sino que nos quedamos en silencio. Quizás estuviera tan solo sorprendido por mi declaración de lo que había hecho y por un algo extraño en mi manera de contarlo. Normalmente, a un accidente de ese tipo le sucedería una confusión llena de risitas y el asunto habría pasado como una especie de secreto y de broma deliciosa, pero yo había suprimido cualquier posibilidad de que lo tomáramos así con mi manera de mirar y actuar cuando salí y lo vi. Supongo que ambos teníamos, al mismo tiempo, demasiada y demasiado poca conciencia del significado de lo que había hecho.

Así que nos quedamos mirándonos en silencio hasta que la puerta de abajo, la de la calle, se abrió y su madre y su hermana entraron en la casa. Habían aprovechado el hecho de que la invitada se hubiera ido a dormir y habían acudido a la zona comercial de la ciudad para hacer algunas compras.

¿Y yo? Lo que pasaba en mi interior en aquel momento es lo más difícil de explicar. Me costaba controlarme, de eso puedes estar segura. Lo que pienso ahora, en este momento, es que entonces, en aquel lejano momento en el que estaba allí de pie, desnudo, en el pasillo, junto a mi amigo, algo que no podía recuperar de inmediato había salido de mí.

Quizás cuando crezcas puedas entenderlo mejor que ahora.

John Webster dedicó una larga mirada a su hija, que también lo contemplaba. Para ambos, la historia que él estaba contando se había convertido en algo impersonal. La mujer, tan íntimamente ligada a ellos como esposa y madre, había salido ahora de la historia tal como unos momentos antes había salido tambaleante de la habitación.

—Sabes —musitó él despacio—, lo que no entendía entonces, lo que no podía esperarse que entendiera, es que había salido de mí porque me había enamorado de la mujer que estaba en la cama de la habitación. Nadie entiende que algo así pueda suceder como una idea que relampaguea en nuestra mente. Lo que hoy en día estoy llegando a creer y me gustaría dejarte grabado en la mente, jovencita, es que esos momentos llegan a nuestra vida, pero que, de todos los millones de personas que nacen y viven mucho o poco, solo unas pocas descubren en realidad cómo es la vida. Hay una especie de perpetuo rechazo de la vida, sabes.

Estaba turbado en el pasillo, fuera de la habitación de esa mujer, hace años. Había habido una especie de relámpago de algo entre esa mujer y yo, en el momento que te he descrito, cuando emergió de su sueño hacia mí. Algo en el interior de nuestros seres se había conmovido y no podía recobrarlo con facilidad. Había habido una boda, algo intensamente personal para nosotros y por casualidad se había convertido en una especie de asunto público. Supongo que, de haber estado solos en la casa, habría ocurrido lo mismo. Éramos muy jóvenes. A veces pienso que todo el mundo es

muy joven. No pueden llevar el fuego de la vida cuando llamea en sus manos.

Y en la habitación, tras la puerta cerrada, la mujer debía de experimentar, en aquel mismo momento, sentimientos parecidos a los míos. Se había incorporado y estaba sentada en el borde de la cama. Estaba escuchando el súbito silencio de la casa, como lo escuchábamos mi amigo y yo. Quizás sea absurdo decirlo, pero, sin embargo, es verdad que la madre y la hermana de mi amigo, que acababan de entrar en la casa, se veían también afectadas, de modo subconsciente, escaleras abajo de pie, con los abrigos puestos y a la escucha.

Justo entonces, en la habitación a oscuras, la mujer comenzó a sollozar como un niño desdichado. Le había ocurrido algo bastante tremendo y no podía soportarlo. A buen seguro la causa de aquel llanto, el modo en que ella habría explicado su aflicción, era la vergüenza. Eso era lo que pensaba que le había ocurrido, que la habían puesto en una posición ridícula y vergonzosa. Era una muchacha. Me atrevo a decir que ya se le había venido a la cabeza lo que pensarían los demás. En cualquier caso, sé que en ese momento y después yo era más puro que ella.

El sonido de su llanto recorrió la casa y llegó escaleras abajo hasta la madre y la hermana de mi amigo, que estaban, como ya he dicho, de pie, escuchando, y que ahora corrieron escaleras arriba.

En cuanto a mí, hice algo que a los demás debió de parecerles algo ridículo, casi criminal. Corrí hacia la puerta de la habitación y, tras abrirla de par en par, entré a toda prisa, dando un portazo tras de mí. En aquel momento la habitación estaba prácticamente a oscuras, pero corrí sin vacilar hacia ella. Estaba sentada al borde de la cama y, al ritmo de sus sollozos, su cuerpo se balanceaba delante y atrás. Era, en aquel momento, como un joven árbol espigado en un campo abierto, sin otros árboles que lo protegieran. Se sacudía como en una tormenta, eso es lo que quiero decir.

Y así, ya ves, corrí hacia ella y rodeé su cuerpo con mis brazos.

Lo que nos había ocurrido antes volvió a ocurrir, por última vez en nuestras vidas. Se abandonó a mí, eso es lo que intento decir. Hubo otra boda. Durante un momento se quedó en silencio y, a la escasa luz, su rostro se alzó hacia el mío. De sus ojos brotó la misma mirada, una que surgía hacia mí de un lugar profundo y subterráneo, del mar o algo así. Siempre he pensado que salía como del mar.

Me atrevo a decir que si otra persona me escuchara contar esto que te he contado en circunstancias menos extrañas pensaría que soy un tonto romántico. «Estaba sorprendida», dirían, y supongo que lo estaba. Pero también había algo más. Aunque la habitación estaba a oscuras, sentí que algo resplandecía en su interior y luego brotaba de ella hacia mí. Aquel momento fue de una belleza inefable. Duró tan solo una fracción de segundo, como la abertura del obturador de una cámara, y luego pasó.

Aún la tenía entre mis brazos cuando la puerta se abrió para dejar paso a mi amigo, su madre y su hermana. Él había quitado la lámpara de la ménsula y la sostenía entre sus manos. Ella estaba sentada desnuda en la cama y yo a su lado, con una rodilla en el borde de la cama, rodeándola con mis brazos.

II

Habían pasado diez o quince minutos, y mientras tanto, John Webster había terminado los preparativos para abandonar la casa y establecerse con Natalie en aquella nueva aventura de su vida. En poco tiempo estaría con ella y todos los vínculos que lo unían a su antigua vida estarían rotos. Seguro que, ocurriese lo que ocurriese, nunca volvería a ver a su esposa y quizás nunca volviera a ver a aquella mujer que ahora estaba en la habitación con él y que era su hija. Si las puertas de la vida podían abrirse, también podían cerrarse. Uno podía abandonar una cierta fase de la vida como una habitación. Quizás dejara huellas tras de sí, pero ya no estaría allí.

Se puso el cuello de la camisa y el abrigo, lo arregló todo con bastante calma. Además había empacado en una pequeña bolsa de viaje unas camisas extra, pijamas, artículos de baño, etcétera.

Durante aquel rato su hija había estado sentada a los pies de la cama con el rostro enterrado en la curva de su brazo, que colgaba de la barandilla de la cama. ¿Estaba pensando? ¿Hablaban las voces de su interior? ¿Qué estaba pensando?

En el intervalo, cuando su padre hubo terminado el relato de su vida en la casa, y mientras efectuaba pequeñas tareas mecánicas antes de emprender su nuevo camino en la vida, se produjo este pequeño lapso de elocuente silencio.

Sin duda, si se había vuelto loco, su locura interior se estaba volviendo cada vez más habitual, más como un hábito de su ser. Estaba adoptando un nuevo punto de vista que se afianzaba cada vez más en él, o dándose el capricho de hablar del asunto de forma más acorde con el espíritu moderno, como él mismo podría haber hecho más tarde entre risas, un nuevo ritmo de vida le había atrapado y condicionado permanentemente.

En cualquier caso, es cierto que, tiempo después, cuando alguna vez habló de sus experiencias de aquella época, lo que él mismo dijo era que uno, por su propio esfuerzo, y si se atrevía tan solo a dejarse llevar, podía casi a voluntad salir y entrar de diversos planos de la vida. Al hablar de esas cuestiones más tarde daba en ocasiones la impresión de que había adquirido con calma la creencia de que uno, una vez conseguido el talento y el coraje para ello, podía llegar a ser capaz de caminar por el aire por la calle al nivel de la segunda planta de los edificios y mirar a la gente en sus asuntos privados de las plantas de arriba, como se dice que un cierto hombre histórico del Este caminó una vez en la superficie del mar. Todo era parte de una idea que se le había fijado en la mente al observar la demolición de las paredes y la salida de gente de prisión.

En cualquier caso, allí estaba él, en su habitación, digamos que poniéndose el alfiler de la corbata. Había sacado una pequeña bolsa de viaje en la que iba metiendo las cosas que podía necesitar según se iba acordando de ellas. En la habitación contigua, su esposa, la mujer que a lo largo del proceso vital se había convertido en una pesada masa inerte, yacía en silencio sobre la cama como hacía poco lo había

hecho en su presencia y en la de su hija.

¿Qué cosas oscuras y terribles pasaban por su mente? ¿O sería su mente un vacío, como John Webster pensaba a veces?

A su espalda, en la misma habitación que él, estaba su hija, con su fino camisón y el pelo cayéndole por el rostro y los hombros. Su cuerpo —podía verlo reflejado en el espejo mientras se prendía el alfiler— estaba inanimado, flácido. Las experiencias de aquella noche, qué duda cabía, habían arrebatado algo de su cuerpo, quizás para siempre. Se interrogó sobre aquello y sus ojos, al vagar por la habitación, se encontraron con la Virgen, que, con las velas ardiendo a su lado, observaba con calma la escena. Quizás fuera aquella serenidad la que los hombres adoraban en la Virgen. Una extraña secuencia de acontecimientos lo había llevado a traerla a ella, la serena, a la habitación, para incorporarla a aquel notable suceso. Sin duda, era aquella calma virginal la que él estaba en proceso de arrebatarse a su propia hija; lo que la había dejado flácida y en apariencia falta de vida era que ese elemento se hubiera desprendido de su cuerpo. No había duda de que había sido un temerario. La mano que estaba arreglando la corbata tembló un poco.

Le asaltó la duda. Como ya he dicho, la casa estaba en silencio. En la habitación contigua, su esposa, tumbada en la cama, no emitía sonido alguno. Flotaba en un mar de silencio, como había hecho siempre desde aquella otra noche, mucho antes, en la que la vergüenza, en forma de hombre alterado y desnudo, había abrazado su desnudez en presencia de los demás.

¿Le habría hecho lo mismo a su vez a su hija? ¿La había arrojado a ella también a ese mar? Era un pensamiento sorprendente y terrible. No había duda de que uno perturbaba las cosas al volverse loco en un mundo cuerdo o cuerdo en un mundo loco. De pronto todo se descompuso, se volvió del revés.

Y entonces bien podría ser verdad que todo el asunto se resumía en esto: que él, John Webster, era tan solo un hombre que se había de repente enamorado de su taquígrafa y quería irse a vivir con ella, y que no había tenido el valor de hacer algo tan simple sin montar todo un escándalo, sin montar en realidad una elaborada justificación de sí mismo a costa de los demás. Con el objeto de justificarse había urdido aquella extraña historia de aparecer desnudo ante la joven que era su hija, y que, en realidad, por ser su hija, merecía suma consideración por su parte. No había duda de que lo que había hecho era, desde un punto de vista, imperdonable. «Después de todo, sigo sin ser nada más que un fabricante de lavadoras de una pequeña ciudad de Wisconsin», murmuró para sí con claridad y lentitud.

Aquello era algo que había que tener en cuenta. Ahora su bolso estaba empacado y él vestido y listo para salir. Cuando la mente dejaba de avanzar, a veces el cuerpo tomaba su lugar y volvía inevitable la consumación de un acto ya comenzado.

Cruzó la habitación y miró un momento los serenos ojos de la Virgen enmarcada.

De nuevo, sus pensamientos eran como campanas que tañeran a través de los campos. «Estoy en la habitación de una casa que está en una calle de una ciudad del

estado de Wisconsin. En aquel momento, la mayoría de los conciudadanos, la gente entre la que siempre he vivido, está en la cama dormida, pero mañana, cuando me haya ido, la ciudad seguirá aquí y reanudará su vida, como lleva haciendo desde que yo era un jovencito, me casé con una mujer y empecé a vivir mi vida presente». Estaban aquellos actos definitivos de la existencia. Uno llevaba ropa, comía, se movía entre sus prójimos masculinos y femeninos. Algunas fases de la vida se vivían en la oscuridad de las noches, otras a la luz del día. Por la mañana las tres mujeres que trabajaban en su oficina, así como el contable, aparecerían para desempeñar sus funciones habituales. Cuando, después de un rato, no aparecieran ni él ni Natalie Swartz, se mirarían entre sí. Después empezaría los susurros. Susurros que recorrerían la ciudad, visitarían todas las casas, los comercios, las tiendas. Los hombres y mujeres se detendrían por la calle para hablar entre sí, los hombres hablarían con otros hombres, las mujeres con otras mujeres. Las mujeres que fueran esposas estarían algo enfadadas con él, los hombres le tendrían algo de envidia, pero quizás los hombres hablaran de él con más dureza. Eso cubriría su propio deseo de romper de algún modo el aburrimiento de su existencia.

Una sonrisa se extendió por el rostro de John Webster y entonces fue a sentarse al suelo, a los pies de su hija, para contarle el resto de la historia de su vida de casado. Había, después de todo, una especie de perversa satisfacción en evadirse de su situación. En cuanto a su hija, bueno, también era un hecho que la naturaleza hacía bastante inevitable la conexión entre ellos. Podía tirar al regazo de su hija el nuevo aspecto de la vida que se le había ofrecido, y entonces ella debería decidir si rechazarlo o no. La gente no la culparía. «Pobre chica», dirían, «qué vergüenza tener a un hombre así de padre». Por otro lado, y si, después de escuchar todo lo que él tenía que decir, decidía correr un poco más rápido por la vida, abrirle sus brazos, por decirlo de alguna forma, lo que él había hecho constituiría una ayuda. Ahí estaba Natalie, cuya anciana madre le había provocado mucho daño al emborracharse, dar tales gritos que el vecindario podía oírlos y llamar fulanas a sus esforzadas hijas. A lo mejor era absurdo pensar que una madre así podía dar a sus hijas una oportunidad mejor en la vida que la que una madre respetable podría haberles dado, y, aún así, en un mundo perturbado, como si dijéramos al revés, también eso podría ser verdad.

En cualquier caso había una serena seguridad en Natalie que le provocaba, incluso en sus momentos de duda, una sorprendente calma y bienestar. «La amo y la acepto. Si su vieja madre, al dejarse llevar y gritar por la calle en una especie de embriagado esplendor de abandono, ha creado un camino claro por el que Natalie camina, viva ella también», pensó con una sonrisa ante sus propias reflexiones.

Se sentó a los pies de su hija, mientras hablaba en voz baja y, a medida que hablaba, algo en el interior de la muchacha se calmaba. Escuchaba con creciente interés y a veces bajaba la vista hacia él. Él se sentó muy cerca de ella y en ocasiones se inclinaba un poco para apoyar su mejilla contra la pierna de ella. Qué diablos. Parecía que también le estaba haciendo el amor a ella. Ella no llegó realmente a

formular tal pensamiento. Él emitía hacia ella un sutil sentimiento de confianza y seguridad. Comenzó de nuevo la historia de su boda.

Aquella tarde de su juventud, cuando su amigo y la madre y la hermana de este habían llegado ante su presencia y la de la mujer con la que se casaría, él se había sentido de pronto abrumado por lo mismo que después dejó una cicatriz tan permanente en ella. Le inundó la vergüenza.

Bueno, ¿qué iba a hacer? ¿Cómo podría explicar esta segunda incursión en la habitación ante la presencia de la mujer desnuda? Era algo que no podía explicarse. Lo invadió una ola de desesperación y corrió hasta dejar atrás a la gente y por el vestíbulo hasta llegar, esta vez, a la habitación que se le había asignado.

Había cerrado con pestillo la puerta tras él y después se vistió a toda prisa, casi con febrilidad. Cuando estuvo vestido salió de su habitación con el bolso de viaje a cuestas. El pasillo estaba en silencio y la lámpara estaba de nuevo en la ménsula de la pared. ¿Qué había ocurrido? Sin duda la hija de la casa estaba con la mujer, intentando consolarla. Su amigo habría ido a su habitación, estaría vistiéndose y, sin duda, dándole vueltas a lo ocurrido. La agitación de los pensamientos no cesaría en aquella casa. Todo habría ido bien si él no hubiera entrado en la habitación aquella segunda vez, pero cómo podría explicar que aquella segunda entrada había sido tan poco premeditada como la primera. Bajó con rapidez las escaleras.

Abajo se encontró a la madre de su amigo, una mujer de cincuenta años. Estaba de pie en el umbral del comedor. Un criado estaba llevando la cena a la mesa. Se estaban observando las reglas del hogar. Era la hora de cenar y en pocos minutos los ocupantes de la casa estarían cenando. «Por Dios», pensó, «me pregunto si ella podría bajar ahora y sentarse a la mesa conmigo y los demás para comer. ¿Pueden los hábitos de la existencia restablecerse con tal rapidez después de tan profunda conmoción?».

Dejó el bolso de viaje en el suelo, a sus pies, y miró a la mujer mayor.

—No sé —comenzó, y se quedó mirándola y tartamudeando. Ella estaba confusa, como todo el mundo en aquella casa en aquel momento, pero había algo en ella, muy amable, que ofrecía compasión cuando no podía entender.

—Ha sido un accidente y no hay ningún herido —comenzó a decir, pero él no se quedó a escucharla. Cogió el bolso y salió de la casa a toda prisa.

¿Qué hacer entonces? Había cruzado con rapidez la ciudad hasta llegar a su propio hogar, que estaba oscuro y silencioso. Su padre y su madre se habían ido. Su abuela, es decir, la madre de su madre, estaba muy enferma en otra ciudad, y sus padres se habían ido con ella. Quizás tardaran unos días en volver. Había dos criadas empleadas en la casa, pero como la casa iba a estar vacía se les había dado permiso. Incluso los fuegos estaban apagados. No podía quedarse allí, sino que tendría que irse a un hotel.

—Entré en la casa y puse el bolso en el suelo, en la puerta principal —explicó, y le corrió un escalofrío por el cuerpo al recordar lo horrible de aquella lejana noche.

Tenía que haber sido una noche de alegría. Los cuatro jóvenes habían planeado acudir a un baile y se había sumergido en un estado de seminerviosismo anticipando lo que se luciría con la chica nueva de otra ciudad. Qué diablos, había contado con encontrarle algo a ella, bien, ¿qué era? El algo que un joven está siempre soñando con encontrar en una mujer desconocida que debe aparecer por sorpresa de ninguna parte y traer con ella una nueva vida que le ofrece libremente, sin pedirle nada.

—Bueno, ese sueño es imposible, pero uno lo tiene en la juventud —le explicó con una sonrisa. Durante toda esta parte de la historia mantuvo una sonrisa. ¿Entendería su hija? Uno no podía cuestionarla con demasiada franqueza—. La mujer llega envuelta en brillantes adornos y con una serena sonrisa en el rostro —continuó formando su caprichosa imagen—. Con qué magnífica gracia se conduce, y, sin embargo, entiendes, tampoco es imposible, fría, ni inaccesible. Hay muchos hombres alrededor, todos, sin duda, más dignos que tú, pero es hacia ti hacia quien se dirige, caminando despacio, con todo su cuerpo vivo. Es la inefable y hermosa Virgen, pero también posee algo muy terrenal. La verdad es que puede ser muy fría, soberbia e inaccesible cuando se trata de cualquier otra persona, pero en tu presencia la frialdad desaparece de ella.

Se acerca a ti y su mano, que sostiene ante su joven y esbelto cuerpo una bandeja dorada, tiembla un poco. Sobre la bandeja hay una caja, pequeña y modelada con pericia, y en su interior hay una joya, un talismán; es para ti. Tú debes sacar la joya, engarzada en un anillo de oro, de la caja y ponértela en el dedo. No es nada. La hermosa desconocida te lo ha traído como un signo, ante todos los demás, de que se pone a tus pies. Cuando tu mano avanza para coger la joya de la caja su cuerpo tiembla y la bandeja dorada se cae al suelo con un fuerte estruendo. Algo terrorífico le ocurre a todos los que han presenciado la escena. De repente, todos los presentes se dan cuenta de que tú, a quien siempre consideraron un tipo corriente, y, para ser sinceros, no tan valioso como ellos, bien, pues se ven obligados a contemplar tu verdadero yo. De repente ahí estás tú, ante todos ellos, con todo tu valor por fin revelado. Emites una especie de radiante esplendor que ilumina la sala donde tú, la mujer y todos los demás, hombres y mujeres de tu ciudad a los que conoces de toda la vida y que siempre han pensado que te conocían, están allí de pie, mirando y tragando saliva del asombro.

Es un momento. Ocurre lo más increíble. Hay un reloj en la pared que ha estado sonando, consumiendo el tiempo de tu vida y de las de los demás. Fuera de la sala en la que se produce esta notable escena hay una calle en la que discurren las actividades normales de una calle. Hombres y mujeres se apresuran arriba y abajo, entran y salen trenes de lejanas estaciones de ferrocarril, y aún más lejos hay barcos que zarpan hacia mares profundos y fuertes vientos alteran las aguas del mar.

Y de pronto todo se para. Es un hecho. En la pared, el reloj deja de marcar la hora, los trenes en movimiento se quedan inertes, muertos, la gente de la calle, que ha empezado a decirse algo, se queda de pie con la boca abierta, el viento ya no sopla

sobre el mar.

Para toda la vida en todo lugar llega este momento de pausa y, gracias a él, lo que está enterrado en tu interior se reafirma. Gracias al gran silencio das un paso y coges a la mujer entre tus brazos. Dentro de un momento toda la vida puede reanudar su movimiento y su ser, pero tras este momento toda la vida estará para siempre teñida por ese acto tuyo, por esta boda. Tú y la mujer estabais hechos para esta boda.

Todo lo cual es quizás el límite extremo de los caprichos de la imaginación, como John Webster puso cuidado en explicarle a Jane, y, sin embargo, allí estaba él en la habitación de la planta de arriba con su hija, de pronto próximo a ella, a la que no había conocido hasta ese momento, intentando hablarle de sus sentimientos cuando, en su juventud, había desempeñado el papel de supremo ingenuo inocente.

—La casa era como una tumba, Jane —dijo con voz quebrada—. Tal vez comprendas en qué estado me encontraba. Hacía, como ya he dicho, mucho frío en ella y durante largo rato me quedé inmóvil en un sitio mientras me decía que no quería volver a moverme. Alguien hablaba en una casa vecina. Aquella voz lejana era como una voz que viniera de algún lugar escondido de mí mismo. Había una voz que me decía que era un tonto, y que, después de lo que había ocurrido, nunca podría mostrarme con la cabeza erguida ante la gente, y otra voz me decía que no era un tonto en absoluto, pero de momento la primera voz llevaba la mejor parte en la discusión. Lo que hice fue quedarme allí de pie en medio del frío y tratar de dejar que las dos voces se las entendieran solas sin entrometerme, pero, después de un rato, quizás por el frío que tenía, empecé a llorar como un crío y eso me avergonzó tanto que fui a la puerta principal y salí de la casa sin acordarme de ponerme el abrigo.

Bueno, me había dejado también el sombrero en la casa, así que allí estaba, en medio del frío con la cabeza desnuda, y mientras caminaba por las calles menos frecuentadas que veía, comenzó a nevar.

«Bien», me dije, «ya sé lo que voy a hacer. Iré a la casa y le pediré que se case conmigo».

Cuando llegué allí, la madre de mi amigo no estaba a la vista, y los tres jóvenes estaban sentados en la salita de la casa. Miré a través de la ventana y después, ante el temor de perder el coraje si vacilaba, subí con decisión y llamé a la puerta. Me alegró de todos modos que decidieran que, después de lo que había pasado, no podían ir al baile, y cuando mi amigo vino a abrir la puerta no dije nada, sino que entré directo a la sala donde estaban sentadas las muchachas.

Estaba en un sofá en la esquina; la luz de una lámpara sobre la mesa que estaba en el centro de la sala caía sobre ella, pero débilmente, y me dirigí directamente a ella. Mi amigo me había seguido al interior de la sala, pero ahora me giré hacia él y su hermana y les pedí que salieran del saloncito. «Esta noche ha ocurrido algo aquí que no es muy fácil de explicar y debemos quedarnos a solas unos minutos», indiqué mientras hacía un gesto hacia donde ella estaba sentada.

Cuando salían, los seguí hasta la puerta para cerrarla tras ellos.

Y de este modo, me encontré ante la presencia de la mujer que más tarde sería mi esposa. Toda su persona mostraba una extraña forma de laxitud, sentada como estaba en el sofá. Su cuerpo se había ido deslizando de su posición erguida y estaba tumbada más que sentada. A lo que me refiero es que su cuerpo estaba tendido sobre el sofá. Era como un adorno arrojado allí con descuido. Eso había sucedido tras mi entrada en la sala. Me quedé ante ella un momento y luego me puse de rodillas. Su rostro estaba muy pálido, pero me miraba directamente a los ojos.

«He hecho algo muy extraño dos veces esta tarde», confesé mientras apartaba el rostro para no tener que mirarla a los ojos, que me asustaban y me desconcertaban, supongo. Eso debía de ser. Había ciertas palabras que estaba a punto de decir, pero ahora sé que al mismo tiempo, en mi interior, se formaban otras palabras y pensamientos que no tenían nada que ver con lo que estaba diciendo.

Para empezar, sabía que mi amigo y su hermana estaban en aquel momento de pie justo detrás de la puerta, esperando y escuchando.

¿Qué estarían pensando? Bueno, eso no importa.

¿Qué estaba pensando yo? ¿Qué estaba pensando la mujer a la que estaba a punto de pedir en matrimonio?

Había llegado a casa sin sombrero, comprendes, y seguro que con un aspecto un poco salvaje. A lo mejor todo el mundo en la casa pensaba que había perdido el juicio de súbito, y puede ser que de hecho fuera así.

En cualquier caso, sentía una gran calma y, tanto esa tarde como durante todos estos años, hasta hace poco, cuando me enamoré de Natalie, siempre he sido un hombre muy tranquilo, o al menos pensaba que lo era. Me he representado de ese modo. Lo que supongo es que la muerte es siempre algo lleno de calma y aquella tarde lo que hice fue, de algún modo, suicidarme.

Unas cuantas semanas antes de que esto ocurriera, había habido en la ciudad un escándalo que había llegado a los tribunales y sobre el que se escribía con precaución en los artículos de nuestro semanario. Se trataba de un caso de violación. Un granjero, que tenía a una joven empleada en su casa, había mandado a su mujer fuera de la ciudad para comprar provisiones y, mientras estaba fuera, se había llevado a la chica a la planta superior de la casa y la había violado; le había arrancado las ropas e incluso le había pegado antes de forzarla a someterse a sus deseos. Después lo habían arrestado y traído a la ciudad, donde, en el mismo momento que yo estaba de rodillas en el suelo frente al cuerpo de mi futura esposa, estaba en prisión.

Hablo del asunto porque, al arrodillarme allí, ahora lo recuerdo, me pasó por la cabeza algo relacionado con aquel hombre. «También estoy cometiendo una violación», dijo algo en mi interior.

A la mujer que estaba allí frente a mí, tan pálida y blanca, le dije otra cosa.

«Comprendes que, esta tarde, cuando me acerqué a ti por primera vez desnudo, fue un accidente», dije. «Quiero que lo comprendas, pero también quiero que entiendas que cuando me acerqué a ti por segunda vez no fue un accidente. Quiero

que lo comprendas todo bien y después quiero pedirte que te cases conmigo, que consientas en ser mi esposa».

Eso fue lo que dije y tras haberlo dicho le tomé una de sus manos entre las mías, y, sin mirarla, me arrodillé allí, ante ella, y esperé a que hablara. Tal vez si hubiera hablado entonces, incluso para acusarme, todo habría ido bien.

No dijo nada. Ahora entiendo por qué no podía, pero entonces no lo entendí. Siempre he sido, lo admito, impaciente. El tiempo pasaba y yo esperaba. Era como alguien que hubiese caído desde una gran altura al mar y que se siente descender y descender, cada vez más profundo. Es un gran peso, sabes, que presiona al hombre y le impide respirar. Lo que supongo es que, en el caso de un hombre que cae al mar de ese modo, la fuerza de su caída se agota al cabo de un rato y su descenso llega a detenerse, tras lo cual empieza a emerger de nuevo hacia la superficie del mar.

Pues algo así fue lo que me ocurrió. Cuando ya llevaba un rato allí arrodillado, a sus pies, me levanté de repente. Me dirigí hacia la puerta, la abrí de un golpe, y allí, como esperaba, estaban mi amigo y su hermana. En aquel momento debí de parecerles casi alegre, aunque quizás posteriormente la consideraran una alegría malsana. No puedo decir nada al respecto. Tras aquella tarde nunca volví a su casa y mi antiguo amigo y yo comenzamos a evitarnos. No había peligro alguno de que le contaran a alguien lo que había pasado —por respeto a su invitada, comprendes—. La mujer estaba a salvo en lo que respectaba a su silencio.

Bueno, yo me quedé ante ellos y les sonreí. «Vuestra invitada y yo nos hemos metido en un lío a causa de una serie de absurdos accidentes que tal vez no parecieran accidentes y ahora le he pedido que se case conmigo. No ha decidido aún al respecto», expresé con gran formalidad mientras me giraba para salir de la casa camino de la casa de mi padre, donde, con tranquilidad, cogí el abrigo y la bolsa de viaje. «Tendré que irme a un hotel hasta que vuelvan padre y madre», pensé. En cualquier caso sabía que los asuntos de aquella noche no me sumergirían en un periodo de enfermedad, como había supuesto algo antes.

III

—No digo que tras aquella noche pensara con más claridad, pero tras aquel día y sus aventuras transcurrieron otros días y semanas y, como nada especial aconteció de resultas de lo que había hecho, no pude permanecer en el estado de semiexaltación en el que estaba entonces.

John Webster se revolcó por el suelo a los pies de su hija para, tras retorcerse, tumbarse sobre el vientre frente a ella y levantar la vista hacia su rostro. Tenía los codos en el suelo y su barbilla descansaba en las dos manos. Había algo diabólicamente extraño en el modo en que la juventud había vuelto a su rostro; además, de algún modo, se había abierto un camino hacia su hija. Allí estaba, sin querer nada específico de ella, entregado en cuerpo y alma. De momento se había olvidado incluso de Natalie y, en cuanto a su esposa, que yacía en su cama en el dormitorio contiguo, en medio de un mudo sufrimiento que él nunca había experimentado, para él, en ese momento, no existía.

Bueno, allí, ante él, estaba aquella mujer que era su hija, y se estaba entregando a ella. Es posible que en ese momento hubiese olvidado que era su hija. En ese momento pensaba en su propia juventud, cuando era un joven asombrado ante la vida, y la contemplaba como a una joven que, inevitablemente, en su camino por la vida, se sentiría a menudo tan asombrada como él se había sentido. Intentaba describirle sus sentimientos, los de un joven que se había declarado a una mujer que no había respondido, y que sin embargo abrigaba la quizás romántica idea de que, de algún modo, estaba vinculado de modo inevitable y definitivo a esa mujer en concreto.

—Ves, Jane, lo que hice entonces es algo que a lo mejor un día te encuentras haciendo y que quizás sea inevitable que todo el mundo lo haga. —Se inclinó hacia delante y, cogiendo los pies desnudos de su hija con la mano, los atrajo hacia él y los besó. Después se irguió con rapidez para sentarse con las rodillas entre los brazos. Algo parecido al rubor acudió a las mejillas de su hija y entonces empezó a mirarlo con unos ojos muy serios y consternados. Él sonrió con alegría. Siguió hablando.

—Así que, ya ves, allí estaba, viviendo en esta misma ciudad, y la chica a la que había propuesto matrimonio se había marchado sin que volviera a saber nada de ella. Sólo se quedó en casa de mi amigo uno o dos días después de que yo hubiera conseguido hacer del comienzo de su visita algo tan sorprendente.

Mi padre llevaba mucho tiempo reprobándome por no manifestar especial interés en la fábrica de lavadoras de la que se suponía que a su muerte yo me haría cargo, así que decidí que lo mejor que podía hacer era algo llamado «sentar la cabeza». Es decir, decidí que sería mejor para mí entregarme menos a los sueños y a la desgarrada juventud que solo me llevaba a hacer cosas tan inexplicables como esa segunda entrada en la habitación de aquella mujer desnuda.

Lo cierto es, por supuesto, que mi padre, que en su propia juventud había tomado

un día la misma decisión que yo estaba tomando entonces, no había sacado mucho en claro de «haber sentado la cabeza» y haberse convertido en un tipo sensato y trabajador; pero entonces no pensé en eso. Bueno, no era un tipo muy alegre, tal como lo recuerdo ahora. Siempre había trabajado muy duro, supongo, y cada día se sentaba ocho o diez horas en su oficina y, a lo largo de los años que lo conocí, sufría ataques de indigestión, durante los cuales todo el mundo en casa debía andar con sigilo por no agravar su dolor de cabeza. Los ataques solían sobrevenirle una vez al mes; llegaba a casa y madre lo acomodaba en un sofá de la sala de estar, calentaba toallas con planchas y se las ponía en la barriga, y allí se quedaba todo el día, quejándose, y, como puedes imaginar, haciendo de la vida familiar un asunto festivo.

Y luego, cuando se ponía bien de nuevo y solo se le veía un poco grisáceo y demacrado, venía a sentarse a la mesa a la hora de la comida con los demás y me hablaba de su vida como de algo desbordante de éxito, y daba por supuesto que yo quería una vida así.

Por alguna estúpida razón, que ahora no entiendo, entonces yo también creía que eso era lo que quería. Supongo que siempre he querido otra cosa y eso me hizo dedicar tanto tiempo a vagos sueños, pero no solo padre, sino todos los hombres mayores de la ciudad y tal vez de todas las otras ciudades a lo largo del ferrocarril este y oeste pensaban y decían lo mismo; supongo que me dejé atrapar por la corriente general de pensamiento y entré en ella ciego, con la cabeza gacha, sin pensar en absoluto.

Así que allí estaba, un joven fabricante de lavadoras, sin mujer, y desde aquel incidente en la casa no veía a mi antiguo amigo, con el que solía compartir los vagos y sin embargo coloridos sueños de mis horas ociosas. Tras unos cuantos meses padre me envió como viajante para ver si podía vender lavadoras a los comerciantes de pequeñas ciudades, y a veces tuve éxito y vendí algunas, y otras veces no.

Por las noches solía vagar por las calles y en ocasiones iba con alguna mujer, la camarera del hotel, o una chica que hubiera pescado en la calle.

Caminábamos bajo los árboles alineados en calles residenciales de la ciudad y, cuando tenía suerte, a veces convencía a alguna de ellas para que viniera conmigo a un pequeño hotel barato o a la oscuridad de los campos a las afueras de la ciudad.

En tales ocasiones hablábamos de amor y a veces me conmovía bastante, pero, en el fondo, no del todo.

Todo empezaba con mis pensamientos acerca de la esbelta chica desnuda que había visto en la cama y de su mirada en el momento en el que emergió del sueño y sus ojos se encontraron con los míos.

Conocía su nombre y su dirección, así que un día me armé de valor y le escribí una larga carta. Debes entender que por entonces sentía que me había convertido en un hombre sensato, de modo que intenté escribir con sensatez.

Recuerdo que estaba sentado en el escritorio de un pequeño hotel, en una ciudad de Indiana, cuando lo hice. La mesa a la que estaba sentado estaba junto a una

ventana cerca de la calle principal de la ciudad y, como era por la noche, la gente recorría la calle en dirección a su casa, supongo que para cenar.

No niego que me puse bastante romántico. Allí sentado, con un sentimiento de soledad y supongo que lleno de autocompasión, levanté la vista y presencié una pequeña escena que se desarrollaba en un zaguán al otro lado de la calle. Había un viejo edificio a punto de derrumbarse con una escalera lateral que llevaba a una planta superior, donde era evidente que vivía alguien, porque había unos visillos blancos en la ventana.

Me quedé sentado y mirando hacia allá; supongo que estaba soñando con el largo cuerpo esbelto de la muchacha de la cama en la planta superior de otra casa. Se estaba poniendo el sol, comprendes, y había una luz igual que la que había caído sobre nosotros cuando nos miramos a los ojos, en el momento en el que no había nadie más que nosotros, antes de tener tiempo para pensar o recordar al resto de ocupantes de la casa, cuando yo salía de un ensueño y ella emergía de su somnolencia, en el momento en el que nos aceptamos el uno al otro, la completa y momentánea belleza de cada uno —bueno, pues eso, una luz igual a cuando yo estaba de pie y ella estaba tumbada como uno podría estar tumbado en las suaves aguas de un mar del sur—, una luz igual caía ahora sobre el pequeño escritorio desnudo del grosero hotel de aquella ciudad y, al otro lado de la calle, una mujer bajó la escalera para permanecer allí bajo esa luz.

Resultaba que también era alta, como tu madre, pero no podía ver de qué color era la ropa que llevaba. Había una particularidad en la luz; se formó un espejismo. ¡Diablos! Ojalá pudiera narrar las cosas que me han ocurrido sin esta eterna sensación de que todo lo que digo parece algo extraño y misterioso. Cuando uno pasea por un bosque por la noche, digamos, Jane, que uno tiene sensaciones extrañas y fascinantes. La luz, las sombras que arrojan los árboles, los claros del bosque —esas cosas crean los espejismos—. A menudo parece que los árboles nos acechan. Los viejos árboles robustos parecen sabios y crees que van a contarte un gran secreto, pero no es así. Uno se adentra en un bosque de jóvenes abedules. Desnudos femeninos a la carrera, libres, libres. Una vez estuve en un bosque así con una chica. Íbamos con un propósito. Bueno, aquello no había pasado de experimentar un tremendo sentimiento el uno por el otro en aquel momento. Nos habíamos besado y recuerdo que en dos ocasiones me había parado en la oscuridad para tocar su rostro con mis dedos, lleno de ternura y suavidad, sabes. Era una muchacha tímida y tonta que había recogido de las calles de una ciudad de Indiana, una especie de pequeña inmoral libre, de esas que aparecen en tales ciudades. Me refiero a que era libre con los hombres a su manera, inusual y tímida. La había recogido de la calle y después, cuando salimos al bosque, ambos sentimos lo extraño de las cosas, lo extraño de estar juntos también.

Y allí estábamos, ya ves. Estábamos a punto de —no sé con exactitud qué estábamos a punto de hacer—. Estábamos de pie mirándonos.

Y entonces ambos levantamos la vista y allí, en el sendero, frente a nosotros,

había un anciano hermoso y digno. Llevaba una ondeante túnica ceñida a sus hombros que arrastraba tras él por el suelo del bosque, entre los árboles.

¡Qué anciano tan principesco! ¡Qué hombre tan regio, de hecho! Ambos lo vimos, ambos nos quedamos mirándolo con ojos maravillados, y él se quedó mirándonos.

Tuve que avanzar y tocarlo con las manos antes de que el espejismo que nuestras mentes habían creado se disipara. El regio anciano era tan solo un viejo tocón medio podrido y la túnica que llevaba eran solo las sombras púrpuras de la noche que caían sobre el suelo del bosque, pero haber visto aquello juntos lo cambió todo entre la tímida chica de la ciudad y yo. Lo que quizás ambos tuviéramos intención de hacer no podía hacerse con el espíritu con el que nos aproximábamos a ello. No debo intentar contarte eso ahora. No debo perder demasiado el hilo.

Lo que creo es que esas cosas pasan. Te estoy hablando de otro momento y de otro lugar. Aquel otro atardecer, sentado en el escritorio del hotel, había una luz así, y al otro lado de la calle una chica, o una mujer, estaba bajando unas escaleras. Tuve el espejismo de que estaba desnuda como un joven abedul y de que avanzaba hacia mí. Su rostro formaba una mancha grisácea y ondulante en el vestíbulo y era evidente que estaba esperando a alguien, pues movía a menudo la cabeza para mirar a ambos lados de la calle.

De nuevo me convertí en un insensato. Esa es la cuestión, me atrevo a decir. Según estaba sentado, inclinado y mirando hacia delante, intentando divisar a través de la luz del ocaso, un hombre llegó apresurado por la calle y se paró en la escalera. Era alto como ella, y cuando se detuvo recuerdo que se quitó el sombrero y se adentró en la oscuridad con él en la mano. Había con toda probabilidad algo furtivo y secreto en la aventura de aquellas dos personas, pues el hombre también sacó la cabeza de la escalera para mirar con detenimiento a ambos lados de la calle antes de tomar a la mujer entre sus brazos. Quizás fuera la esposa de otro hombre. Fuese como fuese, retrocedieron un poco hacia la oscuridad y, pensé, se abrazaron por completo. Cuánto de eso vi y cuánto me imaginé nunca lo sabré, por supuesto. En cualquier caso, los dos rostros, de un blanco grisáceo, parecían flotar y después emerger para convertirse en un solo punto blanco grisáceo.

IV

»Así que, ya ves, encendí una lámpara en el escritorio de aquel hotel, me olvidé de mi cena y me senté allí a escribirle páginas y páginas a aquella mujer, y fui un insensato y le confesé una mentira: que estaba avergonzado de lo que había ocurrido entre nosotros hacía unos meses y que solo lo había hecho, es decir, que solo había entrado en su habitación por segunda vez porque la quería y otro montón de tonterías inconcebibles.

John Webster se puso rápidamente de pie y comenzó a pasear con nerviosismo por la habitación, pero en ese momento su hija se convirtió en algo más que en una oyente pasiva de su historia. Él había caminado hacia donde se encontraba la Virgen, entre las ardientes velas; estaba retrocediendo hacia la puerta que conducía al pasillo y escaleras abajo cuando ella se levantó de un salto y, tras correr hacia él en un impulso, le echó los brazos al cuello. Empezó a sollozar y enterró su rostro en el hombro de él.

—Te quiero —dijo—. No me importa lo que haya ocurrido, te quiero.

V

Así que allí estaba John Webster en su casa, y había conseguido, al menos por el momento, atravesar el muro que lo separaba de su hija. Tras su arrebató, fueron a sentarse juntos sobre la cama, él rodeándola con el brazo y ella con la cabeza apoyada en su hombro. Años después, en ocasiones, si estaba entre amigos y de un humor determinado, John Webster a veces mencionaba ese momento como el más importante y bonito de su vida. De algún modo, su hija se había entregado a él como él se había entregado a ella. Había habido una especie de boda, de la que tomaba conciencia.

—Fui tanto un padre como un amante. Quizás no puedan diferenciarse ambas cosas. Fui un padre que no tuvo miedo de apreciar la belleza de la carne de su hija y de llenar sus sentidos con su fragancia —fue lo que dijo.

Según parecía, podría haberse sentado así, de charla con su hija, durante media hora más, y después haber abandonado la casa para huir con Natalie, sin más dramatismo, pero su esposa, que yacía en la cama de la habitación contigua, oyó el grito de amor de su hija, el cual debió de agitar algo profundamente enterrado en su interior. Salió en silencio de la cama y, tras dirigirse hacia la puerta, la abrió con suavidad. Después permaneció de pie apoyada en el quicio de la puerta mientras escuchaba hablar a su marido. Había una mirada de duro terror en sus ojos. Quizás en ese momento quisiera matar al hombre que durante tantos años había sido su marido y no lo hizo solo porque los largos años de inacción y sumisión a la vida le imposibilitaban levantar un brazo para golpear.

En cualquier caso, se quedó de pie, en silencio, y se habría dicho que en cualquier momento se caería al suelo, pero no fue así. Esperó, y John Webster siguió hablando. Ahora le estaba contando a su hija, con una especie de diabólica atención a los detalles, toda la historia de su matrimonio.

Lo que ocurrió, al menos en su versión de los hechos, es que, tras haber escrito una carta, ya no pudo parar, y escribió otra aquella misma noche, y dos más al día siguiente.

Siguió escribiendo cartas y lo que él mismo pensó fue que escribir aquellas cartas le creó una interna pasión de mentir que, una vez manifestada, ya no podía detenerse.

—Dio comienzo algo que ha estado ocurriendo en mí todos estos años —explicó—. Es un truco que se practica, lo de mentirse a sí mismo acerca de sí mismo.

Era evidente que su hija no lo seguía, aunque lo intentaba. Estaba hablando en ese momento de algo que ella no había experimentado, no podía haber experimentado, es decir, el poder hipnótico de las palabras. Ella ya había leído libros y se había visto embaucada por las palabras, pero no tenía conciencia de que eso ya le había ocurrido. Era una muchacha joven y como, con bastante frecuencia, no había nada que pareciera apasionante ni interesante en su vida, se sentía agradecida por la vida de las palabras y de los libros. Era verdad que lo dejaban a uno en blanco, que salían de la

cabeza sin dejar rastro. Bueno, se creaban a partir de una especie de mundo de sueños. Uno tenía que haber vivido, que haber experimentado mucho en la vida, antes de poder darse cuenta de que bajo la superficie de la vida cotidiana común siempre había un profundo y conmovedor drama en desarrollo. Pocos llegaban a advertir la poesía de la realidad.

Era evidente que su padre había adquirido esa conciencia. En ese momento estaba hablando. Le estaba abriendo puertas. Era como viajar por una ciudad antigua que uno pensaba que conocía con un guía lleno de magnífica inspiración. Uno entraba y salía de viejas casas, veía las cosas como nunca las había visto. Todo lo cotidiano: un cuadro en la pared, una silla vieja al lado de una mesa, la propia mesa en la que una vez un hombre al que había conocido se sentó a fumar en pipa.

Por arte de magia, todas esas cosas se revestían entonces de nueva vida, de significado.

El pintor Van Gogh, de quien se dice que se suicidó en un ataque de desesperación por no poder reunir dentro de los límites de su lienzo toda la maravilla y la gloria del sol que brillaba en el cielo, pintó una vez un lienzo, una vieja silla colocada en una habitación vacía. Cuando Jane Webster se convirtió en una mujer con su propio concepto de la vida vio una vez ese cuadro colgado en una galería de la ciudad de Nueva York. Podía experimentarse un extraño asombro ante la vida al mirar el cuadro de una silla corriente, tosca, que quizás hubiera pertenecido a un campesino francés, algún campesino en cuya casa el pintor se hubiera detenido quizás una hora un día de verano.

Debió de ser un día en el que se sentía muy vivo y consciente de toda la vida de la casa en la que estaba sentado y así, pintó la silla y plasmó en su pintura todo lo que sentía hacia la gente de aquella casa en particular y de otras casas que había visitado.

Jane Webster estaba en la habitación con su padre, que le rodeaba con el brazo y hablaba de algo que ella no podía entender y sin embargo entendía, al mismo tiempo. Ahora él era de nuevo un joven y sentía la soledad y la incertidumbre de la juventud masculina como ella ya había experimentado en ocasiones la soledad y la incertidumbre de su propia juventud femenina. Como su padre, debía empezar a tratar de comprender las cosas un poco. Estaba siendo honesto, le hablaba con honestidad. Solo eso ya era un milagro.

En su juventud recorrió ciudades, estuvo con muchachas, hizo con muchachas algo de lo que ella había oído susurros. Eso le hacía sentir sucio. No sentía con bastante profundidad lo que hacía con aquellas pobres muchachas. Su cuerpo le había hecho el amor a mujeres, pero él no. Eso lo sabía su padre, pero ella aún no. Había mucho que ella no sabía.

Su padre, entonces un joven, había empezado a escribir cartas a una mujer en cuya presencia había estado tan desnudo como un rato antes lo había estado ante ella. Estaba intentando explicar cómo su mente, a tientas, se había iluminado ante la figura de una cierta mujer como alguien hacia quien podría dirigir su amor.

Se había sentado en la habitación de un hotel y había escrito la palabra «amor» en tinta negra sobre un folio blanco de papel. Después había salido a pasear por las calles nocturnas y silenciosas de las ciudades. Entonces ella se formó una imagen clara de él. La extrañeza de que fuera mucho mayor que ella y de que fuera su padre se había esfumado. Él era un hombre y ella una mujer. Quiso acallar las voces que clamaban en el interior de él, llenar los espacios en blanco. Apretó su cuerpo con más firmeza contra el suyo.

Su voz seguía explicando. Era un apasionado de las explicaciones.

Sentado en la habitación del hotel, había escrito algunas cosas en un papel y, después de introducir el papel en un sobre, se lo había enviado a una mujer que vivía en un lugar lejano. Luego paseó y paseó, pensó en más palabras y, a su regreso al hotel, las escribió en otros pedazos de papel.

Se había creado algo en su interior que le resultaba difícil de explicar, que él mismo no comprendía. Uno paseaba bajo las estrellas por las silenciosas calles de las ciudades, bajo los árboles y, a veces, en las noches de verano, oía voces en la oscuridad. La gente, hombres y mujeres, estaba sentada en los porches de sus casas, en la oscuridad. Se formaba un espejismo. Uno sentía, en algún lugar de esa oscuridad, un profundo y sigiloso esplendor vital, y corría hacia él. Era una especie de ansia desesperada. En el cielo, las estrellas refulgían con más resplandor gracias a sus pensamientos. Había una pequeña brisa, como la mano de un amante que nos acariciara las mejillas, que jugueteaba con nuestro pelo. Había algo bello en la vida que había que encontrar. Cuando se era joven no se podía permanecer quieto, había que ir tras ello. Escribir las cartas era un esfuerzo por perseguirlo. Era un esfuerzo por encontrar un asidero en la oscuridad, en medio de extraños caminos serpenteantes.

Y así, John Webster, a través de sus cartas, había hecho algo extraño y falso hacia él y hacia la mujer que más tarde sería su esposa. Había creado un mundo de irrealidades. ¿Serían él y aquella mujer capaces de vivir juntos en aquel mundo?

VI

En la penumbra de la habitación, conforme el hombre hablaba con su hija para hacerle entender algo intangible, la mujer que había sido su esposa tantos años y de cuyo cuerpo había salido la joven que ahora estaba sentada al lado de su marido, también empezó a tratar de entender. Al cabo de un rato, incapaz de seguir de pie, se las apañó, sin atraer la atención de los demás, para deslizarse hacia el suelo. Dejó que su espalda resbalara por el quicio de la puerta y sus piernas giraron hacia los lados bajo su pesado cuerpo. En la posición que había adoptado estaba incómoda y le dolían las rodillas, pero no le importaba. De hecho, podía extraerse una especie de satisfacción de la incomodidad física.

Había vivido muchos años en un mundo que ahora, ante sus propios ojos, se estaba cayendo a pedazos. Había algo malvado y sacrílego en aquello de definir la vida con demasiada exactitud. Hay cosas de las que no debería hablarse. Uno se movía con vaguedad en un mundo vago, sin hacer demasiadas preguntas. Si había muerte en el silencio, entonces uno aceptaba la muerte. ¿De qué servía la negación? Los cuerpos se hacían viejos y pesados. Cuando una se sentaba en el suelo, le dolían las rodillas. Había algo insoportable en la idea de que un hombre con el que una llevaba viviendo tantos años y al que una había aceptado de modo definitivo como parte de la maquinaria de la vida se convirtiera de repente en otra cosa, se transformara en aquel terrible interrogador, aquel redescubridor de asuntos olvidados.

Si una vivía detrás de un muro prefería la vida detrás del muro. Tras el muro la luz era tenue y no deslumbraba. Los recuerdos quedaban fuera. Los sonidos de la vida se volvían débiles e indistintos en la distancia. Había algo bárbaro, salvaje, en aquello de derribar los muros, de agrietar y fracturar el muro de la vida.

También en el interior de la mujer, Mary Webster, se estaba llevando a cabo una lucha. Una insólita especie de vida nueva iba y venía ante sus ojos. Si una cuarta persona hubiera irrumpido en ese momento en la habitación, se habría fijado más en ella que en los demás.

Había algo terrible en el modo en que su esposo, John Webster, había preparado el escenario para la batalla que ahora se libraba en su interior. Aquel hombre era un dramaturgo, después de todo. Aquello de comprar la imagen de la Virgen y las velas, la preparación del escenario en el que se iba a representar su drama; había una expresión artística inconsciente en todo ello.

Quizás en apariencia no fuera su intención, pero con qué diabólica certidumbre había trabajado. La mujer estaba ahora sentada en el suelo, en la penumbra. Entre ella y las velas encendidas estaba la cama en la que se sentaban las dos personas restantes, uno hablando, la otra escuchando. Todo el suelo de la habitación, cerca de donde ella estaba sentada, lo ocupaban espesas sombras negras. Había apoyado una mano en el quicio de la puerta para sostenerse.

Las velas, en lo alto, titilaban al quemarse. La luz caía solo sobre sus hombros, su

cabeza, su brazo y su mano alzados.

Estaba casi sumergida en un océano de oscuridad. De vez en cuando, de puro agotamiento, se le caía la cabeza hacia delante y le provocaba el efecto de sumergirse por completo en el mar.

Su brazo seguía alzado y su cabeza emergió de nuevo a la superficie del mar. Sentía un ligero balanceo en su cuerpo. Era como un viejo barco medio inundado que yaciera en el mar. Pequeñas olas de luz ondeante parecían jugar sobre su erguido rostro, blanco y pesado.

Respirar era algo difícil. Pensar era algo difícil. Había pasado años sin pensar. Era mejor yacer tranquilamente en un océano de silencio. El mundo tenía razón al exiliar a aquellos que perturbaban el océano de silencio. El cuerpo de Mary Webster sufrió un pequeño temblor. Una podría matar, pero no tenía fuerza para matar, no sabía cómo matar. Matar era un asunto que también había que aprender.

Era insoportable, pero a veces había que pensar. Las cosas ocurrían. Una mujer se casaba con un hombre y después descubría, de pronto, que no se había casado con él. El mundo estaba adquiriendo unas ideas extrañas e inaceptables acerca del matrimonio. Las hijas no deberían oír cosas como las que su marido le estaba contando a su hija. ¿Podía la mente de una joven virginal ser violada por su propio padre, conducida hacia la conciencia de las cosas indescriptibles de la vida? Si se permitían tales cosas, ¿qué sería de todo el orden decente de la vida? Las muchachas virginales no debían aprender nada de la vida hasta que llegara el momento de vivir lo que debían aceptar, por fin, en tanto que mujeres.

En todo cuerpo humano hay un gran pozo de pensamiento silencioso que no se detiene. Hacia el exterior se pronuncian determinadas palabras, pero al mismo tiempo se dicen otras en el interior oculto. Hay un depósito de pensamientos, de emociones sin expresar. Cuántas cosas arrojadas a ese profundo pozo, ocultas en ese profundo pozo.

El pozo tiene una pesada tapa de hierro que obtura su boca. Cuando la tapa está bien asegurada en su sitio, todo va bien. Uno va por ahí diciendo cosas, comiendo, encontrándose con gente, llevando sus negocios, acumulando dinero, llevando ropa, llevando, en fin, una vida ordenada.

A veces, por la noche, en sueños, la tapa tiembla, pero eso no lo sabe nadie.

¿Por qué tenían que existir los que deseaban arrancar las tapas de los pozos, derribar los muros? Era mejor que las cosas permanecieran como estaban. Los que perturbaban las pesadas tapas de hierro debían morir.

La pesada tapa de hierro del pozo que se encontraba en el interior del cuerpo de Mary Webster temblaba con violencia. Bailaba arriba y abajo. La danzante luz de las velas jugueteaba como pequeñas olas sobre la superficie de un mar en calma. En sus ojos se encontraba con otra luz saltarina.

Sobre la cama, John Webster hablaba con libertad y despreocupación. Si bien había preparado el escenario, también se había otorgado el *rôle* con más parlamento

en la obra que se iba a representar. Su idea era que todo lo que ocurriera aquella noche debía estar dirigido hacia su hija. Incluso se había atrevido a imaginar que podría reconducir su vida. Su joven vida era como un río que aún era pequeño y no provocaba más que un leve susurro a su paso por los silenciosos campos. Aún se podía cruzar aquella pequeña corriente que más tarde, cuando absorbiera en sí otras corrientes, se transformaría en río. Uno aún podía aventurarse a arrojar un leño a la corriente con objeto de cambiar su curso. Era algo arriesgado, pero no se podía evitar una acción de ese tipo.

Ahora había expulsado de su mente a la otra mujer, su exesposa, Mary Webster. Se había imaginado, al verla salir de la habitación, que había abandonado por fin el escenario. Había experimentado satisfacción al verla irse. En realidad, durante toda su vida en común, nunca había tenido contacto con ella. Cuando pensó que había abandonado el campo de su vida se sintió aliviado. Podía respirar más profundo, hablar con más libertad.

Él se imaginaba que ella había abandonado el escenario, pero había vuelto. Aún tenía que lidiar con ella también.

Los recuerdos se estaban despertando en la memoria de Mary Webster. Su marido estaba contando la historia de su matrimonio, pero ella no oía sus palabras. En su interior se estaba narrando una historia que comenzaba un día de su juventud femenina.

Había oído el grito de amor por un hombre que había salido de la garganta de su hija, y ese grito había agitado algo tan profundo en su interior que había regresado a la habitación donde su hija y su marido estaban sentados juntos en la cama. Una vez ese mismo grito se había repetido en el interior de otra joven, pero por alguna razón nunca había salido hacia el exterior, nunca había brotado de sus labios. En el momento en el que podría haber surgido de ella, en aquel momento de hace tanto tiempo en el que yacía desnuda en una cama mientras miraba a los ojos de un joven desnudo, algo, algo que la gente llamaba vergüenza, se había entrometido entre ella y la expulsión de ese grito de felicidad a través de sus labios.

Ahora, su fatigada mente volvía sobre los detalles de la escena. Volvió a realizar un antiguo viaje en tren.

Las cosas estaban confusas. Primero vivía en un lugar, y después, como empujada por una mano invisible, fue a visitar otro lugar.

El viaje se efectuaba en mitad de la noche y, como no había coches cama en el tren, había tenido que permanecer varias horas de oscuridad sentada en un vagón de asientos.

Fuera de la ventanilla había una oscuridad que se interrumpía cuando el tren paraba algunos minutos en alguna ciudad del oeste de Illinois o del sur de Wisconsin. Había un edificio, la estación, con una lámpara colgada en el muro exterior y a veces nada más que un hombre solitario, enfundado en un abrigo y quizás empujando un carrito en el que se apilaban baúles y cajas por el andén de la estación. En algunas de

las ciudades subía gente al tren; en otras se apeaba y se perdía en la oscuridad.

Una anciana con una cesta en la que había un gato blanco y negro fue a sentarse con ella y, después de que se apeara en una de las estaciones, un anciano tomó su lugar.

El anciano no la miró; iba murmurando palabras que ella no conseguía entender. Tenía un bigote gris y desgredado que colgaba sobre sus labios encogidos y se atusaba continuamente con una anciana mano huesuda. Susurraba aquellas palabras por detrás de las manos.

La joven del viaje en ferrocarril, emprendido hace tanto, había, después de un rato, entrado en un estado de duermevela. Su mente había abandonado su cuerpo hasta el final del viaje. Una chica a la que había conocido en la escuela la había invitado a que la visitara y había habido varias cartas en ambas direcciones. Dos jóvenes estarían en la casa durante su visita.

A uno de los jóvenes ya lo había visto. Era el hermano de su amiga y una vez había venido de visita a la escuela donde estudiaban las dos muchachas.

¿Cómo sería el otro joven? Era curioso que se hubiera hecho esa misma pregunta ya varias veces. Ahora su mente dibujaba retratos imaginarios de él.

El tren recorría un paisaje de bajas colinas. Llegaba el alba. Sería un día de nubes grises y frías. Amenazaba con nevar. El anciano de bigote gris que susurraba se había apeado del tren.

Los ojos soñolientos de la alta y esbelta joven contemplaban las bajas colinas y las largas lenguas de llanos. El tren cruzó un puente. Cayó en brazos de Morfeo, pero el tren la sacaba de ellos al arrancar o detenerse. Por un campo lejano caminaba un joven a la gris luz matinal.

¿Había soñado que un joven atravesaba el campo o lo había visto? ¿De qué modo estaba relacionado con el joven que conocería al final de su viaje?

Era un poco absurdo pensar que el joven del campo podía ser de carne y hueso. Llevaba el mismo paso que el tren, saltaba con ligereza verjas, transitaba con rapidez por las calles de las ciudades, atravesaba como una sombra lenguas de oscuro bosque.

Cuando el tren se detuvo, él se detuvo también y se quedó de pie, mirándola y sonriendo. Casi sentía que él podía entrar en su cuerpo y salir sonriendo. Aquella idea era extrañamente dulce. Ahora llevaba un buen rato caminando por la superficie de un río que transcurría en paralelo al tren.

Y durante todo ese tiempo la miraba a los ojos, oscuramente cuando el tren atravesaba un bosque y estaba oscuro en el interior del tren, con una sonrisa cuando salían a campo abierto. Había una invitación, una llamada en sus ojos. Su cuerpo cobró calidez y se agitó, inquieta, en el asiento.

Los ferroviarios habían encendido fuego en la caldera que estaba al final del vagón, y todas las puertas y ventanas estaban cerradas. Parecía evidente que no pasaría tanto frío después de todo. Hacía un calor insoportable.

Se levantó de su asiento y, aferrándose a los bordes de los demás sillones, avanzó

hasta el final del vagón, donde abrió una puerta y permaneció un rato mirando el fugaz paisaje.

El tren llegó a la estación donde debía bajarse y allí, en el andén, estaba su amiga, que había acudido a la estación por si acaso ella llegaba en aquel tren.

Y después había ido con su amiga a la casa ajena, y la madre de su amiga había insistido en que se echara en la cama y durmiera hasta la tarde. Las dos mujeres preguntaron con insistencia cómo era que había llegado en ese tren y, como no podía explicarlo, se sintió algo avergonzada. Era cierto que había otro tren más rápido que podría haber tomado y así haber efectuado el viaje entero durante el día.

Simplemente, le había acuciado el deseo de alejarse de su ciudad y de la casa de su madre. Se había visto incapaz de explicarlo a su propia familia. Una no podía salirles a su padre y a su madre con que simplemente se quería ir. Aquella cuestión había provocado una confusión de preguntas en su casa. Bueno, allí estaba, arrinconada en una esquina, acosada a preguntas que no tenían respuesta. Albergaba la esperanza de que su amiga la comprendiera y le decía continuamente lo que había repetido hasta la saciedad en su casa.

—Simplemente quería hacerlo. No sé, simplemente quería hacerlo.

En la casa ajena, se había tumbado en la cama para dormir, encantada de huir de aquellas molestas preguntas. Cuando despertara, se habrían olvidado de todo aquello. Su amiga había entrado en la habitación con ella y deseaba despacharla cuanto antes para quedarse un rato a solas.

—No desharé el equipaje ahora. Creo que me voy a desvestir y me meteré entre las sábanas. De todos modos, hará calorcito —explicó. Era absurdo. Bueno, ella había ansiado otra cosa a su llegada, risas, jóvenes por allí, algo cohibidos. Ahora solo se sentía violenta. ¿Por qué le preguntaba todo el mundo por qué se había levantado a medianoche para tomar el tren lento en vez de esperar a la mañana? Una a veces quería tan solo hacer pequeñas locuras y no tener que dar explicaciones. Cuando su amiga salió de su cuarto se despojó de toda su ropa, se metió en la cama a toda prisa y cerró los ojos. Era otra idea insensata que tenía, la de querer estar desnuda. Si no hubiera tomado aquel incómodo tren no habría imaginado al joven que caminaba junto al tren por los campos, por las calles de las ciudades, por los bosques.

Era agradable estar desnuda a veces. Se sentían las cosas sobre la piel. Ojalá se pudiera experimentar esa placentera sensación más a menudo. Una podía meterse en una cama limpia, a veces, cuando se sentía soñolienta y cansada, y era como entrar en el firme y cálido abrazo de alguien que podría amar y entender nuestros enloquecidos impulsos.

La joven dormía en su cama y en su sueño de nuevo la llevaban con rapidez por las penumbras. La mujer del gato y el anciano que susurraba palabras no volvieron a aparecer, pero en sus sueños había un trasiego de gente. Hechos confusos se sucedían con rapidez. Avanzaba, seguía avanzando hacia algo que deseaba. Ahora estaba cerca. Una gran ansia tomó posesión de ella.

Era extraño que no llevara ropa. El joven que caminaba con tanta celeridad por los campos había vuelto a aparecer, pero no había advertido antes que él tampoco llevaba ropa.

El mundo se había oscurecido. Había una sombría penumbra.

Y ahora el joven había dejado de avanzar con celeridad y, como ella, guardaba silencio. Ambos estaban suspendidos en un océano de silencio. Estaba de pie y la miraba directamente a los ojos. Podía entrar en ella y salir de nuevo. Aquel pensamiento era infinitamente dulce.

Yacía en una suave y cálida oscuridad y su carne estaba caliente, demasiado caliente. «Algún imprudente ha encendido un fuego y ha olvidado abrir puertas y ventanas», pensó con vaguedad.

El joven, que ahora estaba junto a ella, que ahora estaba de pie en silencio tan cerca de ella y la miraba a los ojos con fijeza, podía arreglarlo todo. Sus manos estaban a unas pulgadas de su cuerpo. En un momento la tocarían, le traerían una paz fresca a su cuerpo, a su interior también.

Sentía una dulce paz al ser observada con fijeza por los ojos del joven. Brillaban en la oscuridad como pequeños estanques en los que una podía sumergirse. Podía extraerse una paz final, definitiva, de sumergirse en los estanques.

VII

John Webster estaba contando una historia. Había algo que él mismo quería comprender. Querer comprender las cosas era una nueva pasión que había adquirido. En qué mundo había vivido y qué poco había buscado comprenderlo. Los niños nacían en ciudades y en granjas. Crecían y se convertían en hombres y mujeres. Algunos de ellos iban a la universidad; otros, tras unos años en la escuela de la ciudad o del pueblo, salían a la vida, tal vez se casaran, obtenían trabajos en fábricas o tiendas, iban a la iglesia el domingo o a un baile, se convertían en padres.

Todo el mundo decía cosas, hablaba de cosas que pensaban que les interesaban, pero nadie decía verdades. En la escuela no se prestaba atención a la verdad. Qué maraña de cosas insignificantes. «Dos y dos son cuatro. Si un comerciante vende tres naranjas y dos manzanas a un hombre y las naranjas están a veinticuatro céntimos la docena y las manzanas a dieciséis, ¿cuánto le debe el hombre al comerciante?».

Algo de veras importante. ¿Dónde va el hombre con las tres naranjas y las dos manzanas? Es un hombre bajo con botas marrones y lleva el gorro ladeado sobre la cabeza. Una sonrisa peculiar juguetea en su boca. La manga de su abrigo está rasgada. ¿Cómo se hizo eso? El tipo canta una canción entre los dientes. Escuchen:

«Di do di di du,
Di do di di du,
Los agriaces dan frutos.
Di do di di du».

Por el amor de todos los barbudos que entraron en la habitación de la reina cuando nació el rey de Roma, ¿qué quiere decir con eso? ¿Qué es un agriaz?

John Webster le hablaba a su hija mientras la rodeaba con el brazo, sentado, y a sus espaldas, invisible, su mujer luchaba y batallaba por devolver a su lugar la tapa de hierro que uno debía siempre mantener afianzada en la boca del pozo de pensamientos inexpresados en el interior.

Había un hombre que había aparecido desnudo ante su desnuda presencia en el ocaso de un día de hace mucho tiempo. Había ido a ella y le había hecho algo. Había habido una violación de su yo inconsciente. Eso había sido en su momento olvidado o perdonado, pero ahora él estaba volviendo a hacerlo. Ahora estaba hablando. ¿De qué estaba hablando? ¿No había cosas de las que uno nunca hablaba? ¿Para qué servía el profundo pozo en el interior de uno sino para ser un lugar donde poner las cosas de las que no se debe hablar?

Ahora John Webster estaba intentando narrar la historia completa de su intento de hacer el amor con la mujer con la que se había casado.

Escribir cartas que contenían la palabra «amor» había tenido resultado. Después

de un tiempo, y cuando había enviado varias de esas cartas escritas en los escritorios de los hoteles, y justo cuando estaba empezando a pensar que nunca obtendría respuesta a una de ellas y que tal vez debería abandonar todo el asunto, llegó una respuesta. Entonces él había estallado en una marea de cartas.

Aún iba de ciudad en ciudad, intentando vender lavadoras a los comerciantes, pero eso solo le ocupaba una parte del día. Quedaban las tardes, las mañanas en las que se levantaba pronto y en ocasiones daba un paseo por las calles de alguna de las ciudades antes del desayuno, los largos anocheceres y los domingos.

Estaba lleno de una inexplicable energía en aquella época. Debía de ser porque estaba enamorado. Si no se estaba enamorado no podía uno sentirse tan vivo. Por las mañanas temprano, y por las noches, cuando caminaba, mirando casas y gente, todo el mundo le parecía de repente cercano. Hombres y mujeres salían de sus casas a la calle, los silbatos de las fábricas sonaban, los hombres y los muchachos entraban y salían de las puertas de las fábricas.

Estaba de pie, cerca de un árbol, en una calle desconocida de una ciudad desconocida, por la tarde. En una casa cercana un niño lloraba y la voz de una mujer le hablaba en voz baja. Sus dedos se aferraron a la corteza del árbol. Deseaba penetrar en la casa donde el niño estaba llorando, cogerlo de los brazos de su madre y tranquilizarlo, quizás besar a la madre también. Qué estupendo sería poder ir por la calle estrechando las manos de los hombres, rodeando a las chicas con sus brazos.

Tenía extravagantes fantasías. Podría haber un mundo en el que hubiera nuevas ciudades maravillosas. Siguió imaginando tales ciudades. Para empezar, las puertas a todas las casas estaban abiertas de par en par. Todo estaba limpio y ordenado. Los umbrales habían sido lavados. Entró en una de las casas. Bueno, la gente había salido, pero por si acaso alguien como él entraba, habían colocado un pequeño festín en la mesa de una de las salas de la planta inferior. Había una barra de pan blanco con un cuchillo al lado para que uno pudiera cortar rebanadas, fiambres, taquitos de queso, una jarra de vino.

Se sentó él solo a la mesa para comer, sintiéndose muy feliz, y tras saciar su hambre sacudió las migas y dejó todo ordenado. Otra persona podría llegar más tarde y vagar por la misma casa.

Las fantasías que el joven Webster tenía durante aquella época le encantaban. A veces interrumpía sus paseos nocturnos por oscuras calles residenciales y se quedaba mirando al cielo mientras reía.

Allí estaba él, en un mundo imaginario, en un lugar de sueños. Su mente se sumergía de nuevo en la casa que había visitado en su mundo soñado. Qué curiosidad sentía por la gente que vivía allí. Era de noche, pero el lugar estaba iluminado. Había pequeñas lámparas que uno podía coger y llevarse consigo. Había una ciudad en la que cada casa era un lugar de celebración y esta era una de las casas y en sus dulces profundidades podía alimentarse algo más que la barriga.

Recorrer la casa alimentaba todos los sentidos. Las paredes estaban pintadas de

colores fuertes que ahora se habían suavizado y dulcificado con el tiempo. Había pasado la época en la que todo el mundo construía casas en Estados Unidos. Construían casas sólidas y luego se quedaban en ellas, las adornaban poco a poco y con un toque seguro. Quizás fuera preferible estar en una de esas casas de día, cuando los propietarios estaban dentro, pero estaba bien estar allí solo de noche también.

La lámpara que sostenía por encima de su cabeza arrojaba sombras sobre las paredes. Subió una escalera hacia los dormitorios, vagó por los vestíbulos, volvió a bajar las escaleras, y tras poner la lámpara de nuevo en su sitio salió por la puerta principal, abierta.

Qué dulce demorarse en las escaleras delanteras por un momento para tener más sueños. ¿Qué pasaba con la gente que vivía en la casa? En una de las habitaciones de la planta superior se había imaginado saber que dormía una joven. Si ella hubiera estado en la cama, dormida, cuando él había entrado en la casa y deambulado por su interior, y él hubiera entrado en su habitación, ¿qué habría ocurrido?

¿No debería haber en el mundo, bueno, podría decirse también en un mundo de fantasía —quizás llevara demasiado tiempo que la gente real creara un mundo así—, pero, no debería haber gente, en el mundo imaginario de uno, gente que hubiera desarrollado de veras sus sentidos, gente que de veras oliera, viera, degustara, sintiera cosas con sus dedos, oyera cosas con sus oídos? Uno podía soñar con un mundo así. Era por la tarde, aún temprano, y aún le quedaban unas cuantas horas para volver al pequeño y sucio hotel de la ciudad.

Algún día existiría un mundo habitado por gente que viviera. Entonces se pondría un final a las continuas habladurías sobre la muerte. La gente tomaría la vida con firmeza como una copa llena y la llevaría hasta que llegara el momento de tirarla por encima del hombro con un gesto. Se darían cuenta de que el vino estaba hecho para beberlo, la comida para comerla y alimentar el cuerpo, las orejas para escuchar todo tipo de sonidos, los ojos para ver cosas.

Qué sentidos desconocidos podrían desarrollarse en el interior de los cuerpos de esas personas. Bueno, también podría ocurrir que una joven, como aquella cuya existencia estaba John Webster intentando imaginar, que en aquellas tardes una joven así estuviera tumbada en silencio en su cama en el dormitorio de una de las casas de la oscura calle. Uno entraba por la puerta abierta de la casa y se dirigía hacia ella tras tomar la lámpara. Uno podía imaginarse también la lámpara como algo bello. Había un invento en forma de anillo a través del cual se pasaba el dedo. Uno llevaba la lámpara como un anillo en el dedo. Su pequeña llama era como una joya que brillara en la oscuridad.

Uno subía escaleras arriba y entraba en la habitación en la que la mujer estaba tumbada en la cama. La luz, suspendida en un breve balanceo en el aire calmado, brillaba en los ojos de la mujer. Durante un largo y lento rato los dos se miraban en silencio.

Se estaba formulando una pregunta. «¿Eres tú para mí? ¿Soy yo para ti?». La

gente había desarrollado un nuevo sentido, muchos nuevos sentidos. La gente veía con sus propios ojos, olía con sus orificios nasales, oía con sus orejas. Las sensaciones subyacentes, sepultadas en el interior, también se habían desarrollado. Ahora la gente podía aceptar o rechazar a los otros con solo un gesto. No existía ya la lenta inanición de hombres y mujeres. No era necesario vivir largas vidas durante las cuales uno conocía solo unos cuantos momentos medio dorados, y aun esos sin mucha intensidad.

Había algo en todo esto de sus fantasías que estaba estrechamente relacionado con su matrimonio y con su vida desde su matrimonio. Estaba intentando aclarárselo a su hija, pero era difícil.

Había existido aquel momento una vez, en el que entró en una habitación de una planta superior y encontró a una mujer tumbada frente a él. Una pregunta inesperada había surgido en su interior de pronto en sus propios ojos y había encontrado una rápida y ansiosa respuesta en los de ella.

Y después, diablos, fue difícil enderezar las cosas. De algún modo se había contado una mentira. Pero ¿quién había sido? Él y la mujer habían respirado juntos un veneno. ¿Quién había llevado la nube de vapor venenoso al aire del dormitorio de la planta superior?

Aquel momento había regresado una y otra vez a la mente del joven. Caminaba por calles de ciudades desconocidas, poseído por la idea de penetrar en el dormitorio de la planta superior de un nuevo tipo de feminidad.

Más tarde fue al hotel y se sentó a escribir cartas durante horas. Lo único seguro es que no escribió las fantasías que había acariciado. Oh, ojalá hubiera tenido el valor de hacerlo. Ojalá hubiese sabido lo bastante como para hacerlo.

Lo que hizo fue escribir la palabra «amor» una y otra vez, de modo bastante estúpido. «Iba andando mientras pensaba en ti y cuánto te quería. Vi una casa que me gustó y pensé en ti y en mí viviendo en ella como marido y mujer. Siento haber sido tan estúpido y torpe al verte la otra vez. Dame otra oportunidad y te demostraré mi “amor” por ti».

¡Qué traición! Fue el propio John Webster quien, al final, había envenenado los pozos de la verdad de los que él y la mujer deberían beber conforme avanzaran en su camino hacia la felicidad.

No había pensado en ella en absoluto. Había pensado en la mujer misteriosa que yacía en la habitación de la planta superior de la ciudad de su tierra imaginaria.

Todo había empezado mal y después nada podía arreglarse de nuevo. Un día llegó una carta de ella y luego, tras escribir muchas otras cartas, acudió a la ciudad de ella a verla.

Hubo un rato de embarazo y después, en apariencia, el pasado quedó olvidado. Fueron a pasear juntos bajo los árboles de una ciudad desconocida. Después escribió más cartas y fue de nuevo a verla. Una noche le pidió que se casara con él.

¡Diablos! Ni siquiera la tomó en sus brazos cuando se le declaró. Había una

especie de miedo mezclado en todo el asunto. «Mejor que no lo haga, después de lo que pasó. Esperaré hasta que estemos casados. Las cosas entonces serán diferentes». Tenía una idea. La de que después del matrimonio uno se convertía en algo diferente de lo que era antes y de que nuestro ser amado también se transformaba en algo distinto.

Y de ese modo se las había apañado para casarse, con esa idea; y él y la mujer planificaron juntos un viaje de novios.

John Webster apretó su cuerpo contra el de su hija y tembló un poco.

—Tenía la idea en mi cabeza de que tenía que ir despacio —dijo—. Sabes, ya la había asustado una vez. «Iremos despacio», me repetía, «no sabe mucho de la vida, mejor que vaya despacio».

El recuerdo de ese momento de su matrimonio agitó profundamente a John Webster.

La novia bajaba las escaleras. Había desconocidos de pie. Todo el rato, dentro de los desconocidos, dentro de todo el mundo, en todas partes, se formulaban reflexiones de las que nadie parecía consciente.

—Ahora mírame, Jane. Soy tu padre. Era así. Todos estos años, mientras he sido tu padre, he sido así. Me ha ocurrido algo. Algo se ha destapado en mí. Ahora, ya ves, estoy como en lo alto de una colina, mirando hacia un valle donde he vivido toda mi antigua vida. De repente, ¿ves?, sé todos los pensamientos que he venido teniendo toda mi vida.

Oírás decirlo. Bueno, lo leerás en libros y en las historias que la gente escribe sobre la muerte. «En el momento de la muerte se volvió a mirar y vio toda su vida desfilar ante él».

¡Ja! Eso está muy bien, pero ¿qué pasa con la vida? ¿Qué pasa con el momento en el que, tras haber estado muerto, uno vuelve a la vida?

John Webster se había alterado de nuevo. Retiró el brazo de los hombros de su hija y se frotó las manos. Una ligera sensación de temblor recorrió su cuerpo y el de su hija, que no entendía lo que él decía, pero, de algún modo, no importaba. En aquel momento estaban en profunda comunión. Eso de que el ser integral de uno volviera a la vida tras años de una especie de muerte parcial era una tensión. Uno tenía que encontrar un nuevo equilibrio entre el cuerpo y la mente. Uno se sentía joven y fuerte y al momento después, de repente, viejo y cansado. Ahora llevaba su vida hacia delante como uno lleva una taza llena por una calle abarrotada. Uno debía recordar todo el tiempo, tener en cuenta, que el cuerpo debe tener un cierto relajo. Uno debe tener un poco de toma y daca con las cosas. Eso hay que tenerlo siempre en cuenta. Si uno se volviera rígido e intenso en algún momento, excepto en el momento en que uno sumerge su cuerpo en el cuerpo de su amado, el pie tropezaría o uno se chocaría contra algo y la copa que uno llevaba se vaciaría con un gesto tosco.

A la mente del hombre seguían afluyendo extraños pensamientos mientras intentaba controlarse sentado en la cama. Era tan fácil convertirse en el tipo de

persona que uno veía por todas partes, una de esas personas cuyo cuerpo vacío caminaba por todos los rincones de las ciudades, los pueblos y las granjas, «una de esas personas cuya vida es una taza vacía», pensó, y luego le asaltó una reflexión más majestuosa, que lo apaciguó. Era algo que había oído o leído en algún sitio. ¿Qué era? «Que no despertéis ni hagáis velar al amor, hasta que quiera»^[4], decía una voz en su interior.

De nuevo empezó a contar la historia de su matrimonio.

—Fuimos de viaje de novios a una casa de campo de Kentucky, en el coche cama de un tren nocturno. Seguía pensando en ir despacio con ella, me repetía a mí mismo todo el tiempo que era mejor ir despacio, así que esa noche durmió en la litera de abajo mientras que yo me subí a la de arriba. Íbamos a visitar una granja propiedad de su tío, el hermano de su padre, y llegamos a la ciudad donde teníamos que apearnos del tren antes del desayuno.

Su tío nos estaba esperando con un carruaje y salimos de inmediato hacia su casa de campo, donde nos iba a alojar.

John Webster narró con gran atención a los detalles la historia de la llegada de las dos personas a la pequeña ciudad. Apenas había dormido durante la noche y estaba alerta a todo lo que ocurría a su alrededor. Una fila de edificios de madera que ascendía desde la estación se convertía, a unos pocos cientos de yardas, en una calle residencial y después en una carretera comarcal. Un hombre en mangas de camisa caminaba a lo largo de una acera a un lado de la calle. Estaba fumando en pipa, pero al pasar el carruaje se la quitó de la boca y rió. Llamó a otro hombre que estaba ante la puerta abierta de un establecimiento al otro lado de la calle. Qué palabras tan extrañas decían. ¿Qué querían decir?

—Ponlo bonito, Eddie —gritó.

El carruaje, con las tres personas dentro, siguió su camino a toda velocidad. John Webster no había dormido esa noche y sentía como una especie de tensión en su interior. Estaba lleno de vida, de ansia. El tío, en el asiento de adelante, era un hombre ancho, como el padre, pero vivir al aire libre le había bronceado la cara. También llevaba un bigote gris. ¿Podía uno trabar conocimiento con él? ¿Sería alguna vez capaz de conversar cosas privadas, íntimas, con él?

Respecto a eso, ¿se podría conversar de temas íntimos, privados, con la mujer con la que se había casado? Lo cierto era que toda esa noche le había dolido el cuerpo de impaciencia ante un venidero encuentro amoroso. Qué extraño no hablar de esas cosas cuando uno se había casado con mujeres de familia respetable en respetables ciudades industriales de Illinois. En la boda, todo el mundo debió de darse cuenta. No había duda de que los jóvenes casados, hombres y mujeres, sonreían y reían a escondidas, por decirlo así.

Había dos caballos uncidos al carruaje; marchaban con sobriedad y firmeza. Ahora la mujer que se había convertido en la esposa de John Webster estaba sentada, alta y erguida, en el asiento contiguo a él y tenía las manos recogidas en su regazo. Se

acercaban a las afueras de la ciudad; un muchacho salió a la puerta principal de una casa y se quedó en un pequeño porche, mirándolos con ojos vacíos e inquisidores. Había un gran perro dormido junto a un cerezo, al lado de otra casa un poco más allá. Dejó pasar el carruaje antes de moverse. John Webster observó al perro. «¿Debería levantarme de este lugar tan cómodo y armar jaleo por el carruaje o no?», parecía preguntarse el animal. Entonces se alzó de un brinco y se puso a correr como un loco por la carretera y a ladrarles a los caballos. El hombre del asiento delantero le azotó con el látigo.

—Supongo que decidió que tenía que hacerlo, que lo correcto era hacerlo —dijo John Webster. Su flamante mujer y su tío lo miraron con ojos interrogantes.

—¿Eh? ¿Qué has dicho? —preguntó el tío, pero no obtuvo respuesta. John Webster sintió una súbita vergüenza.

—Nada, hablaba del perro —respondió de inmediato. Uno tenía que ofrecer algún tipo de explicación. El resto del camino se efectuó en silencio.

Esa misma tarde, al atardecer, llegó a una especie de consumación lo que había estado esperando con tanta esperanza y duda.

La casa de su tío, una gran edificación cómoda de madera blanca, se erguía a la orilla de un río, en un estrecho valle verde, con colinas delante y detrás de ella. Por la tarde, el joven Webster y su mujer dejaron atrás el granero, a la trasera de la casa, y se adentraron en un paseo que bordeaba un huerto. Después saltaron una verja y, tras cruzar un campo, penetraron en un bosque que iba colina arriba. Había otra pradera más arriba, y después otro bosque que cubría por completo la cima de la colina.

Era un día cálido y trataron de hablar conforme caminaban, pero sin mucho éxito. De vez en cuando ella le dirigía una tímida mirada, como si le dijera: «El camino que estamos pensando en tomar en la vida es muy peligroso. ¿Estás seguro de que eres un buen guía?».

Bueno, él había sentido su incertidumbre, y dudó cuál era la respuesta correcta. Habría sido mejor, sin duda, si la pregunta se hubiera formulado y respondido mucho antes. Cuando llegaron a un estrecho camino en el bosque, él la dejó caminar delante; así podía mirarla con bastante atrevimiento. También él sentía miedo. «Nuestra inseguridad va a hacer que lo confundamos todo», pensó. Era difícil recordar si había pensado de veras algo tan claro en aquel momento. Estaba asustado. Ella iba con la espalda muy erguida y, cuando se agachó para pasar bajo la rama de un árbol que sobresalía, su largo y esbelto cuerpo hizo un movimiento muy bonito. Se le hizo un nudo en la garganta.

Trató de concentrar su mente en pequeñas cosas. Había llovido un día o dos antes y estaban creciendo pequeños hongos al lado del camino. En un lugar había un ejército de ellos, muy graciosos y con el sombrero salpicado de tiernas manchas de color. Cogió uno de ellos. Qué extrañamente acre al olfato. Quería comérselo, pero ella se asustó y protestó.

—No —dijo—. Puede ser venenoso.

Por un momento pareció que, después de todo, podrían llegar a intimar. Lo miró fijamente. Era curioso. No se habían aplicado aún nombres cariñosos. No se dirigían el uno al otro por ningún nombre en absoluto.

—No te lo comas —repitió ella.

—De acuerdo, pero no me digas que no es tentador y bonito —respondió él. Se miraron por un momento y después ella se ruborizó, tras lo cual continuaron su camino.

Habían llegado a la cima de la colina, desde donde podían mirar hacia el valle, y ella se sentó con la espalda apoyada en un árbol. La primavera había pasado, pero, según paseaban por el bosque, podía observarse por todas partes una nueva ola de crecimiento que brotaba. Pequeñas cosas verdes pálidas surgían de entre las marrones hojas muertas y del suelo negro y árboles y arbustos daban también la sensación de un nuevo crecimiento. ¿Estaban brotando hojas nuevas o era que las hojas viejas acababan de erguirse y afirmarse un poco porque se habían refrescado? También eso era algo en lo que pensar, cuando uno estaba sorprendido y tenía ante sí una pregunta que esperaba respuesta y que no podía responder.

Estaban en la colina ahora y, cuando él se tumbó a los pies de ella, no sintió la necesidad de mirarla, sino que podía mirar hacia el valle. Quizás ella lo estuviese mirando mientras reflexionaba como él, pero eso era asunto suyo. Uno ya hacía bastante con tener sus propios pensamientos, con enderezar sus propios asuntos. La lluvia que había refrescado todo había agitado muchos nuevos aromas en el bosque. Por fortuna no había viento. Los olores no se disipaban, sino que estaban a ras del suelo, como una suave manta que lo cubriera todo. El suelo poseía una fragancia propia y en ella se mezclaba la fragancia de las hojas pudriéndose y la de los animales también. Había un sendero por la cima de la colina por el que a veces transitaban las ovejas. Había pequeños montones de deposiciones de oveja en el duro sendero tras el árbol donde ella estaba sentada. No se giró a mirar, pero sabía que estaban allí. Las deposiciones de oveja eran como de mármol. Era bonito sentir que dentro del ámbito de su amor por los olores podía incluir toda la vida, incluso los excrementos de la vida. En algún lugar del bosque había una especie de árbol en flor. No podía estar muy lejos. Su fragancia se entremezclaba con todos los demás olores que flotaban por la ladera de la colina. El árbol llamaba a las abejas y a los insectos, y estos respondían con acuciante ansia. Volaban a toda prisa por el aire, sobre la cabeza de John Webster, sobre la cabeza de ella también. Uno posponía otras cosas para jugar con sus ideas. Uno lanzaba pequeños pensamientos ociosos al aire, como niños juguetones, los lanzaba para volver a atraparlos. Tras un tiempo, cuando llegara la hora, una crisis llegaría a las vidas de John Webster y de la mujer con la que se había casado, pero ahora él jugaba con sus pensamientos. Los lanzaba al aire y los volvía a atrapar.

La gente se dedicaba a aprender la fragancia de las flores y otras cuantas cosas, especias y cosas así, que los poetas les habían dicho que eran aromáticas. ¿Se podían

erigir muros alrededor de los olores también? ¿No había un francés que había escrito un poema sobre la fragancia de las axilas femeninas? ¿Era algo de lo que había oído hablar a los chicos en la escuela o era una idea loca que le había venido a él a la cabeza?

La cosa era percibir la sensación de la fragancia de todas las cosas, de tierra plantas gente animales pájaros insectos, todo junto en la mente. Uno podía tejer un manto dorado para extenderlo sobre la tierra y sobre la gente. Los fuertes olores animales, junto con el olor a pino y todos esos pesados perfumes le darían al manto fuerza para poder llevarlo bien. Después, sobre la base de esa fuerza, uno podía dejar volar su imaginación. Ahora era el momento de que todos los poetas menores llegaran corriendo. Sobre la sólida base que había construido la imaginación de John Webster, podían tejer cualquier tipo de estampados, mediante el uso de todos los olores que su menos vigorosa nariz se atreviera a percibir, el perfume de las violetas junto a los senderos del bosque, de los pequeños y frágiles champiñones, de la miel goteando de las bolsas situadas bajo el vientre de los insectos, de la cabellera de las doncellas recién salidas del baño.

Después de todo, John Webster, un hombre de mediana edad, estaba sentado en una cama con su hija, hablando de una experiencia de su juventud. Muy a su pesar, le estaba confiriendo a la narración de aquella experiencia un giro curiosamente perverso. Sin duda le estaba mintiendo a su hija. ¿Había experimentado aquel joven de la colina, hace tanto tiempo, los múltiples y sutiles sentimientos que ahora le confería?

De vez en cuando dejaba de hablar y sacudía la cabeza mientras una sonrisa revoloteaba en su rostro.

Con qué solidez se habían arreglado las cosas entre él y su hija. No había duda de que se había producido un milagro.

Incluso llegó a especular con que ella supiera que estaba mintiendo, que estaba arrojando un cierto manto de romanticismo sobre la experiencia de su joven masculinidad, pero se imaginó que ella también sabía que solo mintiendo hasta el límite podía alcanzar la verdad.

Ahora su imaginación lo llevaba de vuelta a la colina. Había un claro entre los árboles y se podía mirar a través de él para ver todo el valle abajo. Había una gran ciudad en algún lugar río abajo, no la ciudad donde él y su mujer se habían apeado del tren, sino una mucho más grande, con fábricas. Alguna gente había subido el río en barcas desde la ciudad y se preparaban para hacer un picnic en una arboleda, corriente arriba y en la orilla contraria a la casa del tío.

Había tanto hombres como mujeres en el grupo, y las mujeres llevaban vestidos blancos. Era cautivador observarlos moverse entre los verdes árboles; una de esas mujeres bajó al margen del río, puso un pie en una barca atada a la orilla y, con el otro en la propia orilla, se inclinó para llenar un jarro de agua. Incluso desde la distancia, ella y su reflejo en el agua eran visibles. Se unían y se separaban. Las dos

figuras blancas se abrían y cerraban como una concha de delicados tintes.

En la colina, el joven Webster no había mirado a su mujer y ambos estaban en silencio, pero él sentía que una excitación casi insoportable se apoderaba de él. ¿Estaría ella pensando lo mismo que él? ¿Se habría abierto su naturaleza, como lo había hecho la suya?

Se le hacía imposible guardarse todo aquello en la cabeza. ¿Qué estaba pensando él y qué pensaba y sentía ella? En el bosque, a lo lejos, al otro lado del río, las figuras blancas de las mujeres se movían entre los árboles. Ya no se distinguía a los hombres del grupo, con sus ropas oscuras. Uno ya no pensaba en ellos. Las figuras vestidas de blanco de las mujeres se entretejían con los robustos troncos de los árboles.

Había una mujer en la colina, tras él, su esposa. Quizás abrigara los mismos pensamientos que él. Debía de ser verdad. Era una mujer joven y estaría asustada, pero llegaba un momento en el que había que dejar a un lado el miedo. Él era un varón, y en el momento adecuado se dirigía hacia la hembra y la tomaba. Había una especie de crueldad en la naturaleza y, en un momento dado, esa crueldad formaba parte de su masculinidad.

Cerró los ojos y, rodando sobre su vientre, se apoyó en manos y rodillas. Si permanecía tumbado y quieto a sus pies, sentiría una especie de locura. Ya había demasiada anarquía en su interior. «En el momento de la muerte, toda la vida de un hombre pasa ante sus ojos». Qué idea tan estúpida. «¿Y qué hay del momento de la llegada de la vida?».

Estaba a cuatro patas, como un animal, mirando hacia el suelo, sin mirarla aún. Con toda la fuerza de su ser, trató de transmitirle a su hija el significado de aquel momento de su vida.

—¿Cómo explicarte qué sentí? Quizás hubiera debido ser pintor o cantante. Tenía los ojos cerrados, y en mi interior estaban todos los panoramas, sonidos, olores, sensaciones, del mundo del valle que había estado observando. En mi interior se incluía todo, todas las cosas.

Las cosas llegaban como resplandores, como colores. Al principio estaban los amarillos, las cosas doradas, amarillas resplandecientes, aún no nacidas. Los amarillos eran pequeñas franjas de color brillante enterradas con los azules oscuros y negros del suelo. Los amarillos eran cosas que aún no habían nacido, no habían salido a la luz. Eran amarillas porque no aún no eran verdes. Pronto los amarillos se combinarían con los colores oscuros en la tierra y, a partir de la primavera, en un mundo de color. Habría un mar de color que correría en ondas y lo salpicaría todo. Llegaría la primavera, dentro de la tierra y también dentro de mí.

Los pájaros sobrevolaban un río y el joven Webster, con los ojos cerrados, agachado ante la mujer, era los pájaros por el aire, el aire en sí y los peces del río de más abajo. Le parecía que si abría los ojos y miraba hacia atrás, hacia el valle, podría ver, incluso desde aquella distancia, cómo se movían las colas de los peces del río allá lejos.

Pero mejor que no abriera los ojos. Una vez había mirado a los ojos de una mujer y ella había ido hacia él como un nadador que surgiera del mar, pero después algo había ocurrido y todo se había arruinado. Se arrastró hacia ella. Ella había comenzado a protestar.

—No lo hagas —dijo ella—. Estoy asustada.

No valía parar ahora. Llegaba un momento en el que uno no debía parar. Estiró los brazos y la abrazó con sus protestas y gritos.

VIII

—¿Por qué debe uno cometer violación, violación de la consciencia, violación de la inconsciencia?

John Webster se levantó y se puso a dar rápidas vueltas alrededor. Del cuerpo de su esposa, sentada desapercibida en el suelo tras él, había brotado una palabra.

—No —dijo, y después, tras abrir y cerrar dos veces la boca, en vano, repitió la palabra—. No, no —volvió a decir. Las palabras parecían salir a la fuerza de sus labios. Su cuerpo, tirado allí en el suelo, se había convertido en un bulto de carne y huesos extrañamente deformado.

Estaba pálida, con una palidez demacrada.

John Webster había saltado de la cama como un perro dormido, tumbado en una carretera polvorienta, se habría apartado del camino de un vehículo que se acercara a toda velocidad.

¡Qué diablos! Su mente volvió a violentos tirones al presente. Hacía un momento estaba con una joven en una colina sobre un valle bañado por el sol, haciéndole el amor. La cópula no había sido un éxito. Había salido mal. Estaba aquella chica alta y esbelta que había sometido su cuerpo al hombre, pero que todo el tiempo había permanecido asustada y acosada por un sentimiento de culpabilidad y vergüenza. Tras hacer el amor se había echado a llorar, no por un exceso de ternura, sino porque se había sentido sucia. Más tarde habían bajado la colina y ella había tratado de explicarle cómo se sentía. Entonces él también había empezado a sentirse mezquino y sucio. Habían aflorado lágrimas a sus ojos. Había pensado que ella debía de tener razón. Lo que ella decía lo decía casi todo el mundo. Después de todo, el hombre no era un animal. El hombre era un ser consciente que luchaba por alejarse de la animalidad. Había intentado reflexionar sobre todo aquello esa misma noche, cuando por primera vez se acostó junto a su mujer, y llegó a ciertas conclusiones. Sin duda, ella tenía razón en que había determinados impulsos en el hombre que debían ser sometidos al poder de la voluntad. Si uno se dejaba arrastrar, se convertía en una bestia, ni más ni menos.

Él se había esforzado por reflexionar sobre aquello con claridad. Lo que ella quería es que no hubiera cópula entre ellos si no era con el objetivo de concebir hijos. Si uno se embarcaba en el asunto de traer niños al mundo y de crear nuevos ciudadanos para el estado y todo eso, entonces uno podía sentir cierta dignidad en hacer el amor. Había intentado explicarle qué humillada y sórdida se había sentido el día en que él irrumpió desnudo en su presencia. Hablaron por primera vez de aquello. El hecho de que volviera una segunda vez y de que los otros lo hubieran visto había empeorado infinitamente el asunto. El momento de pureza de su relación se vio negado con insistente determinación. Tras lo que había ocurrido, no podía soportar permanecer en compañía de su amiga, y, en cuanto al hermano de su amiga, bueno, ¿cómo podría volver a mirarlo a la cara? Cada vez que la mirara, la estaría viendo, no

con la ropa decente con la que iba vestida, sino vergonzosamente desnuda y en una cama, con un hombre desnudo que la tomaba entre sus brazos. Se había visto obligada a abandonar la casa, volver a la suya de inmediato, y, por supuesto, cuando llegó a casa, todo el mundo se preguntó qué habría ocurrido para que su visita llegara a un fin tan abrupto. El problema era que cuando su madre la estaba interrogando, el día después de su regreso a casa, ella rompió de repente a llorar.

No sabía qué habrían pensado después de aquello. La verdad es que empezó a temer los pensamientos de todo el mundo. Cuando por la noche iba a su cuarto, se sentía casi avergonzada de mirar su cuerpo, y había adquirido la costumbre de desvestirse a oscuras. Su madre siempre estaba lanzándole indirectas.

—¿Tu repentino regreso tuvo que ver con el joven que estaba en la casa?

Después de su vuelta, a causa de la vergüenza que empezó a sentir ante la presencia de otras personas, decidió unirse a alguna iglesia, decisión que agradó a su padre, que era un devoto miembro. De hecho, todo aquel incidente la había unido a él. Quizás porque, a diferencia de su madre, nunca la molestaba con preguntas incómodas.

En cualquier caso, había decidido que, si se casaba alguna vez, intentaría hacer de su matrimonio algo puro, basado en el compañerismo, y había sentido que, después de todo, debía casarse con John Webster si alguna vez este repetía su propuesta de matrimonio. Tras lo que había ocurrido, aquello era lo único correcto para ellos dos, y ahora que estaban casados, estaría bien que intentaran corregir el pasado mediante una vida pura e intentaran no dar rienda suelta a los impulsos animales que ofendían y asustaban a la gente.

John Webster estaba de pie frente a su mujer y a su hija, y su mente había volado a la primera noche que se había acostado con su mujer y a las muchas otras noches que habían pasado juntos. En aquella primera noche, hacía tanto tiempo, cuando ella le hablaba desde la cama, la luz de la luna atravesaba una ventana y le caía sobre el rostro. Estaba muy guapa en aquel momento. Como él ya no se acercaba a ella encendido de pasión, sino que yacía a su lado, con el cuerpo algo apartado y rodeándola con los brazos, ella no le tenía miedo y en ocasiones levantaba la mano para acariciarle la cara.

La verdad es que él había interiorizado la idea de que en ella había una especie de poder espiritual divorciado de la carne. Fuera de la casa, a lo largo de la orilla del río, las ranas efectuaban su gutural llamada y, de vez en cuando, salía del aire una extraña llamada desconocida. Debía de ser algún pájaro nocturno, quizás un somormujo. El sonido no era una llamada, en realidad. Era una especie de risa salvaje. Desde otra parte de la casa, en la misma planta, llegaba el sonido de los ronquidos del tío.

Ellos dos habían dormido poco. Tenían tanto que decirse. Después de todo, apenas se conocían. Lo que entonces pensó él de ella era que no era una mujer, después de todo. Era una niña. Algo terrible le había ocurrido a la niña y él era el culpable, y ahora que ella era su mujer haría esfuerzos por que todo fuera bien. Si la

pasión la asustaba, sometería sus pasiones. Se le había metido en la cabeza un pensamiento que mantuvo durante años. Que el amor espiritual era más fuerte y más puro que el amor físico, que eran dos cosas distintas y bien diferenciadas. Se sintió exaltado cuando se le ocurrió aquella idea. Ahora, mientras miraba desde arriba la figura de su mujer, se preguntó qué había ocurrido para que la idea, tan fuerte en él una vez, no les hubiera permitido ni a él ni a ella ser felices juntos. Uno pronunciaba las palabras y, en el fondo, no significaban nada. Eran palabras tramposas como aquellas las que siempre confundían a la gente y la obligaban a adoptar posiciones falsas. Había llegado a odiar aquellas palabras. «Ahora acepto la carne primero, toda la carne», pensó con vaguedad mientras continuaba mirándola. Se giró y cruzó la habitación para mirarse en un espejo. La llama de las velas proporcionaba suficiente luz para verse con claridad. Era algo bastante sorprendente, pero la verdad era que, cada vez que miraba a su mujer durante las últimas semanas, sentía el deseo de salir corriendo a mirarse en un espejo. Deseaba asegurarse de algo. La alta y esbelta muchacha que una vez había yacido a su lado en la cama, con la luz de la luna en el rostro, se había convertido en aquella pesada mujer inerte que estaba ahora en la habitación con él, la mujer que estaba en aquel momento agazapada en el suelo, a los pies de la cama. ¿Hasta qué punto él se había convertido en algo así?

Uno no huía de la animalidad con tanta facilidad. Ahora la mujer del suelo se parecía mucho más a un animal que él mismo. Quizás le habían salvado los mismos pecados que había cometido, sus vergonzosas escapadas ocasionales hacia otras mujeres en las ciudades. «Estaría bien declarar eso ante las narices de las personas buenas y puras, si fuera verdad», pensó con un rápido palpito interior de satisfacción.

La mujer del suelo era como un pesado animal que de repente se hubiera puesto muy enfermo. Retrocedió hasta la cama y la miró con una extraña luz impersonal en los ojos. A ella le costaba erguir la cabeza. La luz de las velas, que la cama apartaba de su miserable cuerpo, daba de lleno sobre su rostro y hombros. El resto de su cuerpo estaba sepultado en una especie de penumbra. Su mente seguía en la alerta diligente en la que vivía desde que había encontrado a Natalie. En un momento de los de ahora, podía pensar más de lo que podía en un año de los de antes. Si se convirtiera en escritor, como a veces había pensado, después de huir con Natalie, nunca le faltarían cosas sobre las que escribir. Si uno mantenía el pozo de pensamientos interiores destapado, dejaba que se vaciara el pozo, dejaba que la mente reflexionara conscientemente sobre cualquier cosa que se le ocurriera, aceptaba todos los pensamientos, todas las fantasías, del mismo modo en que uno aceptaba la carne de la gente, de los animales, pájaros, árboles, plantas, uno podía vivir cien o mil vidas en una vida. De seguro era absurdo ir estirando demasiado las cosas, pero uno podía al menos jugar con la idea de convertirse en algo más que un individuo, hombre o mujer, que viviera una vida constreñida y limitada. Uno podía derribar todos los muros y verjas y entrar y salir de muchas personas, convertirse en muchas personas. Uno podía convertirse por sí mismo en una ciudad entera llena de gente, en una

ciudad, en una nación.

Lo que había que recordar, sin embargo, en este momento, era a la mujer en el suelo, la mujer cuya voz había, apenas un momento antes, clamado de nuevo la palabra que sus labios siempre le habían repetido.

—¡No! ¡No! ¡No lo hagamos, John! ¡Ahora no, John!

Qué persistente negación, de él, quizás también de ella.

La impersonalidad que sentía hacia ella era de una crueldad más bien absurda. Era probable que poca gente en el mundo se diera cuenta alguna vez de las profundidades de crueldad que dormitaban en su interior. No todo lo que surgía del pozo interior de pensamientos, al quitarle la tapa, era fácil de aceptar como parte de uno.

En cuanto a la mujer del suelo, si uno dejaba volar su imaginación, uno podía quedarse como él ahora, de pie, con la vista puesta en ella, y concebir los más absurdos e inconsecuentes pensamientos.

Para empezar, uno podía imaginar que la oscuridad en la que su cuerpo estaba sumergido, ya que por casualidad la luz de las velas no caía sobre él, era el océano de silencio en el que durante todos aquellos años ella se había ido hundiendo cada vez más.

Y el océano de silencio era otro nombre, más imaginativo, de otra cosa, de aquel profundo pozo en el interior de cada hombre, de cada mujer, sobre el que había discurrido tanto en aquellas últimas semanas.

La mujer que había sido su esposa, todo el mundo, en realidad, pasaba la vida entera sumergiéndose cada vez más en aquel océano. Si uno deseaba dejar volar la imaginación sobre el asunto, permitirse una especie de saturnal de la imaginación, como si dijéramos, podría, medio jugando, superar una línea invisible y decir que el océano de silencio en el que la gente siempre se empeñaba en hundirse era en realidad la muerte. En la carrera que efectuaban el cuerpo y la mente hacia la meta de la muerte, casi siempre llegaba antes la mente.

La carrera daba comienzo en la niñez y no se detenía hasta que se desgastaran la mente o el cuerpo y dejaran de funcionar. Todos llevaban en su interior, todo el tiempo, la vida y la muerte. Eran dos dioses sentados en sus tronos. Uno podía adorar a cualquiera, pero, en general, la humanidad había preferido arrodillarse ante la muerte.

El dios de la negación se había alzado con la victoria. Para alcanzar la sala del trono uno atravesaba largos pasillos de evasión. Ese era el camino hacia su sala del trono, el camino de la evasión. Uno torcía y giraba, tanteaba su camino en la oscuridad. No había destellos repentinos y cegadores de luz.

A John Webster le había sobrevenido una idea al mirar a su mujer. Era seguro que la mujer pesada e inerte que ahora clavaba la mirada en su cara desde la oscuridad del suelo, incapaz de dirigirle la palabra, tenía muy poco o nada que ver con aquella muchacha esbelta con la que un día se había casado. Para empezar, eran por completo

diferentes en lo físico. No era para nada la misma mujer. Podía verlo. Cualquiera que mirase a las dos mujeres podía ver que no tenían nada físico en común. Pero ¿lo sabía ella, lo había pensado alguna vez, había tenido conciencia, aunque fuese superficial, de los cambios que se habían efectuado en ella? Decidió que no. Existía una especie de ceguera común a casi todo el mundo. Aquello llamado belleza, que los hombres buscaban en las mujeres, y que las mujeres, aunque no hablaran tan a menudo de ello, también buscaban en los hombres, no era algo que perdurara. Cuando existía, aparecía en la gente por destellos. Uno se presentaba ante otro y el destello aparecía. Cuánta confusión provocaba. Luego seguían cosas extrañas, como bodas. «Hasta que la muerte nos separe». Bueno, aquello estaba bien también. Uno debía tratar de entender si podía. Cuando uno se aferraba a aquello llamado belleza en otro, la muerte siempre venía, asomaba también la cabeza.

Cuántos matrimonios entre la gente. La mente de John Webster volaba. Se quedó mirando a la mujer que, aunque se hubieran separado mucho antes —en realidad se habían separado de modo irrevocable un día, en una colina sobre un valle del estado de Kentucky— estaba de algún modo extraño aún unida a él, y había otra mujer, que era su hija, en la misma habitación. La hija estaba de pie a su lado. No miraba ni a su padre ni a su madre, sino al suelo. ¿Qué estaba pensando? ¿Qué reflexiones había suscitado en ella? ¿Cuál sería el resultado para ella de los incidentes de aquella noche? Había cosas para las que no tenía respuesta, que tenía que dejar en el regazo de los dioses.

Su mente iba a la carrera. Había ciertos hombres a los que siempre veía por el mundo. Normalmente pertenecían a una clase conocida como tipos de reputación endeble. ¿Qué les había ocurrido? Eran hombres que iban por la vida con una cierta gracilidad de conducta. De algún modo estaban más allá del bien y del mal, permanecían ajenos a las influencias que hacían o deshacían a los demás hombres. John Webster había visto a unos cuantos de esos hombres y nunca había podido olvidarlos. Ahora pasaban, como en procesión, ante los ojos de su mente.

Había un anciano de barba blanca que llevaba un bastón e iba seguido por un perro. Tenía los hombros anchos y caminaba a grandes zancadas. John Webster se había encontrado con él una vez, mientras conducía por una polvorienta carretera comarcal. ¿Quién era aquel tipo? ¿Dónde iría? Había un cierto porte en él. «Al diablo, pues», parecía decir su actitud. «Soy un hombre que camina. En mi interior hay majestuosidad. Id a charlar sobre democracia e igualdad si lo deseáis, preocupad vuestras tontas cabezas acerca de una vida después de la muerte, inventad vuestras pequeñas mentiras para alegrar vuestro camino en la oscuridad, pero apartaos de mi camino. Yo camino por la luz».

Debía de ser todo una idea estúpida, lo que John Webster estaba ahora pensando sobre un anciano al que una vez se había encontrado por una carretera comarcal. Lo que estaba claro es que recordaba la figura con extraordinaria claridad. Había parado su caballo para quedarse mirando al anciano, que ni siquiera se había dignado girarse

para echarle una mirada. Bueno, aquel anciano caminaba con paso de rey. Quizás por eso había llamado la atención de John Webster.

Ahora pensaba en él y en otros cuantos hombres que había visto a lo largo de su vida. Había uno, un marinero que había bajado a un muelle de la ciudad de Filadelfia. John Webster estaba en aquella ciudad por negocios y una tarde en la que no tenía nada que hacer había bajado a donde cargaban y descargaban los barcos. Una embarcación, un bergantín, estaba en el muelle, y el hombre al que vio bajó hacia él. Llevaba una bolsa de viaje al hombro, que quizás contuviera su ropa de navegar. Sin duda era un marinero a punto de enrolarse en el bergantín. Lo que hizo fue, simplemente, acercarse al costado del barco, arrojar su bolsa de viaje a bordo, llamar a otro hombre que sacó la cabeza de una cabina y, tras darse la vuelta, alejarse.

Pero ¿quién le había enseñado a caminar así? ¡El viejo Harry^[5]! La mayoría de hombres, y las mujeres también, se arrastraban por la vida como a hurtadillas. ¿Qué les daba la impresión de ser tan subordinados, tan hormigas? ¿Se mancillaban continuamente con acusaciones de culpa? Y si era así, ¿qué les inducía a hacerlo?

El anciano de la carretera, el marinero alejándose por una calle, un boxeador negro al que una vez había visto conduciendo un automóvil, un jugador de carreras de caballos de una ciudad del sur, que caminaba vestido con un chaleco de cuadros chillones ante una tribuna llena de gente, una actriz a la que una vez había visto salir a escena en un teatro, réprobos todos ellos quizás, y todos con paso de rey.

¿Qué había conferido a esos hombres y mujeres aquel respeto por sí mismos? Porque era evidente que el respeto por sí mismo debía de encontrarse en el fondo de la cuestión. Quizás carecieran por completo del sentido de culpabilidad y de vergüenza que había convertido a la esbelta muchacha con la que se casó en aquella mujer pesada e incapaz de pronunciar palabra que ahora estaba agachada de modo tan grotesco en el suelo, a sus pies. Uno podía imaginar a una persona así, como la que tenía en mente, diciendo para sí: «Bueno, aquí estoy, ya veis, en el mundo. Tengo este cuerpo largo o corto, este pelo marrón o amarillo. Mis ojos son de un color determinado. Como comida, duermo por la noche. Tendré que pasar el resto de mi vida yendo entre la gente en este cuerpo mío. ¿Me arrastraré ante ellos o caminaré erguido como un rey? ¿Odiaré y temeré mi propio cuerpo, esta casa en la que debo vivir, o lo respetaré y cuidaré? ¡Bueno, por todos los diablos! No merece la pena ni responder a la pregunta. Tomaré la vida tal como se ofrece. Para mí cantarán los pájaros, el verde se extenderá sobre la tierra en primavera, para mí florecerá el cerezo en el huerto».

John Webster tenía una caprichosa imagen de este hombre imaginario entrando en una sala. Cerraba la puerta. Sobre la repisa de la chimenea había una fila de velas. El hombre abría una caja y sacaba de ella una corona de plata. Luego se reía con suavidad y se ponía la corona en la cabeza.

—Me coronó a mí mismo como hombre —decía.

Era impresionante. Uno estaba en una habitación, mirando a una mujer que había

sido la esposa de uno, y al mismo tiempo estaba a punto de emprender un viaje y no volver a verla. De repente, hubo una cegadora irrupción de pensamientos. La fantasía lo inundaba todo. Uno parecía haber pasado horas en el mismo sitio, pensando, pero en realidad solo habían pasado unos pocos segundos desde que la voz de su esposa, clamando aquella palabra, «No», hubiera interrumpido su propia voz, que narraba la historia corriente de un matrimonio fracasado.

Lo que había ahora que tener en cuenta era a su hija. Mejor que la echara de la habitación. Estaba avanzando hacia la puerta, en dirección a su cuarto, y en un momento ya se habría marchado. Se alejó de la pálida mujer del suelo y observó a su hija. Ahora su cuerpo se interponía entre los cuerpos de las dos mujeres. No podían verse la una a la otra.

No había terminado la historia de un matrimonio, nunca terminaría de contarla, pero, en su momento, su hija llegaría a comprender cuál era el fin inevitable de la historia.

Ahora había algo en lo que pensar. Su hija se marchaba de su presencia. Quizás nunca volviera a verla. Uno dramatizaba continuamente la vida, la convertía en obra. Eso era inevitable. Cada día de una vida consistía en una serie de pequeños dramas en los que uno siempre se presentaba para un papel importante en la representación. Era un fastidio olvidar las líneas, no salir a escena cuando era la entrada. Nerón estaba tocando el violín mientras Roma ardía. Se le había olvidado qué papel se había asignado a sí mismo y, así, tocaba el violín para no traicionarse. Quizás tuviera la intención de soltar un discurso de político corriente sobre una ciudad que renacía de sus cenizas.

¡Por todos los santos! ¿Saldría su hija con calma de la habitación sin volverse en la puerta? ¿Qué había tenido la intención de decirle? Se sentía un poco nervioso y molesto.

Su hija estaba de pie en el umbral que llevaba a su habitación, mirándolo, y había una especie de intenso humor lunático en ella, como el que había tenido él toda la noche. La había infectado con algo suyo. Después de todo se había producido lo que él quería, un verdadero matrimonio. Tras aquella noche la joven nunca podría ser lo que habría sido si esa noche no hubiera tenido lugar. Ahora sabía lo que él quería para ella. Aquellos hombres cuyas figuras acababan de visitar su imaginación, el hombre de las carreras, el anciano de la carretera, el marinero de los muelles, habían captado algo que él había deseado que ella captara también.

Ahora se marchaba con Natalie, su mujer, y no volvería a ver a su hija. Aún era una muchacha, en realidad. Tenía toda la feminidad por delante.

«Estoy condenado. Estoy loco de atar», pensó. De repente le había asaltado el ridículo deseo de empezar a cantar un estúpido estribillo que acababa de recordar.

«Di do di di du,

Di do di di du,

Los agriaces dan frutos.

Di do di di du».

Y entonces sus dedos, hurgando en sus bolsillos, dieron con lo que había estado buscando de modo inconsciente. Lo aferró, casi convulsivamente, y se dirigió a su hija, sosteniéndolo entre el pulgar y el índice.

La tarde en la que por primera vez había encontrado el camino que entraba en la casa de Natalie, y en la que se había sentido confuso de tanto pensar, había encontrado una pequeña piedra brillante en el raíl cercano a la fábrica.

Cuando uno intentaba encontrar su camino a lo largo de una vía demasiado complicada, era probable que se perdiera en cualquier momento. Uno subía por una carretera oscura y solitaria y entonces, si se asustaba, los sentidos se embotaban y se aguzaban al mismo tiempo. Había cosas que hacer, pero no podía uno hacer nada. Por ejemplo, en el momento más crucial de la vida, uno podía estropearlo todo al ponerse a cantar una estúpida cancioncilla. Los otros se llevarían las manos a la cabeza.

—Está loco —dirían, como si decir tal cosa significara algo alguna vez.

Bueno, una vez en el pasado lo había estado, como lo estaba ahora, en este mismo momento. Pensar demasiado lo había alterado. La puerta de la casa de Natalie se había abierto y había tenido miedo de entrar. Había planeado escapar de ella, ir a la ciudad, emborracharse y escribirle una carta diciéndole que se fuera adonde él no tuviera que volver a verla. Había pensado que prefería caminar en soledad por la penumbra, tomar el camino de la evasión que conducía a la sala del trono del dios de la Muerte.

Y en el momento en que todo esto tenía lugar, su ojo había advertido el brillo de una pequeña piedra verde que yacía entre todas las demás insignificantes piedras grises en el lecho de gravilla del ferrocarril. Era el atardecer y la pequeña piedra había atrapado y reflejado los rayos del sol.

La había recogido y el simple hecho de hacerlo había roto una especie de absurda determinación en su interior. Su imaginación, incapaz hasta el momento de jugar con los hechos de su vida, había jugueteado con la piedra. La fantasía de un hombre, lo creativo de su ser, estaba pensada en realidad para ser algo curativo, una influencia suplementaria y curativa para el funcionamiento de la mente. Los hombres a veces hacían algo que llamaban «ir a ciegas», y en esos momentos cometían los actos menos ciegos de todas sus vidas. La verdad es que la mente, si trabajaba en soledad, era tan solo algo parcial y mutilado.

«Recórcholis, es inútil que intente convertirme en filósofo». John Webster se dirigía a su hija, que estaba esperando que él dijera o hiciera algo que no había hecho aún. Ahora él se sentía de nuevo bien. Un minucioso reajuste se había llevado a cabo en su interior, como había ocurrido en tantas ocasiones a lo largo de las últimas semanas.

Algo así como un humor alegre se había apoderado de él. «En una noche me las he apañado para sumergirme bastante en el mar de la vida», pensó.

Sintió algo de vanidad. Allí estaba él, un hombre de clase media, que había vivido

toda su vida en una ciudad industrial de Wisconsin. Pero unas cuantas semanas antes había sido tan solo un tipo descolorido en un mundo casi descolorido también. Durante años había estado deambulando, así, día tras día, semana tras semana, año tras año, deambulando por calles, dejando atrás a la gente en la calle, levantando sus pies para dejarlos caer de nuevo, plof, plof, comiendo, durmiendo, pidiendo préstamos a los bancos, dictando cartas en la oficina, caminando, plof, plof, sin atreverse a pensar o a sentir mucho de cualquier cosa.

Ahora, mientras daba tres o cuatro pasos hacia su hija, podía pensar más, tener más imaginación de la que se había atrevido a tener en un año de su antigua vida. Su fantasía formaba una imagen de él que le gustaba.

En aquella imagen había trepado hasta un lugar sobre el mar y se había quitado la ropa. Después había corrido hasta el final de un acantilado y había saltado al vacío. Su cuerpo, su propio cuerpo blanco, el mismo cuerpo en el que llevaba viviendo todos aquellos años muertos, efectuaba ahora una larga y graciosa curva arqueada contra el cielo azul.

Eso también era bastante bonito. Formaba una imagen que la mente retenía y era agradable pensar que el cuerpo de uno formara imágenes chocantes.

Se había sumergido en las profundidades del mar de la vida, en el transparente, cálido y tranquilo mar de la vida de Natalie, en el mar muerto y cargado de sal de la vida de su esposa, en el joven río apresurado que había en su hija Jane.

—Soy un gran tramposo de las figuras del discurso, pero al mismo tiempo soy un gran nadador de mares —le dijo en voz alta a su hija.

Bueno, mejor que tuviera cuidado también. Sus ojos rebosaban de nuevo sorpresa. Llevaba mucho tiempo que alguien que viviera con otra persona se acostumbrara a ver lo que salía del pozo interno de los pensamientos, y quizás él y su hija nunca volvieran a vivir juntos.

Miró la pequeña piedra que sostenía con tanta firmeza entre el pulgar y el índice. Sería mejor que su mente se concentrara en eso. Era pequeña, diminuta, pero uno podía imaginársela suspendida sobre la superficie de un mar tranquilo. La vida de su hija era un río que corría hacia el mar de la vida. Querría algo a lo que aferrarse cuando desembocara en el mar. Qué idea tan absurda. Una pequeña piedra verde no flotaría en el mar. Se hundiría. Sonrió con complicidad.

Allí estaba esa pequeña piedra que sostenía ante él, en su mano extendida. La había recogido del raíl un día y se había permitido fantasías relacionadas con ella; aquellas fantasías lo habían salvado. Al permitirse fantasías sobre objetos inanimados, uno los glorificaba de algún modo. Por ejemplo, un hombre podría ir a vivir a una habitación. Había un retrato enmarcado en la pared, las paredes de la habitación, un viejo escritorio, dos velas bajo una Virgen, y la imaginación de un hombre hacía de aquel lugar un lugar sagrado. Quizás todo el arte de la vida consistiera solo en dejar que la imaginación lavara y coloreara los hechos de la vida.

La luz de las dos velas que estaban bajo la Virgen incidió en la piedra que

sujetaba ante él. Tenía más o menos el tamaño y la forma de una pequeña judía, y era de color verde oscuro. Con determinadas luces, su color cambiaba con rapidez. Un resplandor verde amarillento, como de cosas brotando, salía del suelo, y después se desvanecía, y la piedra adquiriría un vigoroso verde oscuro, como las hojas del roble a finales de verano, se podía imaginar.

Con qué claridad recordaba John todo ahora. La piedra que había encontrado en el raíl la había perdido una mujer que viajaba hacia el oeste. La mujer la llevaba, entre otras piedras, en un broche, en su seno. Recordó cómo su imaginación la había creado en aquel momento.

¿O estaba engarzada en un anillo que llevaba en el dedo?

Las cosas se mezclaban un poco. Ahora veía a la mujer con bastante claridad, como la había visto antes en su imaginación, pero no iba en tren, sino que estaba de pie en una colina. Era invierno y la colina estaba ataviada de un manto blanco de nieve y bajo la colina, en el valle, había un ancho río cubierto de una resplandeciente sábana de hielo. Un hombre de mediana edad, de aspecto bastante pesado, estaba junto a la mujer, mientras esta señalaba algo en la distancia. La piedra estaba engarzada en un anillo que llevaba en el dedo extendido.

Ahora todo estaba muy claro para John Webster. Ahora sabía lo que quería. La mujer de la colina era una de las personas extrañas, como el marinero que había bajado hasta el barco, el viejo de la carretera, la actriz que salía a escena, una de las personas que se habían coronado a sí mismas con la corona de la vida.

Dio un paso hacia su hija; tomó su mano, la abrió, y le depositó la pequeña piedra en la palma. Después le cerró con suavidad los dedos hasta que su mano fue un puño.

Esbozó una sagaz sonrisita y la miró a los ojos.

—Bueno, Jane, es bastante difícil decirte lo que estoy pensando —dijo—. Mira, hay muchos pensamientos en mí que no puedo expresar sin tiempo, y me marchó. Quiero darte algo.

Vaciló.

—Esta piedra —retomó— es algo a lo que puedes aferrarte, quizás, sí, eso es. En momentos de duda, aférrate a ella. Cuando estés a punto de enloquecer y no sepas qué hacer, sujétala en la mano.

Volvió la cabeza y sus ojos parecieron inspeccionar la habitación con lentitud, con cuidado, como si no quisiera olvidar nada que formara parte del lienzo del que él y su hija eran ahora las figuras centrales.

—De hecho —prosiguió—, una mujer, una bella mujer podría, bueno, llevar muchas joyas en la mano. Podría tener muchos amores y que las joyas fueran las joyas de la experiencia, los retos de la vida que ha conocido, ¿eh?

John Webster parecía estar jugando a algún juego fantástico con su hija, pero ella ya no parecía asustada, como cuando había entrado en la habitación al principio, o perpleja como hacía tan solo un momento. Estaba absorta en lo que él decía. La mujer agachada en el suelo tras su padre había pasado al olvido.

—Hay algo que tengo que hacer antes de irme. Tengo que darte un nombre para esta piedra —continuó con una sonrisa. Abrió de nuevo su mano para cogerla, y fue a colocarse durante un momento ante una de las velas. Después se volvió hacia ella y se la volvió a colocar en la mano.

—Es de tu padre, pero te la da en el momento en que ya no es tu padre y en que ha empezado a amarte como mujer. Bueno, creo que es mejor que te aferres a ella, Jane. La necesitarás, Dios lo sabe. Si quieres un nombre para ella, llámala la Joya de la Vida —dijo y después, como si ya hubiera olvidado el incidente, posó la mano sobre su brazo para empujarla con suavidad hacia la puerta, que cerró tras ella.

IX

A John Webster aún le quedaba algo que hacer en la sala. Cuando su hija se fue, cogió su bolso de viaje y salió al vestíbulo como si fuera a marcharse sin más palabras hacia la esposa, que seguía sentada en el suelo con la cabeza colgando, como ignorante de cualquier vida a su alrededor.

Cuando hubo salido al vestíbulo y cerrado la puerta, dejó el bolso en el suelo y regresó. De pie en la habitación, con el pomo aún en la mano, escuchó un ruido en la planta inferior. «Es Katherine. ¿Qué hace levantada a estas horas de la noche?», pensó. Sacó su reloj y se acercó a las velas. Eran las tres menos cuarto. «Tomaremos el tren de la mañana a las cuatro», pensó.

Allí estaba su esposa, o más bien la mujer que durante tanto tiempo había sido su esposa, en el suelo, a los pies de la cama. Ahora tenía los ojos clavados en él. Aún así, esos ojos no tenían nada que decir. Ni siquiera le suplicaban. Había en ellos algo desesperadamente perplejo. Si los hechos que habían sucedido en aquella habitación esa noche habían roto la tapa del pozo que llevaba en su interior, se las había apañado para afianzarla de nuevo. Ahora quizás la tapa nunca se moviera de su sitio. John Webster experimentó una extraña sensación al imaginar cómo se sentiría un director de pompas fúnebres al ser convocado en mitad de la noche ante la presencia de un cadáver.

«¡Diablos! Esos tipos quizás no tengan los mismos sentimientos». Sin advertir lo que hacía, sacó un cigarrillo y lo encendió. Se sentía extrañamente impersonal; como alguien que asistiera al ensayo de una obra por la que no tuviera particular interés. «Es la hora de la muerte», pensó. «Esta mujer se está muriendo. No puedo decir si su cuerpo se está muriendo o no, pero hay algo en su interior que ya se ha muerto». Se preguntó si habría sido él quien la había matado, pero no sentía culpabilidad alguna.

Se colocó a los pies de la cama y, tras posar su mano en la barra, se inclinó para mirarla.

Era un momento oscuro. Un escalofrío recorrió su cuerpo y sombríos pensamientos, como bandadas de mirlos, sobrevolaron el campo de su imaginación.

«¡Diablos! ¡También hay infierno! Hay muerte, además de vida», dijo para sí. Aquí había un hecho sorprendente y también bastante interesante. La mujer que yacía en el suelo ante él había necesitado largo tiempo y una férrea determinación para encontrar su propio camino hacia la sala del trono de la muerte. «Quizás nadie, mientras hay vida en su interior para levantar la tapa, se sumerge en el pantano de la carne en descomposición», reflexionó.

John Webster se veía asaltado por pensamientos que hacía años que no pasaban por su mente. Cuando era joven, en la universidad, debió de estar más vivo de lo que entonces sospechaba. Asuntos sobre los que había escuchado discutir a otros, a tipos que tenían gusto para la literatura, o que había leído en libros cuya lectura formaba parte de sus obligaciones, todo aquello había vuelto a su mente en las últimas

semanas. «Casi se podría pensar que hubiese seguido esas cosas toda mi vida», pensó.

Dante el poeta, Milton con su Paraíso Perdido, los poetas hebreos del Antiguo Testamento, todos ellos debían de haber visto en algún momento de su vida lo que él estaba viendo en aquel momento.

Había una mujer en el suelo, ante él, que tenía los ojos clavados en los suyos. Durante toda la noche se había librado una batalla en su interior, algo que quería sacar hacia él y hacia su hija. Ahora la lucha llegaba a su fin. Se había rendido. Siguió mirándola con una extraña fijeza en los ojos.

—Es demasiado tarde. No ha funcionado —dijo despacio. No pronunció las palabras en voz alta, sino que las susurró.

Le asaltó un nuevo pensamiento. Durante toda su vida con aquella mujer se había aferrado a una idea. Como una especie de faro, que, ahora lo veía, le había conducido desde un primer momento a una pista falsa. De alguna manera, había aprehendido el concepto de los demás acerca de él. Era un concepto exclusivo de los estadounidenses, que siempre se repetía de modo indirecto en los periódicos, las revistas y los libros. Tras él había una insípida e insana filosofía de vida. «Todo funciona en conjunto para bien. Dios está en el cielo, todo va bien en el mundo. Todos los hombres son creados libres e iguales».

«Qué manera de machacar con un inmoral puñado de ruidosos dichos sin sentido los oídos de hombres y mujeres que intentan vivir su vida».

Una gran repugnancia le recorrió. «Bueno, es inútil que me quede aquí más tiempo. Mi vida en esta casa ha llegado a su final», pensó.

Caminó hacia la puerta y cuando la hubo abierto se giró de nuevo.

—Adiós, buenas noches —dijo con tanta alegría como si abandonara la casa una mañana para dirigirse a la fábrica.

Y después, el sonido de la puerta al cerrarse provocó un agudo estrépito que perturbó el silencio de la casa.

LIBRO CUATRO

I

La muerte parecía estar al acecho en casa de John Webster, y Jane, su hija, advirtió inmediatamente la presencia. Después de que su padre le apoyase la mano sobre el brazo y la condujese a la puerta de la habitación donde había estado escuchándole durante horas, Jane se había ido directa a la cama y se había tumbado. Ahora seguía allí, apretando entre sus dedos la piedrecita que le había regalado. Le alegraba tener algo que apretar, y sus dedos presionaban con gran fuerza el objeto, como si quisiese incrustarlo en la palma de la mano. Hasta aquella noche la suya había sido una vida tranquila, que jamás se había visto alterada por temblor alguno, pero sabía que de ahora en adelante todo cambiaría. Aquel río tranquilo y silencioso que había sido su vida se adentraba en un paisaje siempre oscuro, rodeado de montañas escarpadas.

En los próximos días se vería investida por acontecimientos imprevisibles. Su padre había abandonado a su madre y a la propia Jane para huir con otra mujer; en la pequeña ciudad estaba a punto de estallar un escándalo. Incluso aunque callaran, a todos sus amigos, hombres y mujeres, les bastaría una simple mirada para interrogarla. Algunos tampoco perderían la oportunidad de compadecerse de ella, y la idea de provocar en los demás una compasión probablemente hipócrita le enfurecía. Jane no sentía demasiada simpatía por su madre; su padre había sido mucho más hábil a la hora de establecer vínculos con ella. Jane, por ejemplo, creía entender las razones que motivaban el comportamiento y el estilo de vida de su padre, sobre todo después de escucharle. Le parecía volver a ver a su padre, completamente desnudo, hablando sin interrumpirse mientras caminaba de un lado a otro de la habitación. Además, tenía que reconocer que siempre había sentido una cierta curiosidad por el cuerpo de los hombres.

Había hablado un par de veces del tema con varias chicas con las que tenía confianza, en voz baja, pues temían que alguien pudiese sorprenderlas. «Los hombres son así y así». Las asustaba un poco pensar que algún día, al casarse, tendrían que afrontar esa confrontación con un hombre. Una de las chicas había vivido una experiencia particular: había un hombre que vivía en la misma calle que la joven y que tenía la mala costumbre de no echar las cortinas de su habitación. Una tarde de verano la chica estaba en su cuarto, tumbada en la cama, justo cuando el hombre entró en su habitación y se quitó la ropa. Completamente desnudo, había empezado a gesticular de un modo agitado y singular, y se había puesto a dar saltitos frente a un espejo. Parecía enzarzado en un combate de boxeo con el hombre reflejado en el espejo, toda vez que avanzaba y retrocedía como si de un púgil se tratase.

Al seguir con la mirada los movimientos del hombre, la joven había acabado viendo todas las partes de su cuerpo desnudo. Al principio había pensado en salir de su cuarto, pero luego decidió seguir contemplando el intenso espectáculo. Sin embargo, no quería que su madre se enterase de lo que estaba espiando con tan morbosa atención, así que para evitar ser descubierta salió de la cama, procurando no

hacer ningún ruido, y fue a cerrar la puerta de modo que la madre o la asistenta no pudieran irrumpir en la habitación.

La joven había pensado que en algunas ocasiones, especialmente cuando se presenta la oportunidad, es mejor que uno descubra la realidad por su propia cuenta. Durante dos o tres noches no consiguió pegar ojo, pero no se arrepentía de haber seguido mirando el espectáculo. A fin de cuentas, no podía seguir comportándose como una tontaina que no sabe cómo funciona el mundo...

A Jane Webster, que seguía tumbada en la cama apretando con los dedos la piedrecita que le había regalado su padre, las confidencias de la joven amiga le habían parecido ingenuas y libres de toda malicia. Es más, casi sentía compasión por su ignorancia. Ella había estado largo rato junto a un hombre desnudo, y este se había sentado a su lado, la había abrazado. Los hombres habían dejado de ser un misterio para ella, y nunca más la asustarían para el resto de su vida, lo que la hacía sentirse muy orgullosa. La fuga de su padre con otra mujer, y el escándalo que sin duda suscitaría el engorroso episodio en una ciudad tan pequeña y cotilla, turbaría irreparablemente la tranquilidad en que había vivido siempre, aunque, por otro lado, también estaba convencida de haber ganado mucho. Tumbada en la cama, apretando aquella piedrecita, se sentía aterrorizada y al mismo tiempo extrañamente feliz.

Puede que también para ella estuviese a punto de empezar una nueva vida. Por primera vez le parecía no tener miedo.

También su padre, ya en la planta baja y con la maleta en la mano, estaba pensando en la muerte.

De hecho, John Webster no dejaba de producir una idea tras otra. La muerte, al igual que la vida, llega de improviso. Eran dos las figuras que cruzaban a diario ciudades y pueblos, entrando y saliendo de las casas y las fábricas, las figuras que por las noches visitaban las granjas, que a plena luz del día paseaban por las animadas calles de la ciudad, que subían y bajaban de los trenes, pillando siempre por sorpresa a las personas a quienes se presentaban. Estas dos figuras eran la Vida y la Muerte.

En todos nosotros hay algo parecido a un profundo pozo, y cuando la Vida se presenta a las puertas de nuestra casa, esto es, de nuestro cuerpo, da lugar a una purificación sin igual.

En cuanto a la Muerte, el razonamiento es completamente distinto. La Muerte también juega a menudo con los seres humanos... En ocasiones deja que vivan muchos años, casi nos parece escucharla decir: «Bueno, no es necesario apresurarse en provocar la muerte física de las personas. Este tipo de muerte es ineludible, es el final de un proceso natural. He de librar una batalla mucho más fascinante y sutil contra mi rival, contra la Vida. Difundiré en las ciudades el hedor de la muerte. Y es que tengo una gran destreza; soy una reina dotada de un ingenio sutil, una reina a la que todos desean servir y que, cuando habla de libertad, hace creer a sus súbditos que es ella quien está a su servicio, mientras que en verdad es exactamente lo contrario; soy un gran general que siempre tiene en su séquito a un ejército listo para coger las

armas y sacrificarse por ella».

Después de cruzar el oscuro vestíbulo, John Webster había alcanzado la puerta que daba a la calle y ya había apoyado la mano en el pomo, dispuesto a salir. Sin embargo, se había detenido, pues quería reflexionar durante unos minutos más. Le enorgullecían sobremanera sus últimas reflexiones. «Puede que sea un poeta», se había atrevido a pensar. «Puede que solo el poeta sea capaz de encontrar siempre algo en su interior, incluso hasta en el último instante de su vida».

Por un momento dejó que la vanidad se apoderara de su imaginación, pero luego tuvo la sensación de que algo se movía a sus espaldas, por lo que dio media vuelta y miró desconfiado hacia el pasillo. Procedía con cautela, como un animal que intuye una presencia en medio de un tenebroso y oscuro bosque. ¿No era esa la figura de una mujer, sentada a pocos pasos de él? Y es que en el vestíbulo había un antiguo perchero, y la parte inferior del mueble formaba una banqueta en la que uno se podía sentar tranquilamente.

Así pues, era posible que una mujer se hubiese sentado allí. También ella tenía a su lado, tirada en el suelo, una maleta.

¡El viejo Harry! John Webster parecía algo sorprendido. ¿Se estaba burlando de él su propia imaginación? ¡No! No se equivocaba, y su imaginación no le engañaba: a pocos pasos había una mujer sentada, con una mano apoyada en el pomo de la puerta.

Estuvo tentado de alargar la mano para tocar el rostro de la mujer. Poco antes, durante el turbamiento provocado por su imaginación, ¿acaso no había pensado en las figuras contrapuestas de la Vida y la Muerte? Una idea tan potente que le provocaba alucinaciones. De hecho, seguía teniendo la sensación de que había una «presencia» silenciosa sentada en la banqueta. Dio un paso para acercarse y palideció de inmediato. Distinguió un cuerpo, y lentamente se fue dibujando el contorno de un rostro. Un rostro similar a los de otras dos mujeres que, en momentos decisivos e inesperados de su vida, había visto frente a él: primero el rostro de una joven desnuda, tumbada en una cama, y de eso hacía ya muchos años; luego el rostro de Natalie Swartz, en un campo, en medio de la noche, acostada a su lado... Se le habían aparecido estas dos imágenes, se habían dirigido hacia él como si surgieran desde las profundidades del mar.

Ya era suficiente. Estaba cansado, emocionado, había dejado volar demasiado su imaginación. No era fácil recorrer el camino que había tomado; había osado encaminarse por la calle de la vida y había intentado arrastrar a otros consigo. Sin duda estaba más emocionado de lo que creía.

Alargó la mano y tocó el rostro, que ahora parecía dirigirse hacia él, flotando en la oscuridad. El susto le hizo dar un brinco hacia atrás, y se golpeó la cabeza contra la pared del pasillo. Sus dedos habían rozado carne caliente. Se sintió aterrado, como si algo girase vertiginosamente dentro de su cerebro. ¿Se había vuelto completamente loco? Una idea reconfortante esclareció entonces la confusión mental de la que era presa.

—¡Katherine! —dijo en voz alta. Era como una llamada que arrancaba de su interior.

—Aquí estoy —respondió tranquilamente una voz femenina—. No quería que se marchara sin despedirse.

La pobre mujer, que había servido durante tantos años en aquella casa, explicaba su presencia en medio de la oscuridad.

—Siento haberle asustado, pero quería hablar con usted. Usted se marcha, y yo también abandono esta casa. He preparado las maletas, todo está listo. Esta noche, mientras pasaba frente a su habitación, le he escuchado decir que estaba a punto de marcharse de esta casa, de modo que he bajado a preparar mi maleta. No he tardado mucho tiempo, pues tengo pocas cosas que llevar conmigo.

John Webster abrió la puerta y la invitó a abandonar la casa para salir a la calle junto a él. Se detuvieron unos minutos a charlar en las escaleras de la entrada.

Webster pensó que recuperaría fuerzas estando al aire libre, pues el susto que se había llevado poco antes lo había debilitado; de ahí que hubiese decidido sentarse en las escaleras. La mujer, en cambio, permanecía de pie. Cuando se sintió recuperado, Webster se levantó, respiró profundamente para llenarse los pulmones del aire limpio de la noche y fue consciente del gran alivio que sentía al pensar que ya no estaba obligado a cruzar el umbral de aquella casa en lo que le quedaba de vida. Se sentía joven y fuerte. No tardaría en aparecer un filo de luz en el horizonte, hacia Oriente. Después de verse con Natalie y subir al tren, se sentarían junto a una ventanilla que diese hacia Oriente. Sería bonito ver cómo nacía un nuevo día. La imaginación seguía anticipándose a sus movimientos. En medio de la oscuridad que precedía al alba, entrarían en el vagón iluminado y encontrarían a los viajeros sumidos en un profundo sueño, acurrucados en sus asientos en posturas aparentemente incomodísimas. El aire estaría un poco cargado por la presencia de tanta gente en un espacio limitado. Webster y Natalie habían planeado ir en tren hasta Chicago, aunque aún no habían decidido si coger rápidamente otro tren o detenerse unos días en la ciudad. Todavía eran muchas las cosas sobre las que tenían que hablar y ponerse de acuerdo; el propio John debía decidir cómo iba a ocupar el tiempo del que ahora dispondría. Aquella era la primera vez que pensaba en ese aspecto, que no era en absoluto baladí.

Por suerte el cielo estaba despejado. Habría sido desagradable tener que ir hasta la estación caminando bajo la lluvia. Las estrellas aún brillaban en las primerísimas horas de la mañana, y Katherine seguía hablando.

Con absoluta franqueza le revelaba que siempre había despreciado a la señora Webster, y que si seguía trabajando como asistente en su casa era solo por la estima que había sentido por él desde el principio.

Se giró para mirarla. Estaban tan cerca el uno del otro que un transeúnte los podría haber confundido con una pareja de enamorados. Al observarla desde tan cerca, Webster tuvo la impresión de que había un cierto parecido entre los ojos de la asistente y los de Natalie, que los de Katherine brillaban con la misma intensidad que

los de su amante durante la inolvidable noche en que habían hecho el amor en el campo.

¿Era solo una casualidad que este irrefrenable deseo de cambiar radicalmente su vida y de renovarse por completo a través del amor por los demás hubiese nacido con Natalie y no con Katherine? Lo que todas anhelan por encima de cualquier cosa es el matrimonio; eso es en lo que piensan continuamente, en encontrar a un hombre dispuesto a casarse con ellas. Efectivamente, pensaba Webster, había un cierto parecido entre Natalie y Katherine. Puede que si hubiese coincidido a solas con ella en una habitación, en algún momento de los muchos años que habían vivido bajo el mismo techo, hubiera sucedido algo parecido a lo que más tarde ocurrió entre él y Natalie.

«Esto también podía haber pasado», acabó por resolver. «En cualquier momento y lugar podemos encontrar a quien nos hará felices».

Luego se dio cuenta de que era hora de frenar la carrera de su mente y su imaginación, que de lo contrario le llevaría demasiado lejos; además, notó que Katherine le hablaba, y tenía el deber de escucharla.

La mujer le explicaba que, desde hacía una semana, si no más, se había percatado de que algo iba mal en casa de los Webster. No había que ser muy perspicaz para notar lo, era un malestar que se percibía en el ambiente, y Katherine no tardó en intuir que todo ese malestar se debía a la llegada de otra mujer a la vida de Webster. Ella también había estado enamorada, y su hombre había sido asesinado, de suerte que conocía bien el amor y sus consecuencias.

Aquella noche, al oír voces en la planta superior, había subido a escuchar. No le parecía estar haciendo nada malo, entre otras cosas porque había un precedente: muchos años atrás, la señora de la casa quería deshacerse de ella con burdas excusas, y también entonces marido y mujer discutieron en voz alta en la planta superior. Corrió hacia la puerta para saber qué ocurría y pudo escuchar la voz de John Webster, que la defendía a ultranza.

¿Webster dejaba la casa? Katherine solo se marcharía en ese caso. Trabajar es necesario, y una hasta puede resignarse a hacer de criada, pero a ella nunca le había caído bien la señora Webster. Cuando se trabaja como criada, conservar el respeto por uno mismo es difícil de por sí, y eso solo es posible si se estima a la persona para la que se trabaja.

Sin embargo, son pocos quienes comprenden estos aspectos de la vida. La mayoría cree que lo que mueve a los seres humanos a trabajar es la codicia de dinero, pero en verdad nadie trabaja por dinero. Trabajar por dinero significa ser esclavos, y ella, Katherine, no quería acabar siendo una esclava bajo ningún concepto. Había conseguido ahorrar algo de dinero; además, uno de sus hermanos dirigía una pequeña empresa agrícola en Minnesota y le había escrito más de una vez pidiéndole que se fuese a vivir con él. Ahora había decidido ir, pero no tenía ninguna intención de quedarse a vivir en su casa, toda vez que el hermano estaba casado y ella no quería

convertirse en una intrusa incómoda en la familia del hombre. Usaría sus ahorros para comprarse una casita y una pequeña huerta que cultivaría con mucho gusto.

—En cualquier caso —añadió—, usted está abandonando esta casa. Le he escuchado decir que ha decidido marcharse con otra mujer. Así pues, creo que ha llegado la hora de que también yo me vaya

En ese momento a Webster le parecía que su rostro era firme y delicado como el de una chiquilla; un rostro juvenil que le recordó al de su hija cuando, unas horas antes, lo escuchaba tensa y concentrada. Pero también le recordaba a Natalie; en concreto, a la Natalie que había abrazado en su despacho una inolvidable tarde, a la misma Natalie con la que, en mitad de la noche, y en un campo, había hecho el amor.

—Queda libre, Katherine —dijo en voz alta—. Sabe perfectamente lo que hace, puesto que es usted una mujer sabia y honesta.

Se detuvo un momento, porque quería acabar de hacer una reflexión.

—Ve usted qué cosas tiene la vida, Katherine —continuó—. Mi hija Jane está en una de las habitaciones de esta casa que ambos estamos a punto de dejar definitivamente a nuestras espaldas. No puedo llevarla conmigo por el mismo motivo que a usted le impide quedarse a vivir en casa de su hermano, en Minnesota. Puede que la pobre Jane sufra durante algunas semanas, quién sabe lo que sucederá aquí durante los próximos días —y se giró para indicar la casa con un gesto—. Yo no puedo sino seguir mi camino, aunque, para serle franco, confiaba en su presencia, al menos hasta que Jane se recuperase.

Jane Webster seguía tumbada en la cama, y cuando escuchaba el más mínimo ruido a su alrededor se le paralizaba el cuerpo. Más concretamente, se oían algunos ruidos en la habitación de al lado: el pomo de una puerta golpeó la pared, las tablas del suelo chirriaron. Su madre estaba sentada a los pies de la cama; luego había decidido levantarse, y para hacerlo tuvo que aferrar la barandilla de la cama, que se movió ligeramente, deslizándose sobre sus ruedecitas. La primera reacción de Jane fue la de hacerse una pregunta: ¿entraría su madre en la habitación para hablar con ella? Jane Webster no quería escuchar más explicaciones sobre las diferentes coyunturas que habían condenado al fracaso el matrimonio de sus padres; quería que la dejaran a solas con su imaginación, sin que ningún intruso se entrometiese. Así pues, la idea de que su madre pudiese entrar en su habitación la aterraba.

Desde hacía unos minutos tenía la impresión de que algo profundamente oscuro flotaba a su alrededor, algo parecido a la presencia de la muerte, y a Jane no le cabía la menor duda de que dicha presencia estaba relacionada con la figura de su madre. Si su madre entrase en ese momento en la habitación, y aunque no dijese nada, para Jane sería como ver entrar a un fantasma. Le bastaba concebir esta posibilidad para sentir escalofríos.

La casa permanecía en silencio, demasiado en silencio. Solo se escuchaba el tic-tac de un reloj. Hacía poco más de un año que su padre le había regalado un reloj al aprobar los exámenes del instituto. Ahora estaba apoyado en la cómoda, al otro

lado de la habitación, y su rápido tic-tac le recordaba a una criatura minúscula que calzara zapatos de acero y los hiciera sonar al correr. Imaginó a un pequeño duende con una enorme boca, riéndose a carcajadas, y unas orejas puntiagudas sobre la cabeza, unas orejas idénticas a las de un fox terrier.

Puede que esta visión fantasiosa derivase de alguna imagen de Puck que recordaba haber visto en un libro para niños. El duendecillo tenía la cabeza y el cuerpo inmóviles, pero agitaba frenéticamente sus pequeñas piernas. Seguía riéndose de ella, y sus minúsculos pies revestidos de acero no dejaban de hacer aquel tic-tac.

Intentó buscar una posición más cómoda en la cama. Esperaba poder descansar. Aún quedaba mucho tiempo para que surgiese la luz del día, así que tenía que procurar relajarse por todos los medios antes de empezar a afrontar los problemas que traería el nuevo rumbo de su vida. Su padre había huido con una mujer que ella nunca conoció, y no era difícil imaginar que jamás volvería a casa. Por las calles la gente la miraría con un recelo silencioso pero pérfido. «Es la hija», se dirían entre ellos al pasar. Tenía la sensación de que si seguía viviendo en esa pequeña ciudad tan cotilla la observarían y compadecerían a todas horas, como si fuera una miserable; no obstante, también existía la posibilidad de desligarse definitivamente de aquel sitio. Se sintió aliviada ante la idea de marcharse a lugares desconocidos, puede que a una gran ciudad, quién sabe, donde podría ir con la cabeza alta.

Tenía que ser completamente responsable de todos sus actos, con lo que estaba obligada a darse unas pautas de comportamiento precisas e inviolables. Ya en los primeros años de su adolescencia tuvo que afrontar algún problema, como cuando su cuerpo y su mente parecían pelear continuamente en su interior. Con el cuerpo se realizan muchas acciones: nos vamos a la cama, nos levantamos, paseamos, intentamos leer, a través de los ojos, las páginas de un libro; la mente, en cambio, viaja por su cuenta, sin una meta aparente, saltando estrafalariamente de un lado a otro.

En el pasado Jane siempre había dado rienda suelta a su imaginación, y aun estando en su cuarto, con la puerta bien cerrada, podía imaginarse fácilmente en la calle, al aire libre. Cuando paseaba, tenía la impresión de que todos los hombres con los que se cruzaba le sonreían, y se preguntaba a qué se debían aquellas sonrisas. Corría a casa e iba directa a su habitación, donde descubría que su vestido estaba completamente desabotonado por la espalda. ¡Le daba una vergüenza indescriptible! En otra ocasión, mientras iba por la calle, las braguitas blancas que llevaba se desataron inexplicablemente. Un joven, recién llegado a la ciudad, y que trabajaba en una tienda, caminaba hacia ella. Justo cuando el chico iba a hablarle, pues ya se estaba levantando el sombrero, las braguitas empezaron a deslizarse piernas abajo.

Tumbada en la cama, Jane Webster sonreía al recordar estos vergonzosos episodios pasados, cuando podía conceder a su imaginación la máxima libertad. Sin embargo, de ahora en adelante todo cambiaría. Además, ¿qué le deparaba el porvenir? Ahora vería con una luz completamente distinta muchos acontecimientos

de su vida que le habían causado un gran dolor, hasta el punto de que ya no le parecerían dramáticos, sino cómicos. Sí, habían bastado unas pocas horas para hacerla despertar: ahora era una mujer de verdad, sabia, capaz incluso de mirar la vida con un cierto desapego irónico.

La casa seguía sumida en un profundo silencio. Solo de la calle llegaba el sonido rítmico producido por el trote de un caballo o el más monótono rechinar de un carro. Si se aguzaba el oído podía incluso captarse alguna que otra voz, que, eso sí, llegaba apagada a causa de la distancia. Siempre había gente que iba a trabajar de buena mañana. Puede que algunos de ellos partiesen hacia otra ciudad para comprar productos a precios más convenientes. En cualquier caso, tenían que ser personas con muchos quehaceres, habida cuenta de que estaban obligadas a ponerse en marcha tan pronto.

Sin embargo, había algo en la atmósfera de la casa que seguía asustándola, a pesar de no conseguir identificarlo.

Se incorporó, apoyándose en las almohadas, pero solo fue un momento, porque prefirió tumbarse de nuevo. De repente escuchó la voz de su padre, que rompía el silencio. Una voz clara, neta y vibrante que atravesó todas las habitaciones de la casa. «¡Katherine!», solo una palabra. ¿Por qué su padre llamaba a la asistenta con una voz tan alarmada? ¿Qué había pasado? ¿Había ocurrido algo espantoso justo cuando la casa estaba paralizada por un oscuro e interminable silencio? ¿Se trataba acaso de algo que tenía a su madre como protagonista?

Un presentimiento horrible le congeló la mente.

Pero no, era imposible que lo que ella temía, lo que de algún modo había imaginado que podía ocurrir, hubiese sucedido ya. Su madre estaba en la habitación de al lado, pocos minutos antes la había escuchado moverse.

Al poco tiempo se advirtió un nuevo ruido. Esta vez era su madre que, con pasos pesados, cruzaba el pasillo. Habían convertido la pequeña habitación que había al fondo del pasillo en un cuarto de baño, y era allí donde se estaba dirigiendo su madre.

Si se prestaba atención era posible escuchar las voces que subían desde abajo. Una de ellas era sin duda la de su padre, que hablaba con Katherine. ¿Qué se podían estar diciendo aquellos dos? La puerta de la casa se abrió, para volverse a cerrar de inmediato. Jane estaba asustada. Su padre había cometido una acción cruel al dejarla sola en aquella casa. ¿Pero era posible que su padre hubiese huido con Katherine? Para Jane esa era una hipótesis verdaderamente insoportable. ¿Y por qué la asustaba tanto la idea de haberse quedado sola en casa con su madre?

Se daba cuenta de que un terrible presentimiento acechaba en su interior. Algo que, de ahí a pocos minutos, afectaría a su madre. Intentó alejar de sí aquella corazonada. En el baño, dentro de un pequeño armario, había varias botellas, con una etiqueta que indicaba su contenido: «Veneno». Jane las había visto muchas veces, y siempre se preguntaba por qué tenían tan a mano unas botellas con un contenido así de peligroso. De hecho, la propia Jane, distraída, había puesto varias veces el vasito

con su cepillo de dientes en aquel armario.

Se había incorporado de nuevo, y permanecía sentada en la cama. Estaba sola con su madre en la casa. Hasta la asistenta se había marchado definitivamente. Ya no le cabía la menor duda de que, de ahora en adelante, la vida en aquella casa, donde había crecido, le causaría una enorme incomodidad. Por si fuera poco, una vida en la que tenía a su madre como única compañía era a sus ojos el símbolo de la ruina y de la pérdida de toda esperanza.

Volvió a preguntarse si de verdad la mujer con la que su padre había decidido marcharse podía ser Katherine, la asistenta, pero excluyó rápidamente tal conjetura, toda vez que Katherine era una mujer rolliza, con unos senos enormes y caídos y el pelo ya algo canoso. No conseguía imaginarla como una fugitiva en nombre del amor. La recordaba silenciosa, siempre trajinando, dedicada exclusivamente a las tareas domésticas. Su padre había huido con una mujer joven, no le cabía la menor duda.

Mientras tanto, su madre estaba en el baño, justo delante del armario. Su rostro era de una palidez espectral, y apoyaba una mano en la pared para no perder el equilibrio. Su mirada estaba apagada, como si la vida ya hubiese abandonado aquel cuerpo. A Jane, mientras escuchaba el largo relato de su padre en la habitación, le parecía que todo empezaba a tener sentido después de tanta confusión. Había comprendido cosas que hasta entonces no entendía, pero ahora todo se volvía confuso de nuevo.

Los dedos de su mano derecha apretaban con fuerza la piedrecita que el padre le había regalado, pero en ese momento no era en absoluto consciente de tener consigo el minúsculo objeto redondo. Empezó a golpearse con el puño cerrado el cuerpo, las piernas, las rodillas. Habría querido hacer algo, algo que había que hacer justo en ese momento: era el momento de ponerse a gritar, de salir de la cama, de cruzar el pasillo corriendo hasta llegar al baño y de abrir la puerta de golpe. Su madre estaba a punto de cometer una acción que no se podía fingir ignorar cínicamente. Tendría que haber gritado con todo el aire de sus pulmones, pedir ayuda. Sus labios tendrían que haber repetido ahora una sola frase: «¡No lo hagas, no lo hagas, no lo hagas!». Estas palabras desesperadas deberían haber atravesado la casa y la calle.

Y en cambio no conseguía articular palabra; era como si sus labios estuviesen paralizados. Su cuerpo no sabía cómo separarse de la cama; solo podía balancearse de un lado a otro.

Su imaginación seguía dibujando imágenes grotescas.

En el armario del baño había una botella que contenía un líquido de color marrón; su madre la había cogido y ahora se la acercaba a los labios. En un instante se había bebido todo el contenido de la botella.

Le daba la luz en la cara: tenía unas pequeñas ojeras rojas e hinchadas, que contrastaban con la palidez de su rostro. Un hilo rojizo descendía por una de las comisuras de sus labios y se perdía en la barbilla. Algunas gotas del líquido habían caído sobre el blanco de su camisón. Su cara estaba desfigurada por las

contracciones, provocadas evidentemente por el dolor. Sus ojos se habían ido cerrando poco a poco, y sus hombros temblaban, recorridos por un escalofrío.

Jane seguía balanceándose, tumbada en la cama, también ella recorrida por un escalofrío. Mientras tanto, su madre había conseguido salir del baño y, después de cruzar el pasillo y entrar en su habitación, sumida en la oscuridad, se había lanzado a la cama. ¿Pero había sido ella quien se había lanzado a la cama o, en cambio, se había desvanecido sobre ella? ¿Estaba a punto de morir o estaba ya muerta? En la habitación contigua las velas seguían encendidas bajo la imagen de la Virgen. No cabía ninguna duda, su madre moriría dentro de poco. Jane había visto claramente en su imaginación la etiqueta de la botella que contenía el líquido marrón, y en ella estaba escrito «Veneno». Sobre la palabra aparecía una calavera con los huesos cruzados, el símbolo que los farmacéuticos ponen en ese tipo de botellas.

De repente, el cuerpo de Jane dejó de balancearse. Puede que su madre hubiese muerto. Intentó pensar en otra cosa, y tuvo la vaga pero casi emocionante sensación de que un nuevo elemento, capaz de modificar positivamente las circunstancias, había aparecido en la habitación para socorrerla.

Advirtió una punzada de dolor en la palma de la mano derecha, pero, por increíble que pareciera, aquel dolor la confortaba. Era como una llamada a la vida: un empujón para que volviera en sí. La imaginación podía volver, recorrer el camino en dirección contraria, dejando atrás el punto oscuro y lejano al que se había precipitado insensatamente.

II

En la palma de la mano de Jane Webster estaba la piedrecita verde que su padre había encontrado junto a las vías del tren y que le había regalado antes de marcharse. «La Joya de la Vida», la había llamado en aquel momento, cuando, presa de la confusión, sintió la necesidad de realizar algún gesto de afecto hacia su hija. De repente le había venido una idea romántica a la cabeza. ¿Acaso los seres humanos, para superar las mayores dificultades que se presentan en la vida, no habían recurrido siempre a los símbolos? Ahí estaba la Virgen con sus velas, ¿acaso no era también ella un símbolo? En otras épocas de la historia, esto es, cuando las doctrinas fundadas sobre la razón se imponían sobre aquellas fundadas sobre la fe, los hombres habían borrado todos los símbolos. Había nacido la «edad de la razón», una espeluznante manifestación fundada sobre el puro egotismo: el ser humano no podía sino encomendarse a la fuerza suprema de su razón.

Sonriendo, John Webster había colocado la piedra en la mano de su hija, y ahora ella la aferraba. Apretaba con fuerza los dedos contra la piedra y el ligero dolor que seguía a este pequeño gesto era un dolor delicioso y reconfortante.

Jane Webster intentaba dar sentido a su propia vida, y tenía la sensación de estar buscando su camino tanteando un muro. En el muro había pequeñas protuberancias puntiagudas que herían la palma de su mano, y siguiéndolo durante un buen trecho se acababa llegando a un punto iluminado. Puede que el muro estuviese recubierto de joyas; puede que otros que buscaban a tientas su camino las hubiesen dejado allí.

Su padre había huido con una mujer joven, como ella, y jamás habría dado marcha atrás en su decisión. Puede que no volvieran a encontrarse. Su madre estaba muerta. Su porvenir ya estaba marcado por la soledad. Así las cosas, tenía que empezar a construir su propia vida lo antes posible, sin la ayuda de sus padres.

¿Pero su madre estaba muerta de verdad, o esa convicción era solo el malvado fruto de las alucinaciones que seguían acosándola?

Jane estaba en una situación realmente desesperada: era como una persona a la que han arrojado en medio del mar, tenía que nadar para salvarse. Se entretuvo unos minutos imaginándose a ella misma nadando.

El verano anterior había ido de excursión a un pueblecito junto al lago Michigan con un grupo de jóvenes y amigas. Un hombre se exhibía haciendo arriesgados saltos desde un trampolín altísimo. El trampolín era tan alto que parecía estar clavado en un punto del cielo. Habían contratado al hombre para entretener a los turistas, pero las cosas no salieron de la mejor manera posible. Para que todo saliese bien, el espectáculo tenía que venir acompañado de unas condiciones meteorológicas ideales. Sin embargo, el día amaneció lluvioso y por la tarde también llegó el frío.

Restándole importancia al clima adverso, el saltador se lanzó desde lo alto del trampolín, frente a una multitud silenciosa. La gente observó la temeraria empresa con el corazón en un puño.

Al presenciar aquel salto, Jane Webster tuvo la sensación de que su corazón se había detenido, y que solo seguiría latiendo cuando el osado atleta saliese del agua. El susto había sido tan grande que sintió la necesidad de agarrarse al cuerpo del joven que la acompañaba. Cuando la cabeza del saltador por fin emergió, Jane había apoyado la frente sobre el hombro del joven y había roto a llorar.

Después se avergonzó de ese momento de debilidad. «Domina perfectamente la técnica para saltar con condiciones meteorológicas adversas, es un profesional», le explicaba el joven. Todos los presentes rieron al darse cuenta de su fragilidad, y a ella le dolió especialmente que el joven que la acompañaba también sonriera. Si al menos él hubiese sido lo suficientemente inteligente como para no sumarse a la exaltada alegría colectiva, si al menos él hubiese sido capaz de intuir lo que había sentido en ese instante, Jane no habría dedicado la más mínima atención al comportamiento de los otros.

«Yo soy un pequeño gran nadador, capaz de enfrentarse a las aguas más diversas».

Su padre había pronunciado esas palabras pocas horas antes, en el umbral de la puerta que separaba las dos habitaciones. Las había pronunciado mientras le entregaba la piedrecita que ahora Jane apretaba en la palma de la mano, aunque puede que hubiera preferido usar otras palabras para explicarle el carácter simbólico del regalo. Había algo excesivo en toda esa contención. Estaba descolocado, al igual que ahora le ocurría a ella, que revivía, segundo a segundo, aquella situación. Llegó a tener la sensación de que su padre había vuelto para ponerse de nuevo frente a ella y repetir la misma escena. Creyó volver a escuchar aquellas palabras, que le habían parecido carentes de sentido, como si hubieran estado en boca de un borracho o de un loco: «Yo soy un pequeño gran nadador, capaz de enfrentarse a las aguas más diversas».

Antes de los últimos acontecimientos que habían desbaratado su familia, Jane estaba convencida de que su vida se cimentaba sobre una base sólida.

Observaba desde lo alto la vida agitada y confusa de los otros, pero de repente se encontraba viviendo en esa misma confusión y agitación.

Empezaba para ella una nueva vida, que se presentaba con una imagen descompuesta, completamente distinta a la imagen serena y luminosa de la vida que había llevado hasta entonces. Su padre se había marchado con una desconocida y su madre estaba muerta.

Era su padre quien, con un gesto retórico, la había empujado y arrojado a esa vida tan desgraciada.

Con ese gesto retórico, el padre le había colocado en la mano una pequeña vida, carente de todo significado, y después había seguido su camino. Luego su madre había entrado en el baño para realizar un gesto dramático e insensato.

Y ahora ella, Jane Webster, tenía la sensación de haber ido a parar al lugar más gélido, más aislado y más oscuro del universo.

Se sentía oprimida por un peso insoportable que le impedía respirar.

La casa donde vivía estaba vacía: una casa vacía en una calle vacía en una ciudad vacía. Todas las personas que había conocido, los jóvenes y las chicas con los que había pasado tantos buenos ratos en las noches de verano, ya no formarían parte de la realidad que ahora, y muy a su pesar, se veía obligada a afrontar. Estaba completamente sola. Su padre se había marchado y su madre se había suicidado. Ya no tenía a nadie, caminaba solitaria en medio de la oscuridad.

La piedrecita que apretaba en su mano le causaba un fuerte dolor.

Antes de dársela, su padre la había hecho oscilar frente a la llama de una vela. La piedra cambiaba de color con el menor movimiento. Se alternaban reflejos amarillos y verdes, similares a los reflejos amarillos y verdes de los brotes que surgen durante los días de deshielo en primavera.

III

Jane Webster seguía tumbada en la oscuridad de su habitación. Estaba llorando. Sus dedos aferraban con algo menos de fuerza la piedrecita, pero aún había un punto en la palma de su mano derecha que seguía enrojecido por la presión que inconscientemente había hecho. Parecía sumida en una profunda depresión; la había abandonado incluso su imaginación, que tan buena compañía le había hecho en las horas precedentes. A tenor de la postura que había adoptado sobre la cama, se la podía comparar con un bebé que, después de haber recibido su alimento, está tan tranquilo que parece resignado.

Las lágrimas que resbalaban por sus mejillas eran lágrimas de vergüenza, que la torturaba por ser incapaz de controlarse. Seguía apretando la piedrecita en la mano derecha, por miedo a perderla, mientras que con la otra se enjugaba las lágrimas. Lo único que ahora deseaba con todo su corazón era convertirse en una mujer fuerte y resuelta, capaz de afrontar la situación que se había creado en casa de los Webster.

IV

Afrontar no solo a Katherine, quien a fin de cuentas no era más que una asistente, sino a toda la ciudad. A la mañana siguiente se encontraría en la misma situación de un general que, al mando de sus tropas, tiene que entrar en batalla. Ante todo, debía comportarse con una gran dignidad. Encontraría a personas deseosas de expresarle su repudio por la decisión de su padre, y a otras que querrían compadecerse de ella por su condición de joven sin padre ni madre. Además, debería empezar a ocuparse de negocios: tendría que ponerse de acuerdo con alguien para vender la fábrica y así sacar algo de dinero para cubrir los gastos básicos y poder emprender algún proyecto para su nueva vida. Así las cosas, no podía permitirse el lujo de quedarse allí sentada lamentándose bajo ningún concepto.

Tampoco podía echarse a reír, en un momento así de dramático y decisivo de su vida, cuando Katherine entrase en su habitación. Pero entonces, ¿por qué le entraban ganas de llorar y reír al mismo tiempo cuando escuchaba los pasos de Katherine mientras subía las escaleras? «Soldados que avanzan decididos a través de un campo abierto hacia el enemigo. Espera hasta que veas el blanco de sus ojos». Tonterías. Palabras sin sentido que seguían dando vueltas sin ningún orden dentro de su cabeza. No quería ni llorar ni reír. Solo quería asumir una actitud digna.

Tenía que dejar de llorar, pues, y no podía echarse a reír; también tenía que estar lista para recibir y tratar con clase a Katherine.

La tensión iba en aumento a medida que escuchaba acercarse los pasos de la asistente. De hecho, volvió a sentarse, muy rígida, en la cama; seguía balanceándose, hacia delante y hacia atrás, y ahora también se rascaba las piernas con las manos.

Como le pasa a mucha gente, Jane siempre había tenido una visión dramática de la vida. Ya le ocurría de niña, y luego se agudizó cuando iba al colegio. Imaginaba que a su madre no le quedaba mucho tiempo de vida, o pensaba que se vería afectada por una enfermedad gravísima que la dejaría agonizante. Muchas personas se reunían alrededor de su cama, sorprendidas y sinceramente conmovidas por la dignidad con que afrontaba el fatídico momento.

O puede que un joven le sonriese por la calle. A lo mejor el hombre, al sonreír con esa expresión irónica, solo quería decirle que no era más que una niña. Sin embargo, solo sería posible comprobar de qué lado estaba la madurez cuando ambos tuvieran que enfrentarse a una situación difícil.

La suya era sin lugar a dudas una situación dramática, pero ahora Jane estaba convencida de tener la fuerza para afrontar el reto que la vida le había propuesto. Ninguna de las chicas que conocía había estado alguna vez en una situación parecida a la suya. Seguro que ya había montones de personas indiscretas que estaban deseando verla para poder juzgarla, aunque nadie, aparte de los interesados, estaba al corriente de lo sucedido.

Lanzó una carcajada histérica; luego siguió sollozando. Katherine no se tomó la

molestia de llamar a la puerta de la habitación; corrió hacia la cama y se arrodilló junto a Jane. El deseo de adoptar una actitud de orgullosa superioridad para con la asistente se había ido al traste, al menos aquella noche. Katherine, siguiendo sus impulsos, se había convertido en una hermana para Jane. Eran dos mujeres presas de la angustia, profundamente afectadas, que se apoyaban mutuamente y se abrazaban para aplacar una desesperación ardiente.

A tenor de lo sucedido, Katherine tampoco parecía ser una mujer fuerte y resuelta, con lo que Jane no tenía motivos para temerla, y eso la tranquilizaba mucho. Katherine, con los ánimos a flor de piel, como le ocurriría a cualquier persona modesta y de buen corazón, a diferencia de los cínicos y autoritarios, también lloraba. Es decir, si ella hubiese estado en la situación de Jane, puede que tampoco hubiese sido capaz de levantarse de la cama y explicar con calma lo sucedido; puede que tampoco hubiese sido capaz de contener el absurdo impulso que primero la hacía llorar y luego reír desenfrenadamente.

Jane permanecía sentada en la oscuridad, apoyando su cuerpo contra el robusto pecho de Katherine, y aquel contacto le parecía beneficioso, casi como un sustento. Luego sintió el deseo de agradecerle su cercanía, y le acarició el rostro. Descubrirla tan presente físicamente, en el inmenso silencio de la casa, la reconfortaba sobremanera.

El cansancio y una desagradable sensación de frío estaban a punto de imponerse a Jane. «Vámonos de aquí», dijo Katherine, «bajemos a mi habitación». ¿Estaba al tanto de lo ocurrido en la habitación de al lado? Evidentemente sí. La actitud firme de Katherine, su decisión de llevarla consigo a la planta de abajo, confirmaban sus sospechas de que en la habitación contigua se encontraba el cadáver de su madre. Parecía que su corazón iba a dejar de latir, el miedo invadió su cuerpo. Apoyó una mano en la pared para no perder el equilibrio. Se había dicho en más de una ocasión que su madre se había envenenado, pero estaba claro que lo decía sin creer en la posibilidad de una tragedia de esas dimensiones.

Katherine había encontrado una chaqueta en algún lugar de la habitación y la colocó sobre los hombros de Jane. No era normal que tuviese frío, pues hacía una noche relativamente cálida.

Las dos mujeres salieron al pasillo. Una lámpara de gas brillaba al fondo, en el baño, la puerta estaba entornada.

Jane cerró los ojos y se agarró con más fuerza a Katherine. Sus sospechas de que su madre se había suicidado cobraban aún más fuerza. Katherine lo sabía. Inmediatamente el drama de aquel suicidio se volvió a representar en su imaginación teatral. Su madre estaba de pie frente al pequeño armario del baño. Su rostro estaba iluminado por un débil hilo de luz amarillenta. Apoyaba una mano en la pared para no perder el equilibrio, mientras que con la otra mano apretaba un pequeño frasco. El rostro era de una palidez espectral. Tenía los ojos cerrados. Los labios estaban semiabiertos y por una de las comisuras goteaba una baba rojiza que se deslizaba

hasta la barbilla. Algunas gotas del repugnante líquido habían caído sobre el camisón blanco.

Jane seguía temblando. «¡La casa está helada, Katherine!», dijo mientras abría de nuevo los ojos. Estaban cerca de la escalera, y desde allí podían ver el interior del baño. Había una pequeña botella oscura sobre la alfombra gris: evidentemente, a la mujer se le había caído mientras salía del baño, después de beberse el veneno, y estando ya fuera de sí, y la había pisado, haciéndola añicos. Seguro que también se había hecho una herida al pisar los cortantes fragmentos de vidrio, pero en aquel momento su organismo se estaba enfrentando a un dolor mucho más lacerante. Mientras tanto, Jane seguía apretando entre sus dedos la piedrecita que le había regalado su padre. ¡Llamar «la Joya de la Vida» a aquella piedrucha insignificante era una soberana tontería! También había un reflejo de luz, entre el amarillo y el verde, en la botella, destrozada en el sueño del baño. Cuando su padre había colocado la piedrecita frente a la luz de la vela se había producido un destello parecido de luz amarilla y verde. «Si mi madre siguiese viva se manifestaría de alguna forma. Se preguntaría por qué Katherine y yo bajábamos de una planta a otra en medio de la noche, se asomaría a la puerta para ver lo que estaba pasando», pensó cansada.

Después de ayudar a Jane a meterse en la cama, Katherine volvió a la planta de arriba para poner un poco de orden.

A los pocos minutos entró en la habitación de Mary Webster sin llamar a la puerta. Una lámpara de gas iluminaba el cuarto; la mujer había hecho un último esfuerzo para intentar morir en su cama, pero la muerte la había alcanzado antes de que consiguiese llegar. El cuerpo yacía sobre el suelo. Katherine lo levantó, lo tendió en la cama y fue a buscar una gasa mojada para limpiar aquel pobre rostro desfigurado por el dolor.

Sin embargo, tuvo otra idea, y prefirió dejar la gasa donde la había encontrado. Se detuvo un instante y miró a su alrededor. Su rostro también estaba muy pálido, no se sentía bien. Apagó la luz, entró en la habitación de John Webster y cerró la puerta.

Las velas seguían encendidas frente a la Virgen. Cogió la pequeña imagen enmarcada y la colocó en un cajón, luego apagó una de las velas y llevó la otra a la habitación donde estaba Jane, que la esperaba tumbada en la cama, con los ojos aún abiertos.

Katherine se acercó al armario, lo abrió, cogió una manta y la puso con delicadeza sobre los hombros de la joven.

—No creo que sea conveniente que me desvista —dijo—. Me quedaré sentada en la cama, para estar más cerca de ti.

—Tú ya lo sabes —le dijo en un tono sencillo y natural.

Las dos mujeres estaban pálidas, pero Jane había dejado de temblar.

«Si mamá ha muerto, al menos no me he quedado sola con el cadáver», pensó agradecida. Katherine evitó dar a la joven detalles sobre la situación de la planta superior. Se quedaron calladas unos minutos, pero luego Katherine volvió a romper el

silencio:

—No creo que quieran involucrar a tu padre en lo sucedido —dijo—. Ya pasó algo parecido una vez, lo sé por experiencia propia. Un hombre murió y luego lo hicieron pasar por un ladrón. A nosotras nos conviene quedarnos aquí, juntas, hasta mañana por la mañana. Entonces buscaré un médico. Diremos que no supimos nada de la tragedia que ha ocurrido en esta casa hasta que yo no subí a avisar a tu madre de que el desayuno estaba listo. A esa hora tu padre ya estará lejos de aquí.

—Me parece —murmuró Jane, después de otro breve silencio— que sería buena idea declarar que escuchamos a mi madre moverse por la casa después de que mi padre se marchara.

La confortaba participar en el plan ideado por Katherine para proteger a su padre, y quería prepararse lo mejor posible para responder a las preguntas que sin duda le harían. No podía dejar ningún cabo suelto, y esa tensión encendía una luz febril en su mirada. La piedrecita que le había regalado su padre seguía en la palma de su mano, pero ahora la ligera punzada que sentía al apretarla contra los dedos era como un alivio.

V

Mientras Jane y Katherine esperaban a que acabase aquella noche, que parecía interminable, John Webster caminaba junto a Natalie por las calles, aún desiertas y silenciosas.

Estaba un poco cansado, pero no dejaba de pensar. «¡Ha sido una noche increíble! Si el tiempo que me queda de vida tiene la misma riqueza de acontecimientos y de cambios que las últimas diez horas no tendré ni un segundo de descanso».

Natalie caminaba en silencio, llevando consigo una maleta. Las casas que iban dejando atrás seguían envueltas en la oscuridad. En un determinado momento del recorrido, Webster vio una franja de césped que serpenteaba entre la acera, que era de ladrillo rojo, y la carretera; enseguida tomó esa especie de sendero, para así poder caminar sobre la hierba. Le gustaba la idea de que sus pies no hiciesen ruido mientras abandonaba su ciudad. Qué bonito sería que él y Natalie pudiesen atravesar volando la oscuridad de la noche, que ya se estaba disipando, sin que nadie se percatase de aquella fuga amorosa.

Natalie estaba llorando, aunque lo hacía en silencio. John Webster se dio cuenta, pero no le pareció oportuno comentar ese momento de debilidad de su mujer, con lo que pensó para sus adentros: «Natalie sabe llorar con una cierta dignidad». Ahora deseaba fervientemente que sucediese algo que lo distrajese de todo lo que le rodeaba y, en especial, del recuerdo febril de las últimas horas: «Es inútil seguir pensando en lo que he hecho. Lo hecho, hecho está. He comenzado una nueva vida, y por mucho que quisiera, no podría volver atrás».

Las casas estaban a oscuras y en silencio. Toda la ciudad estaba a oscuras y en silencio. La gente dormía en sus camas, acaso tejiendo sueños de lo más descabellados.

Había temido que la madre de Natalie montase una escena violenta y desagradable, pero todo había ido de la mejor manera posible. El comportamiento de la vieja y aterradora madre fue el de una gran señora; casi lamentaba no haber tenido la oportunidad de conocerla mejor, toda vez que la temible vieja se parecía un poco a él. Sonreía mientras le daba vueltas a una idea extravagante, una idea que paradójicamente lo distraía y lo llenaba de alegría. «Yo también puedo convertirme en un canalla, en carne de prisión». Se puso a fantasear al respecto. Sin duda, ya había hecho algo para enfilar el camino que lo llevaría a convertirse en todo un canalla. Y es que allí estaba él, que ya no era ningún chaval, caminando en el corazón de la noche junto a una mujer para llevársela a otro lugar, para refugiarse con ella y crear así una unión ilegítima. «He empezado tarde», se dijo, «¡pero estoy demostrando que puedo dar pasos de gigante!».

¡Quién sabe cuántos biempensantes dormían en las casas que él y Natalie rozaban con la mirada en su carrera hacia la estación! «Son personas sencillas y honestas. Yo también era un hombre sencillo y honesto cuando, por la noche, volvía a casa de la

fábrica y me metía en la cama junto a mi esposa». Casi se le escapaba una sonrisa al recordarlo. Imaginó a una infinidad de maridos y mujeres que después de cenar se iban a la cama y se ponían a hablar, tal y como habían hecho tantas veces él y su esposa. Aunque a pesar de hablar tanto siempre acababan escondiéndose algo. «Teníamos grandes conversaciones, bastante abstractas, sobre la pureza y la dulzura de la vida», murmuró para sus adentros.

La gente dormía en sus casas y él no quería despertar a nadie, pero sentía mucho que Natalie siguiese llorando. Así y todo, no intervendría, porque le parecía justo respetar su conmoción. Solo se dirigiría a ella para decirle que bajase de la acera y caminase por la hierba que corría junto a la carretera.

Volvió a pensar durante unos instantes en los pocos minutos transcurridos en casa de Natalie. Había previsto una escena terrible y en cambio todo se había desarrollado en la más absoluta tranquilidad, ¡qué cosas! Al llegar había encontrado a Natalie esperándolo. Estaba sentada junto a la ventana, en una habitación oscura de la planta baja, con la maleta cerrada y apoyada en el suelo, y se había dirigido a la puerta sin darle siquiera tiempo a llamar.

Estaba lista para marcharse. Una vez fuera de la casa había caminado a su lado, hasta llegar a una verja que daba a la calle, y fue entonces cuando la madre y la hermana salieron a la puerta para presenciar su marcha.

La vieja había sido algo insolente, llegando incluso a reírse de ellos.

«¡Eh, vosotros dos, anda que no tenéis cara! ¡Os vais así, como si nada, eh!», se puso a gritar, y luego siguió riéndose. «Ya sabréis que mañana por la mañana toda la ciudad os estará poniendo verdes, ¿no?», había añadido, pero Natalie no le respondió. «Pues nada, buena suerte, ¡fresca! Vete, vete con ese maldito canalla que te has echado», gritó la madre, que seguía riendo chabacantemente.

Sin duda en las casas más cercanas muchas personas ya estarían despiertas, y al escuchar la voz de la vieja se habrían preguntando qué es lo que estaba pasando allí. En dos o tres ocasiones algunos vecinos habían decidido acudir a las autoridades para que arrestaran a la madre de Natalie por su lenguaje obsceno, pero otros vecinos habían intervenido a tiempo para disuadir a los promotores de la iniciativa, ya que no querían hacerles un feo a las hijas.

¿Pero por qué lloraba Natalie ahora? ¿Lloraba porque abandonaba a su vieja madre, o por la hermana que, todo sea dicho, John Webster nunca había conocido?

Estuvo tentado de reírse de sí mismo. En realidad sabía bien poco de Natalie, y no conseguía descifrar su estado de ánimo en un momento tan delicado. ¿Acaso se había pegado a ella porque la consideraba el medio idóneo para escapar de su esposa y dejar atrás una vida que detestaba? ¿Quería eso decir que la usaba cínicamente, como un instrumento pasivo pero indispensable para alcanzar su objetivo? ¿De verdad estaba enamorado de esa mujer? ¿Estaba dispuesto a comprenderla y amarla aun después de descubrir sus límites y sus defectos?

Eran cuestiones muy serias, que le hacían dudar de sí mismo.

¡Pero cuánta importancia le daba, cuántas molestias se tomaba! Preparaba una habitación con velas y una imagen de la Virgen, paseaba desnudo delante de las mujeres, se procuraba candelabros de cristal con la figura de Cristo crucificado.

¡Demasiada, demasiada importancia! Pretendía poner el mundo patas arriba para hacer algo que un hombre fuerte de verdad obtendría sin montar todo aquel espectáculo ridículo.

Además, en definitiva, ¿a qué aspiraba?

Se marchaba; abandonaba su ciudad natal, la ciudad donde había crecido, donde todos lo consideraban un ciudadano respetable. Huía con una mujer mucho más joven que él, de la que se había encaprichado.

Era una historia que se repetía con mucha frecuencia, y nadie sería capaz de condenarlo por haber tomado aquella decisión. Muchos, eso sí, tendrían que fingir estupor al escuchar la noticia, titubearían, se encogerían de hombros. ¡Oh, qué divertido vaivén de hombros, qué divertidos cuchicheos! Pero, a fin de cuentas, ¿qué pensaba Webster de sí mismo?

Natalie estaba a su lado. Era una mujer capaz de pensar por sí misma; tenía sus ideas, sus sueños.

¿Qué sabía de Natalie?

Todo había ido muy rápido entre los dos. Puede que, de haberse visto durante más tiempo, hubiesen comprobado que no estaban hechos el uno para el otro.

Mientras se hacía todas esas preguntas, alternadas con una sensación de perplejidad al considerar acertadas sus últimas decisiones, tropezaba de vez en cuando. ¿Qué le pasaba? ¿Estaba cansado? ¿Por qué?

Pensándolo bien, todo lo que había sucedido aquella noche podía estar determinado por una crisis de locura violenta, pero pasajera.

¿Y cómo juzgaría las consecuencias de su demencia cuando la locura se desvaneciese y volviera a convertirse en un hombre sano?

En cualquier caso, ¿no era ya demasiado tarde para cambiar de rumbo y volver sobre sus pasos? Puede que él y Natalie acabaran descubriendo que no podían vivir juntos, pero la vida no iba a acabarse por eso.

La vida es la vida, y siempre existe la posibilidad de descubrir otras maneras de vivirla.

John Webster empezó a recuperar el valor que temía haber perdido. Miró las casas oscuras a los lados de la calle y sonrió. Tenía la impresión de ser un chiquillo que estaba jugando con sus conciudadanos de esa pequeña ciudad de Wisconsin. En el juego él hacía de héroe, un héroe que tras realizar una valiente gesta era aclamado por el pueblo entusiasta, asomado a las ventanas de sus casas. Se imaginaba atravesando en carroza las calles de la ciudad; las personas se asomaban a las ventanas y coreaban su nombre, y él respondía a los saludos inclinándose y sonriendo.

Como Natalie no lo estaba observando, se divirtió jugando durante algunos minutos. Mientras caminaba, giraba la cabeza de un lado a otro y se inclinaba, y en

sus labios se dibujaba una sonrisa realmente ridícula.

¡El viejo Harry!

«Los agriaces dan frutos».

Pero Natalie seguía haciendo demasiado ruido al andar y alguien se acabaría dando cuenta. Alguien que aún dormía tranquilamente en su casa podía despertarse por el ruido que llegaba de la calle; se sentaría en la cama y luego se reiría a carcajada limpia al ver a través de la ventana a los autores de aquel escándalo. Eso es justo lo que John Webster habría hecho si en esos momentos estuviese en la cama con su esposa.

Hacía una noche agradable, con lo que no era normal que tuviese frío. Estaba tiritando, lo que sin duda se debía al cansancio. Puede que temblara al pensar en todas las parejas que compartían cama en las casas que iban dejando atrás, y es que uno podía tener mucho frío aun estando en la cama. Le vino a la cabeza una idea a la que llevaba un par de semanas dándole vueltas: «A lo mejor soy solo un pobre loco y he contagiado mi locura a Natalie, puede que también a mi hija Jane».

Era inútil pensarlo. Lo hecho, hecho estaba. «Ya no vale la pena pensar en eso».

«Di do di di du,

Los agriaces dan frutos».

Acababan de salir de un barrio obrero y ahora pasaban frente a las casas de los comerciantes, de los pequeños empresarios, en fin, gente de su misma clase social, aunque también las había de médicos, abogados y otros profesionales. Ahora, por ejemplo, estaban pasando por delante de la casa del director de su banco. «Es un hombre avaro, con todo el dinero que tiene podría hacerse una casa mucho más grande y bonita».

Entretanto, empezaba a salir el sol.

Habían llegado a unos terrenos que habían sido donados a la ciudad. De hecho, se estaban recaudando donaciones entre los ciudadanos para construir una biblioteca pública en la zona. Pocos días antes, también había pasado un tipo por la fábrica de John Webster para pedirle que contribuyera, y la petición le había parecido muy graciosa. Al recordar el episodio le daban ganas de echarse a reír.

Estaba sentado al escritorio de su despacho, y tenía en la cara la típica expresión de quien está concentrado en su trabajo, cuando aquel señor entró y le expuso el motivo de su visita. De repente, John Webster decidió responder a la petición de aquel individuo tomándole el pelo.

—Estoy elaborando un proyecto personal muy serio al respecto —le había anunciado—, pero por el momento no tengo intención de revelarle a nadie el contenido exacto de dicho proyecto.

Le había mentido gratuitamente, y es que el tema no le interesaba lo más mínimo; le divertía comprobar la sorpresa del tipo frente a su inesperado interés. Ese mismo

hombre había sido uno de los integrantes de una comisión de la Cámara de Comercio en la que también había participado Webster, encargada de definir una estrategia para atraer a las nuevas industrias a la ciudad.

—No sabía de su interés por las cuestiones literarias —le había dicho el tipo.

—Pues sí, y cuando tenga tiempo de hablarle largo y tendido sobre mis intereses literarios se sorprenderá aún más —aseguró Webster, que en aquel momento sentía lo mismo que puede sentir un fox terrier cuando juega a darle caza a un ratón—. Creo que la literatura americana ha hecho una contribución sin igual a la mejora, en sentido general, de las condiciones de vida del pueblo —prosiguió, con un tono convencido—. ¿No se da cuenta de que han sido nuestros escritores quienes nos han recordado constantemente el código moral y las virtudes esenciales? Los hombres como usted y como yo, propietarios de negocios y, en un cierto sentido, responsables de la felicidad y del bienestar de la comunidad, jamás podrán estarle lo suficientemente agradecidos a los literatos americanos. Le aseguro que son hombres fuertes y generosos, siempre listos para defender todo aquello que es noble y justo.

John Webster se reía al recordar su conversación con el señor de la Cámara de Comercio y, sobre todo, la mirada atónita del tipo cuando se marchaba.

El nuevo día estaba a punto de nacer. Webster se detuvo y encendió una cerilla para mirar el reloj. Tenían todo el tiempo del mundo para llegar a la estación sin darse demasiada prisa. Dentro de poco llegarían al distrito financiero.

Estaba tentado de sugerir a Natalie que caminase sobre la hierba para no hacer ruido, y así evitar despertar a quienes seguían descansando. «Ahora se lo digo», pensaba. Era extraño que no encontrase el valor para hacerle una sugerencia tan sencilla e inofensiva, pero desde que se habían alejado de la vieja casa de Natalie, ninguno de los dos había pronunciado palabra. Se detuvo, y Natalie no se dio cuenta de que se había quedado atrás hasta caminar unos metros. Entonces también ella se detuvo y se giró:

«¿Qué ocurre? ¿Qué te pasa, John?», le preguntó. Hasta aquel momento Natalie no se había atrevido a llamarlo por su nombre, y esto era un paso más que facilitaba su relación.

¿Era posible que estuviese tan agitado como para estar a punto de llorar? ¡Qué tontería!

No había razón alguna para que se declarasen derrotados antes de acabar aquella aventura. Webster pensaba que su conducta debía juzgarse teniendo en cuenta dos aspectos: estaba claro que habría quien lo acusara de armar todo aquel revuelo sin ningún motivo, de tirar a la basura su anterior vida, causando dolor y obligando a innumerables sacrificios a esposa e hija, solo porque estaba cegado por el deseo de escapar de la monotonía de su existencia. Sin embargo, no bastaba con juzgar y valorar la historia de ambos a través de él, porque las personas viven sobre todo a través de los demás. ¿Había intentado vivir a través de Natalie? ¿Se había sentido atraído porque había visto en ella algo que deseaba, algo que necesitaba y que la vida

nunca le había ofrecido? Natalie había despertado la luz de su corazón, el calor; había sido capaz de volver a despertar en él la pasión por la vida, y Webster amaba esta importante cualidad que, antes de Natalie, ninguna mujer le había demostrado; una cualidad que siempre había amado, una cualidad a la que ya no podía renunciar. Puede que algún día Natalie ya no le inspirase un amor tan grande por la vida. En ese caso él buscaría otros amores, y Natalie podría hacer lo propio.

Rió para sus adentros. Se sentía reconfortado. Sabía perfectamente que, en aquel momento de su historia, ambos recién huidos de sus respectivas familias, representaban una pareja que la mayor parte de la gente definiría como poco recomendable. Imaginó a un grupo de personas que los biempensantes juzgarían inmediatamente como un grupo poco recomendable. El viejo de barba blanca que había visto una vez andar con el aire de quien está feliz y orgulloso del camino que sigue; una actriz que había visto salir al escenario de un teatro; un marinero que había lanzado su maleta sobre la cubierta de un barco y se había alejado con el aire de quien está orgulloso y contento de su vida.

El cuadro fantástico de la imaginación de John Webster cambiaba. Hete aquí un hombre entrando en una habitación. Cerraba la puerta. Había una hilera de velas encendidas sobre la chimenea. El hombre parecía divertirse jugando consigo mismo. El hombre, en la escena que su imaginación había dibujado, sacaba una corona de plata de un pequeño baúl. Se colocaba la corona sobre la cabeza y decía: «Me pongo la corona de la Vida».

¿Era una escena ridícula? Responder afirmativamente a esta pregunta no tenía ninguna importancia.

Dio un paso hacia Natalie y luego se detuvo de nuevo. «Ven, querida, camina sobre la hierba», dijo en voz alta.

Se aproximó con una cierta intrepidez a Natalie, que lo esperaba en silencio al borde de la acera.

Se le acercó y la miró a la cara. En efecto, había llorado. Bajo aquella luz tenue también se podía percibir un ligero brillo en sus ojos.

Luego se volvieron a poner en marcha. Caminaban sobre la hierba, entre la acera y la carretera, procurando no hacer ruido.



SHERWOOD ANDERSON (1876-1941) es considerado por muchos el padre de la literatura norteamericana moderna. Muy conocido por el gran público gracias a *Winesburg, Ohio*, una recopilación de relatos que ejerció una profunda influencia en la narrativa norteamericana. Su estilo sirvió de modelo y se puede vislumbrar detrás de muchos autores de la talla de Ernest Hemingway, William Faulkner, Thomas Wolfe y John Steinbeck.

Notas

[1] Fragmento de la canción *Oh, Freedom*, himno a la libertad de la época posterior a la Guerra de Secesión. El fragmento incluido podría traducirse como «Y antes que ser un esclavo, prefiero estar enterrado, estar en casa con mi padre, a salvo». [N. de la T.]

<<

[2] Paráfrasis de una frase de John Ruskin: «*Nothing can be beautiful which is not true*» (Nada que no sea real puede ser hermoso). [N. de la T.] <<

[3] Paráfrasis de Juan 2:1, «*And the third day there was a marriage in Cana of Galilee*», American Standard Version («Al tercer día se hicieron unas bodas en Caná de Galilea», versión de Reina-Valera). [N. de la T.] <<

[4] Cantar de los Cantares, 8:4. Versión de Reina-Valera. [N. de la T.] <<

[5] Forma eufemística para referirse al diablo. [N. de la T.] <<